

# ESCORIAL



## SUMARIO

Páginas

### ESTUDIOS

- EDUARDO AUNÓS: La vida portentosa de Chateaubriand..... 163  
A. RODRÍGUEZ-MOÑINO: Hazañas del Coronel Vialba (Italia, Grecia y España), 1475-1516... 195

### POESIA

- FERNANDO GUTIÉRREZ: Sonetos al aire de tu paso. 229  
RAINER MARÍA RILKE: El libro de horas (Poesías seleccionadas y puestas en verso castellano por Luis Felipe Vivanco)..... 237  
CAMILO JOSÉ CELA: La horca..... 269

### NOTAS

- En la muerte del gran amigo D. José de la Riva Agüero, por PEDRO MOURLANE MICHELENA.... 277  
El «Don Juan» y una venganza de Goldoni, por CARLO CONSIGLIO..... 283  
Doña Ana Girón de Rebolledo, musa y editora de Boscán, por CAROLA REIG..... 289  
La razón poética del Capitán Aldana, por PEDRO DE LORENZO..... 303

### LIBROS

- Pío Baroja, 1944, por J. L. GÓMEZ TELLO..... 311  
Y otros libros.

*De este número se hicieron 100 ejemplares  
numerados para los suscriptores de honor.*

**DIRECCION:**

**JOSE MARIA ALFARO**

**SECRETARIA:**

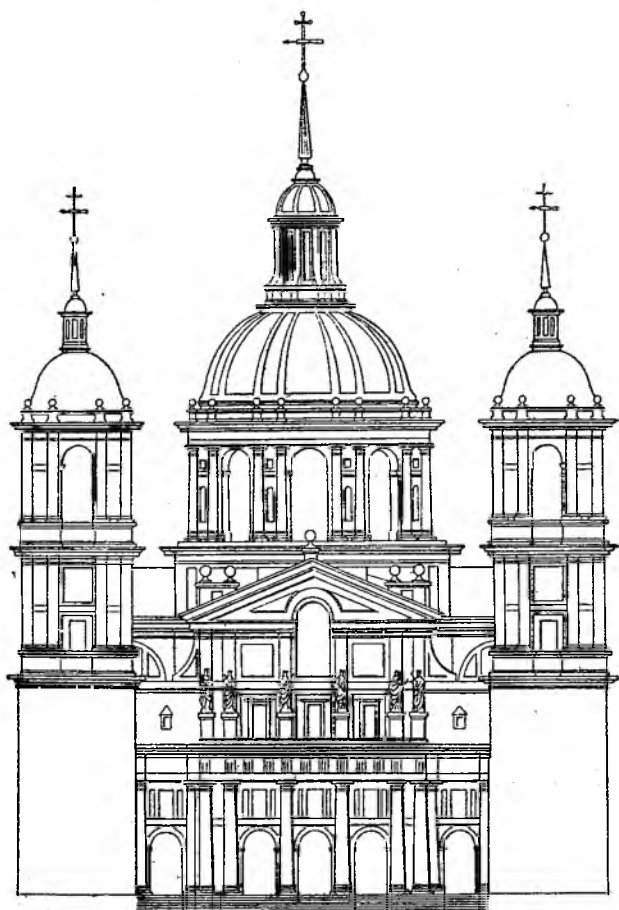
**ALFONSO XII, 26**

**TELÉFONOS 14460 Y 14464**

**ADMINISTRACION:**

**CARRETAS, 10**

**TELÉFONOS 24730 Y 24739**



## *Estudios*

Eduardo Aunós: *La vida portentosa de Chateaubriand.* – A. Rodríguez-Moñino: *Hazañas del Coronel Villalba (Italia, Grecia y España), 1475-1516.*



# LA VIDA PORTENTOSA DE CHATEAUBRIAND

POR

EDUARDO AUNÓS

**E**STE ilustre varón, que fué el autor predilecto de las damas de su tiempo, supo servirse de ellas como pocos en su larga peregrinación por los caminos del mundo, hasta tal punto, que no existe un solo episodio de su humana peripecia, ni apenas producción alguna de su estro que no presuponga el influjo inmediato de una mujer. Su vida está alumbrada siempre por el resplandor de una tupida constelación de figuras femeninas, que han pasado a la posterioridad envueltas por el glorioso halo del Vizconde, por más que alguna de ellas tuviese personalidad propia bien destacada. Todas iluminaron con el brillo de sus miradas y la antorcha de sus almas una etapa de la existencia del gran hombre, recibiendo, como recompensa a su amistad, esa exaltación reverente que da contorno prestigioso a las cosas idas del mundo, pero vivas aún en el escenario de la Historia ante la mágica fulgencia de la celebridad.

Una proyección de las múltiples damas relacionadas con la

vida de Chateaubriand urde por sí sola la completa novela del hombre que nació frente al Atlántico un 4 de septiembre de 1768, con ocasión de estallar sobre el confín de tierras y mares una fragorosa tempestad bretona, de esas cuyo paso se señala por una estela de barcos destruídos y de vidas segadas. Ello ocurría exactamente en Saint-Malo, donde por aquel entonces las reliquias del Santo patrono hubieron de ser expuestas durante nueve días en invocación apremiante para aplacar la tormenta. El niño que acababa de surgir a la vida era el menor de diez hermanos, de los que sólo seis sobrevivían en el momento de aflorar Renato a la corteza terrestre. Un padre de historia turbulenta, mezcla de armador, corsario y negrero, con ambición de resucitar un pasado de nobleza y señorío, era su progenitor. Una madre aplicada a lecturas literarias y devociones religiosas le trajo al mundo y le transmitió no poco de su carácter. Sin embargo, las dos corrientes habrían de aparecer más tarde en Renato formando sucesivamente los estratos fundamentales de un alma eminentemente soñadora. Su infancia transcurre en Saint-Malo porque el padre, que ha adquirido el castillo de Combourg, no abandona sus negocios marítimos hasta algunos años más tarde. Un día, cuando el ilustre literato haga el relato de su vida, nos hablará de una niñez desgraciada, que no se compagina con alguna de las referencias intercaladas por él mismo en sus propias *Memorias*. Sin duda, el ambiente entre el cual se deshilaban sus años muchachiles predisponía a los entusiasmos fogosos de la imaginación. Un viento marero, fuerte y salado, le arremolina sus cabellos y sus ideas. Si algún día le tienta la soledad y la vida recoleta, no es menos cierto que su temperamento le incita a la aventura, al movimiento, a la acción efusiva. De colegial, primero en Dol, a veintitantos kilómetros de Saint-Malo, y más tarde en Rennes, va a pasar sus vacaciones en la paterna casa señorial de Combourg, situada entre los bosques y las dunas areniscas de Bretaña, donde ya

se había aposentado la familia. Durante este tiempo, el atormentado zigzag de su vida futura se inicia ya con arrebatos. Del místico deliquio en que se sume tras su primera comunión pasa al debilitamiento del fervor religioso, adormecido, al mismo tiempo que se adentra en el estudio de las lenguas clásicas, las matemáticas y el inglés. En síntesis, un alumno trabajador en el que bullen las dudas y las utopías.

Apenas terminados los estudios en Rennes pasa a Brest para obtener su diploma de aspirante a la Marina, y cuando todo hace prever que es inalterable su decisión de seguir esta carrera bajo la tutela moral de su tío, el Conde Ravenel de Boisteilleul, capitán de navío, abandona de golpe este rumbo de su vida, lleno de prometedoras perspectivas, y se presenta inopinadamente en la morada familiar de Combours. Una de tantas contradicciones de sus escritos está en su referencia relativa a la acogida que le fué dispensada por los padres cuando les sorprendió con su extemporánea vuelta al hogar. La madre le recibió con amorosa ternura; el padre, con glacial indiferencia. Al menos ésta es la impresión reflejada en las páginas redactadas a poco de ocurrir el hecho. Pero después, en sus *Memorias*, aparecerá toda una tremebunda relación de malos tratos y reñiduras, que nos inclinamos a creer no se le infligieron jamás. Su padre se limitó a internarle en uno de los mejores colegios de Bretaña, el de Dinan, donde completó sus estudios clásicos con real brillantez. A los dieciséis años vuelve a Combours, y pasa allí unos meses decisivos para la revelación de su temperamento, porque en esa mansión comprada en los tiempos de la mejor fortuna del padre, antigua fortaleza convertida en residencia señorial, vive con el armador retirado y su esposa, el hijo mayor, Juan Bautista, futuro Conde de Combours, y las cuatro hijas intermedias: María-Ana, Benigna, Julia y Lucila, lo que proporciona al más joven de los retoños, ya en plena formación espiritual, la mejor coyuntura para proyectar su personalidad en el ambiente de



su propio ámbito hogareño. A poco de esta conjunción familiar las tres hermanas mayores se casan con hidalgos de las cercanías, y el Conde de Combourg va a establecerse en París para tratar de hacer carrera y perquirir una noble doncella con la que matrimoniar. La única hermana soltera, Lucila, cuatro años mayor que Renato, lejos de aminorar la melancolía que queda en la vasta mansión como impalpable légamo de recuerdos, la agravaba con sus desequilibrios nerviosos, precursores de la que más tarde habría de ser penosa enfermedad. El influjo que sobre Renato ejerció Lucila había de ser naturalmente funesto. La amistad apasionada de ambos hermanos, que por su cercanía de edades se habían tratado y querido con mayor intimidad, convirtiéndose en superexcitación de sus sensibilidades, y poco faltó para que Renato se suicidase. Felizmente no fué así, y un médico sagaz impuso su apartamiento de aquel ambiente saturado de melancólicos ensueños. Había que elegir camino: la madre acariciaba la idea de hacerle sacerdote, pero él se negó, no obstante haber seguido algunos estudios desde que arguyó sentir esa vocación, cuando la fuga de Brest, a buen seguro para justificar su ilógica conducta. El adolescente parecía ahora decidido a seguir las huellas del padre, embarcando para el Canadá o las Indias. Con esta intención, al menos aparente, se trasladó a Saint-Malo, donde pasó seis meses en continua vacilación. Llamado de nuevo a Combourg por indicación materna, a la mañana siguiente le hizo saber su padre que no era cosa de perder más tiempo en calaveradas inútiles, manifestándole que había obtenido para él un puesto de teniente de infantería, y le ordenaba salir para Cambrai, donde estaba de guarnición el regimiento de Navarra, en el que había de prestar su servicio. Poco después padre e hijo se abrazaron en una entrevista llena de punzante emoción, porque ambos presentían sin duda que sería la última. Era el año 1786, es decir, cuando alboreaba la gran tragedia revolucionaria de Francia.

Los tres años comprendidos entre el 1786 y el 1789 los distribuyó nuestro héroe entre Cambrai, París y Fougères, donde habitan sus hermanas y cuñados. La acogida que le brinda el ejército es cordial, y en él goza los últimos privilegios de una vida que está llegando a los umbrales de su desaparición. El padre, con quien tan poco congenió, había muerto pocos meses después de su marcha. Si al entierro no pudo asistir, dado lo inesperado del caso y la rapidez fulminante de la enfermedad, hubo de reunirse forzosamente con el resto de su familia a los efectos testamentarios. Unas treinta mil libras fueron adjudicadas a Renato, quedando en compañía de Lucila y las hermanas casadas en Fougères, mientras Juan Bautista volvía a París, y su madre se establecía en Saint-Malo. Las tres hermanas que se habían reunido temporalmente en Fougères eran ahora las señoras de Marigny, de Chateaubourg y de Farcy, con sus respectivos castillos de Marigny, Lascardais y L'Aumallerie, postremos rincones dorados, donde la gente mundana de la comarca se reunía amablemente, sin darse cuenta del peligroso volcán que la amenazaba, discutiendo sobre política con la misma superficialidad que sobre literatura o cualquier otro tema frívolo.

Juan Bautista impone a Renato un nuevo viaje a París para presentarle al Rey con vistas a un ascenso y pasar al grado de capitán de caballería, además de apoyar su candidatura para el ingreso en la Orden de Malta, que por su gran patrimonio podía asegurarle prebendas y rentas de consideración. Juan Bautista había conseguido situarse bien en la capital, y unos meses más tarde de reunírsele allí Renato contraía matrimonio con la señorita de Rosambo, hija del Presidente Le Pelletier de Rosambo y nieta del antiguo ministro Malesherbes. Todas las hermanas llegaron acompañadas de Renato para tomar parte en la ceremonia, pero el poeta olvidaba sus deberes de cortesanía ver-sallesca para dedicarse a conversar sin tasa ni medida con los hombres de letras instalados en el propio París. Ambicionaba

el ingreso en la Orden de Malta, pero sólo para que sus ventajas materiales le permitiesen seguir una vida independiente del hermano, satisfaciendo así su ambición legítima de verter el caudal de poesía que llevaba dentro de sí y pugnaba por irrumpir, radiante, en aquel fin del XVIII, alumbrado por un resplandor intermitente cargado de tristes presagios.

Buena parte de los acontecimientos iniciales de la Revolución le sorprenden como testigo presencial. En Rennes asiste, con la nobleza bretona, a una asamblea en la que se protesta contra el establecimiento de la Corte Plenaria. En París, donde ha ido, allá por abril de 1789 con sus hermanas, la de Farcy y Lucila, presencia estupefacto la apertura de los Estados Generales, la toma de la Bastilla, las sesiones de la Asamblea Constituyente y toda la gama de prístinos disturbios callejeros. Para él no existe la política. Tan pronto puede se evade del caos partidista y frecuenta con especial fruición a intelectuales como Delisle de Sales, Ginguené, Le Brun, Parny o jóvenes poetas, un poco mayores que él, como Fontanes y Chenier. En el *Almanaque de las Musas* de aquel tiempo se publica un soneto suyo, y se alborozaba tanto, cuanto se enfada Juan Bautista ante su desvarío y total apartamiento de tareas menos vagas y más eficaces desde un punto de vista material.

Pero la anarquía que reina en el país es pareja a la que cunde en su espíritu, y cuando su regimiento de Navarra acaba por sumarse a la insurrección, él vacila, reafirma su deseo de una "verdadera vida en regiones más altas", cada vez más imposible, y acaba por dar realidad a uno de sus antiguos proyectos: el de partir a América, atravesando ese océano ante el cual se había detenido tantas veces. Catorce pasajeros forman la lista del buque que le lleva a Baltimore. La travesía dura tres meses, y durante ellos lee, discute, y estudia la psicología de sus compañeros de navegación. Son aquellos los tiempos en que su fe sufre un desgraciado eclipse. Con un seminarista joven, que ayudado

por otros cuatro ha conseguido a duras penas salir de Saint-Malo, disputa sobre religión exaltadamente. La creencia inmovible de su impugnador le exaspera. Un día, en medio de gran tempestad, se hace atar a un mástil al igual que Ulises. Las olas y los vientos le cubrieron de océano como si quisieran hacerle suyo, y en lo más encrespado del temporal gritaba enfáticamente: “¡Oh, tempestad, no eres tan hermosa como Homero te ha hecho!”

El Presidente Washington le recibe en Filadelfia, que es entonces la capital federal, complaciéndose en oírle relatar sus proyectos de explorador para buscar el famoso paso del Noroeste; pero contra lo que preveía el poeta, no le otorga ningún auxilio material. Para la mentalidad práctica de los yanquis, su plan de exploración geográfico-literaria, un mucho inspirado en Rousseau, es incomprensible. Además, en realidad, Renato no sabe exactamente lo que quiere. Sólo le preocupa descubrir la naturaleza pura, absorber rápidamente los aires, las ideas, lo nuevo y lo inesperado. Con tal propósito se va al interior y habla con los indios, vestido de piel roja como ellos, medita sobre sobre la organización política de la democracia americana, remonta el North-River y llega hasta las cataratas del Niágara. Penetra después en los bosques del alto Canadá, se lanza a través de soledades impresionantes y pasea por aquellos parajes inhóspitos esa melancolía precoz que absorbía su alma. Al fin se le agotan los recursos que ha llevado de Francia, y cuando piensa regresar a su país para organizar desde allí una nueva expedición que le permita conocer más profundamente la psicología de las razas primitivas, sumiéndose en el olvido del mundo y de la civilización, un viejo periódico inglés, que casualmente cae en sus manos, le hace saber los estragos revolucionarios: prisión de la Familia Real, usurpaciones, depredaciones, ofensas a la nobleza. Y como ésta es la clase a la que él pertenece, resuelve volver, aunque no para intentar nuevas expediciones, sino para

velar la palpitación acelerada de su patria. Mas de ese viaje juvenil, aureolado por la fantasía de su vivir inquieto, extrae la quintaesencia de una nueva poesía, mezclando esos cuadros de naturaleza salvaje que ha vivido tan intensamente con la poética sentimental y descriptiva que le es predilecta. Y como consecuencia de esta alianza compone admirables bocetos, de donde a no tardar mucho debían salir *Atala*, los *Natchez*, *René* y sus *Viajes por América*.

Cuando llega a Francia se encuentra el panorama previsto durante el sombrío viaje. Conversaciones con los suyos le persuaden de que ingrese en el ejército de los Príncipes, mientras que su mantenimiento material debe conseguirse mediante la boda con una rica heredera. La elegida fué cierta amiga de Lucila, llamada Celeste Buisson de la Vigne, huérfana noble y con 135.000 libras de dote, aparte las herencias que un día habrían de corresponderle. Chateaubriand realizó este matrimonio en 1792 por puro cálculo, a impulsos de su hermana. El mismo cuenta su boda diciendo: "Lucila amaba a la señorita de la Vigne; por mi parte no sentía poseer ninguna calidad de marido; pero mi hermana vió en este matrimonio mi independencia, y por evitar una discusión accedí." Un sacerdote católico bendijo la unión en la clandestinidad, pero un tutor de la muchacha, Michel Bossinot de Vauvert, reputado anticlerical, denunció a Chateaubriand por raptó, y para evitar escándalos y represalias hubo que sobornar a un cura constitucional llamado Duhamel, que convino en legitimar el matrimonio según las nuevas leyes, a la vez que hacía desaparecer todos los documentos comprometedores del asunto Vauvert. La nueva ceremonia oficial se celebró el día 18 de marzo de 1792 en medio de una glacial cortesía. La atmósfera familiar se había enrarecido. Las rentas de Celeste tardarían en ser aprovechadas. Chateaubriand, que durante la época anterior a su viaje a América ya sabía lo que eran deudas, hubo de adquirir ahora una de 10.000 libras con su hermana menor, que

ésta, a su vez, solicitó de una parienta, la señorita Du Quengo. Había comenzado a sentir el agobio del dinero, que casi nunca dejó ya de acuciarle.

La nueva señora de Chateaubriand, si bien los biógrafos la dejan un poco olvidada, era una mujer de real talento y disposición. Nació en Saint-Malo, donde conoció y trató íntimamente a las hermanas del gran escritor desde su niñez, y sobre todo a la menor, Lucila, con quien la unía especial amistad. Se ha dicho que la esposa de Chateaubriand no ocupó sino un escaso lugar en el corazón de su marido, pero lo cierto es que la amó siempre con especial dilección. Era una mujer honrada en el más exacto sentido de la palabra, y, como todas las mujeres de esta calidad, dió poco que hablar de sí, a pesar de lo cual mostró ingeniosa inventiva y una imaginación nada vulgar. Se le debe una singular versión de la poesía de La Motte, una de cuyas estrofas decía: "El fastidio nace de la uniformidad." Ella, cansada de oír los torneos densos y aburridos de los profesores Fontanes y Joubert, lo recitó diciendo: "El fastidio nace de la Universidad." De su viaje a Italia en 1806 comunica en una carta datada en Venecia: "Os escribo a bordo del *León de Oro*, porque aquí las casas son como navíos siempre anclados. En Venecia hay de todo, menos tierra, excepto en un pequeño rincón llamado Plaza de San Marcos, donde los venecianos van a secarse por la tarde."

Renato con su mujer y sus hermanas Julia y Lucila se trasladó a París poco después de su boda, donde las 10.000 libras tienen fin un día. Hay que contraer nuevas deudas para poder seguir subsistiendo en una ciudad donde el malestar es creciente, y para personas de su clase la vida resulta cada vez menos segura. El humor de Juan Bautista se nubla día por día, y el 15 de julio de 1792 deciden los dos hermanos atravesar la frontera por las cercanías de Tournai e incorporarse al ejército de los Príncipes, que desde tierras germanas había de conseguir aplastar la revolución. En el seno de esa milicia dorada todos se sienten comandantes, y

nadie tiene conciencia de la disciplina sino para imponerla a los demás. Renato cumple entonces los veinticuatro años y conserva intactas sus ilusiones poético-amorosas, puesto que el leve contacto con su esposa le ha persuadido de que ésta no es la "Silfide" por él soñada y descrita. Como soldado del ejército que había de libertar al Rey y a la Reina de Francia toma parte en diferentes acciones, y es herido en una pierna por un obús en el sitio de Thionville. Pero comienzan los sinsabores para el ejército de los Príncipes en Valmy y en Jemappes. Suena la desbandada, y Renato piensa poderse acoger en Jersey bajo la protección de un tío suyo, para unirse desde allí a los realistas que luchan en Bretaña. Roto, herido, enfermo, miserable, los servidores del Príncipe de Ligne le encuentran en pleno campo y lo llevan a Bruselas, donde Juan Bautista es edecán del coronel Barón de Montboissier, en el Estado Mayor del Cuartel General de la emigración. A Juan Bautista no le hace mucha gracia la aparición del hermano, y a éste le irrita el destierro dorado de los emigrados en Bruselas. Un apoyo no muy espléndido, pero sí suficiente, permite a Renato llevar a efecto su plan de llegar a Jersey, donde se entera de la decapitación de Luis XVI y de que sus hermanas y esposa se han refugiado en Bretaña. De repente, abandona la idea de servir a los realistas bretones, que van a pasar a la Historia con el nombre de "chuanes", y tras una corta convalecencia en Saint-Héliér se embarca para Inglaterra. En su espíritu no tenían efectiva realidad ni el catolicismo ni el absolutismo. Su actuación militar en Francia respondía al imperativo impreciso de su estirpe; pero el caótico estado del país y, sobre todo, el espectáculo deprimente de la vida frívola a que se entregaban los emigrados fastuosos de Bruselas, habían reducido hasta términos impalpables su ya escasa combatividad. Por otra parte, las artes y las ciencias le atraían cada vez más ilusionadamente. Con otros emigrados que las autoridades de Jersey invitaban a seguir hacia Inglaterra o les obli-



gaban de lo contrario a volver a Francia, tomó el primero de los dos caminos. Cumplía entonces sus veinticinco años, muy densos ya de episodios y de ensayos. Aún no había amado ni creado, y sin embargo había corrido bastante mundo y se hallaba unido en matrimonio "casi sin saberlo".

Inglaterra, con su bella perspectiva de libertad y de ensueños, le esperaba para mostrarle por primera vez la seducción de amar y de ser amado. El suelo inglés está inundado en esos momentos por multitud de franceses que se amparan en su generoso asilo para escapar del terror. Cuando Renato llegó a Londres ya hay allí muchos de sus compatriotas que han logrado situarse más o menos brillantemente, y algunos le brindan su protección, que no puede ser muy vasta, dado el grado de necesidad en que cada uno se desenvuelve. Renato se dedica en seguida a la literatura, es decir, a reflejar las luces estelares que reverberan de su alma en raudales de cálida prosa. Amanecen ya aquellas condiciones de trabajo excepcionales que lo acompañaron siempre: diez y doce horas de labor incansable, obstinada, consciente. En cualquier época del año era capaz de acometer nuestro hombre esta disciplinada tarea, y para la que emprendió en Londres, le vinieron a maravilla sus estudios clásicos. Con entusiasmo extraordinario se puso a redactar un *Ensayo histórico, político y moral sobre las revoluciones antiguas y modernas, consideradas en relación con la Revolución Francesa de nuestros días*, obra en la que no pocos méritos literarios apenas pueden cubrir lo ilógico del plan, la ausencia de unidad y de método, así como lo caprichoso de ciertas referencias. El *Ensayo*, ni aun con mayores perfecciones, pudo haberle proporcionado medios de vida suficientes, y entonces determinó dedicarse a la enseñanza, gesto noble y admirable, que él, sin embargo, evita declarar en sus *Memorias*. Su reputación como hombre de letras comienza a abrirse paso entre los emigrados, quienes notan en él una cordial simpatía que subraya la creen-

\*



cia de una tuberculosis, sospechada también por Chateaubriand, aunque felizmente nunca fuese cierta. De Londres pasa al campo, que sienta muy bien a su salud y va al Suffolk, donde es protegido por unos pastores protestantes, como él diestros en las lenguas clásicas. De ahí le viene la oportunidad de contar como discípula a Miss Carlota Ives, de quince años, hija del pastor John Ives, que goza en la comarca de la consideración otorgada sin regateos por su excelente situación social y económica.

Carlota se convierte casi en seguida en el amor primero del joven profesor. La contención que los azares más diversos han impuesto al caballero salta ante la bella muchacha de fina silueta inglesa, quien le parece todavía más bonita al descubrirla enmarcada en la tranquila vida de la ciudad de Bungay, donde residen los Ives. El pastor está encantado de charlar sobre literatura griega y matemáticas con el maestro de su hija. La madre, a su vez, dialoga con él sobre música y poesía. Pero el idilio zozobra gravemente cuando la joven confiesa un día a sus progenitores los sentimientos que invaden su corazón. Casi al mismo tiempo, Chateaubriand había sido hospitalizado en la propia casa de los Ives, a consecuencia de haber caído de un caballo que montaba con notoria torpeza. Extrañados ante el mutismo del galán, que no muestra señales de querer entrar en el asunto, la señora Ives le propone discretamente desdeñe de una vez sus escrúpulos, en la seguridad de que va a ser bien acogido. Pero queda estupefacta cuando, ante esta invitación, Renato estalla en sollozos. La madre supone que aquellas lágrimas son de felicidad y corre en busca del marido y de su hija para compartir con ellos la emoción del momento. Y entonces, precisamente ante aquel cuadro lleno de ternura, es cuando Renato ha de confesar la terrible verdad: la de su matrimonio. La señora Ives cae desvanecida, mientras el infortunado profesor se lanza como loco por los campos de Suffolk, hasta llegar a Londres, desde donde escribe a Carlota una carta desgarrada que nunca llegó.

Ya en la capital inglesa se entrega de nuevo a la lucha para satisfacer sus más apremiantes exigencias vitales. Pasa días y más días embebido en la corrección de su *Ensayo*, cuyo éxito, al parecer, no pudo compensarle de sus esfuerzos, y menos todavía ayudarle a pagar sus deudas. Ni en Inglaterra ni en Francia obtuvo su libro el éxito apetecido, y cuando pudo tener cierta difusión, otros vientos se habían enseñoreado del corazón del escritor. La imagen de Carlota le perseguía incesante, y toda una serie de obras o ensayos delataban más o menos claramente aquel amor imposible, y no poco de lo que contuviesen habría de ser propia biografía. La transformación de su espíritu ante este choque con la realidad hostil, tuvo notorio influjo en su ideología política, y de la tesis anárquica preconizada en el *Ensayo*, no coincidente con ninguna de las teorías al uso en uno u otro lado del Canal de la Mancha, evoluciona hacia su verdadera posición, la "romántica", cristiana, inflamada, convertida, para la que acaso no es un mal precedente aquel iconoclasta torneo histórico-imaginativo.

El *Ensayo* no obtuvo éxito, ciertamente, pero había hecho fijar la atención de un cierto número de gentes sobre el escritor, que, de pronto, se vió solicitado por un grupo de franceses emigrados en Londres y apartados del núcleo de los ultra-reaccionarios. Este manojito de monárquicos, en el que había figurado la propia Mme. de Staël hasta su salida para Suiza en 1793, se llamaba "constitucional", y tenía en gran estima el cultivo de las artes y las ciencias que los "ultras" desdeñaban como opuesto a su interés de casta. Entre los constitucionales encuentra a su amigo Fontanes, al que conoció en 1789, habiendo sido presentado por su hermana Julia en París. Fontanes le recomienda, con místico fervor y convencido acento, al abandono del anarquismo revolucionario preconizado en su *Ensayo* para incorporarse decididamente al movimiento idealista y religioso que podía muy bien salvar un día a Francia de su postración.

Todos los componentes del mismo grupo abundan realmente en parejas teorías que Fontanes. Lally-Tollendal acaba de redactar y publicar una *Defensa de los emigrados dirigida al pueblo francés*, en la que se contienen afirmaciones religiosas, sólidas y prudentes. Bonald y José de Maistre acaban de publicar libros en la misma dirección ideológica. Todo se conjura, pues, para mostrar a Chateaubriand el desquiciamiento de su "filosofismo" anticuado, y convencido por esta verdad que penetra decisivamente en su alma; trabaja sin descanso en la nueva dirección intelectual para encontrar un modo y un estilo que armonicen con tan nobles ideas. En el fondo, su decisión es firme, y se halla dispuesto a constituirse en restaurador de un Cristianismo social y estético al que se siente llamado como por providencial designio. Por si los ejemplos que le rodean no fuesen bastantes para convencerle, le impelen hacia la nueva senda la muerte de su madre y la hondísima devoción que profesa a su hermana Julia, la en otro tiempo brillante Mme. Farcy, y ésta, feliz ante la sólida orientación del hermano, le reprocha sus errores y le invita a hacer profesión, "no sólo de piedad, sino de razón".

Chateaubriand comienza por aquel entonces a leer su *Atala* en los salones de los constitucionales. La nueva obra es un cuadro poético, colorista y grandioso, en el que se cantan los amores de dos jóvenes salvajes; idilio sutil, lleno de descripciones fantásticamente luminosas, fluída de sentimientos y de delicadas emociones. Apenas terminado *Atala*, proyecta dar a la luz pública algunas obras de carácter puramente religioso, solo o en colaboración con Fontanes. Ve su nombre citado entre los que Monseñor de Boisgelin propone al Mariscal de Castries con objeto de que éste, a su vez, lo haga llegar a Luis XVIII, como uno de los "hombres que saben escribir obras propias para hacer amar la moral y la religión". Poco después imprime sus *Bellezas poéticas y morales de la Religión cristiana y su superioridad sobre los demás cultos de la Tierra*. Los emigrados monárquicos de Londres ponen

a su disposición los medios propios para difundir la obra, y Luis XVIII le inscribe en sus listas de subvencionados con doscientas libras esterlinas. De su joven talento esperaba la reacción uno de los frutos más importantes y eficaces para el logro de sus designios. Pero Fontanes vuelve a París encargado por Napoleón de pronunciar en los Inválidos un elogio de Washington con motivo del feliz regreso de la expedición a Egipto. El talento de Fontanes logra llevar a buen término la empresa, loando la gloria consular de Bonaparte sin romper sus lazos con los constitucionales londinenses. Entre tanto, prepara la vuelta de Chateaubriand a París, y nuestro hombre vuelve un poco clandestinamente, prevalecido de un falso pasaporte que la Policía finge ignorar a quién encubre.

La vieja Lutecia hierve entonces de bonapartismo. El Cónsul ha dicho ante los sacerdotes de Milán, tras la batalla de Marengo, que "no existe moral sin religión", y que "sólo ésta es capaz de dar al Estado un apoyo firme y duradero". Puede ser el momento de Chateaubriand; todo consiste en saber aprovecharlo. Su protectora e inspiradora de esta etapa es la noble dama Paulina de Beaumont, cuya familia ha sufrido rudísima persecución durante el terror. Paulina tiene la misma edad que Renato y está enferma de tuberculosis. En su salón reemprendió Chateaubriand las lecturas que en Londres le habían procurado tanta notoriedad. *Atala*, retocada con arreglo a su nueva conciencia católica, constituyó el éxito mayor. El editor Migneret la hizo aparecer por fin el 17 de abril de 1801. Fué una ráfaga de entusiasmo la que despertó. La alianza entre cristianismo y clasicismo, fundada en el ambiente exótico que da fondo a la novela, constituyó una revelación de la que críticos y lectores se hicieron lenguas. Todos instaron entonces la conclusión de un gran libro, que había de ser como el más vasto resplandor del talento de Chateaubriand, por cantar todo el amplio proceso redentor del Cristianismo en el mundo. Para que la empresa pudiese reali-



zarse, Paulina arrebató de la vida ciudadana a Renato y lo arrastró hasta Savigny-sur-Orge, cerca de París, pero en plena naturaleza, donde el autor logró dar cima a su magna obra que había de llevar por título *El Genio del Cristianismo*.

Fontanes y sus protectores cerca del nuevo régimen, Elisa y Luciano Bonaparte, se encargaron de preparar el terreno a Chateaubriand, quien, por fin, fué presentado a Napoleón en una recepción que tuvo lugar en casa de su hermano. Entre tanto, el *Genio del Cristianismo* acababa de obtener un éxito rotundo de crítica y público, produciendo una atmósfera oportunísima en Francia y en Roma, puesto que por entonces se fraguaba el nuevo Concordato, y a tal razón se debe, ciertamente, la deferencia con que le recibió Bonaparte. El autor se propuso en esta gran creación de su ingenio, demostrar la excelencia y la divinidad de la religión cristiana, tanto desde el punto de vista de la poesía y las artes como en relación con el dogma y la Teología, estableciendo con claridad maravillosamente lógica que el símbolo católico contiene, en su síntesis sagrada, toda la ciencia y toda la literatura, por lo mismo que encierra en sí mismo toda la verdad. En una pincelada policroma de maestro, logró Chateaubriand construir una síntesis armónica, aunque forzosamente incompleta, de todo el vasto proceso civilizador del Cristianismo. La esencia del libro no es puramente teológica o filosófica, como podría desprenderse del título, sino un producto nuevo, fervoroso, apasionado, que exalta la religión sin perder de vista el clásico molde helénico. Una ráfaga medieval completa la estupenda mezcolanza, y con todos estos ingredientes se forma el complejo producto que cautivó entonces a todo el mundo y que hoy catalogaríamos sencillamente con un solo epígrafe: Romanticismo, pero del mejor estilo y de la mejor época, cuando aún no se había desviado éste de su prístino cauce cristiano y renovador.

Mas para Chateaubriand, a pesar de su hábito de trabajo y

su actividad incansable, la literatura ya no es sino vehículo para la política, a la que se siente apremiantemente llamado por su más honda vocación. Ambiciona, ahora que cree haber impresionado a Bonaparte, la Embajada de Francia en Roma. Pero Napoleón es muy sobrio en el reparto de prebendas, y con declaración explícita de que es preciso probar al neófito en puestos de menor categoría, se contenta con nombrarle secretario de Legación en la Ciudad Eterna, no obstante confesar que nunca se había visto mejor alabado que en la dedicatoria con que le distinguió en su segunda edición el autor del *Genio del Cristianismo*.

Roma es para Chateaubriand un medio para hacerse notar. Orgulloso de sí mismo, sus actuaciones, independientes del embajador, y su propensión al primer plano, le colocan en un ángulo poco favorable ante el criterio del Primer Cónsul. Pide para sí excepciones, en razón de su "cargo independiente", y esto lastima el amor propio del embajador Fesch, pariente de Napoleón por estar casado con una hermana de Leticia. Pronto se da cuenta Chateaubriand de que ni él es la primera figura de la Embajada, ni menos el hombre que había de crear una nueva situación de inteligencia entre Francia y el Papado. A su descorazonamiento contribuye la presencia de Paulina, que viene a Italia como para morir a su lado. Renato pierde con ella a una amiga que le había querido como nadie y ve desvanecerse con su silueta amada, el gran sueño, tantas veces entrevisto, de ser el hombre público más interesante de Europa. Antes de decir adiós a Roma, nombrado para un puesto modesto de ministro plenipotenciario en el Valais, donde ni siquiera existía Legación, escribe su famosa *Carta a Fontanes sobre la campaña romana*, verdadera obra maestra de la literatura, a cuya bellísima concepción no son ajenas las punzantes amarguras producidas en él por la muerte de Paulina, juntamente con su fracaso diplomático.

Cuando vuelve a París, en febrero de 1804, su adhesión por la casa Bonaparte es, naturalmente, mucho menos fuerte que antes de ir a Roma. Por su parte, la familia del Primer Cónsul también se siente algo defraudada por la actitud del escritor. La situación es inestable para Chateaubriand, que aprovecha el triste acontecimiento del fusilamiento del Duque de Enghien para presentar su dimisión de ministro en el Valais, cargo del que nunca llegó a tomar posesión. Aunque su dimisión fué ante todo política y debida a la impresión profunda que como monárquico de siempre le produjo la ejecución del de Enghien, hubo de fundamentarla en la mala salud de su esposa, que se le ha reunido en París. Todo ello, como era de suponer, irritó profundamente al Emperador. Poco después, en 1805, publica *René*, obra extraña y cuajada de íntima amargura, verdaderamente alucinadora y emocionante, pues en ella reproduce con vacilante trazo, los ensueños enfermizos de su primera juventud, como inspirado por el ansia loca de querer revivirla. Poco después se consuma su separación de los Bonapartes, no sin que Elisa, quien le protegió afectuosamente durante tres o cuatro años, le reproche su pretendida "defección" del bonapartismo.

Tras de estos sucesos, penetra en un círculo interesante de amistades femeninas, entre las que destaca en seguida Natalia de Laborde, Condesa de Noailles, más tarde Duquesa de Mouchy. Su inteligencia con Natalia deshace los últimos lazos que le unían con otra amiga de tiempo anterior, Delfina de Custine, que no es ciertamente de las que más huella dejaron en su ánimo y en su vida. Natalia, en cambio, había de ser una de las pasiones más turbulentas de nuestro héroe. Los unía una afinidad temperamental evidente, aparte su común concepto del amor y de la pasión, Chateaubriand trabaja por entonces en sus famosos *Mártires*, y piensa cuán necesario le es un viaje a Oriente para ambientar y documentar esa obra, con la que trataba de incorporar a la sublime poesía de la Biblia la magia de los ver-

sos de Homero. Mas para ir a Oriente se necesita disponer de una gran cantidad de dinero, y Chateaubriand no tiene sino deudas. Sin embargo, el periplo se realiza en 1806, y no hay coincidencia entre los biógrafos al atribuir la procedencia del oro que lo hizo posible. ¿Acaso la familia imperial rusa, como ha pretendido Vitrolles? ¿O de algún miembro de la familia Laborde? En todo caso, convienen con Natalia, que ésta había de esperarle en Andalucía, al término del recorrido mediterráneo, para el que Napoleón, ya Emperador, no le regatea cartas de recomendación a cónsules y embajadores de los puntos que ha de tocar.

El viaje de Chateaubriand, letrado y fino espíritu de una época esencialmente literaria, no podía ser un vulgar itinerario cumplido con mayor o menor eficacia. Su conocimiento de las lenguas griega, latina y hebrea, su familiaridad con la historia antigua y su delicada percepción de las civilizaciones pasadas, habían de permitirle extraer de esas etapas viajeras impregnadas de recuerdos y de historia, consecuencias de gran importancia intelectual. El arte arquitectónico griego le inspira de repente esta frase: "Si después de contemplar los monumentos romanos encontré groseros los de Francia, tras de haber visto los monumentos griegos me parecen bárbaros los de Roma." En Turquía el embajador Sebastiani le invita a visitar Constantinopla, para que pueda bucear en ella las antigüedades bizantinas, y apenas llega a Jerusalén le acosan todos sus recuerdos de Historia y se siente hondamente conmovido frente a la vastedad del desierto, que dice "respira todavía la grandeza de Jehová". Antes de su salida, los Padres Latinos le armaron auténtico Caballero del Santo Sepulcro. Todos los atisbos, todas las meditaciones del viaje, le sirven después para confeccionar las páginas más bellas y penetrantes que sobre los Santos Lugares han sido escritas hasta el día.

De regreso, se detiene en Egipto, donde las Pirámides le son



negadas, por hallarse en su apogeo la estación de las aguas. Un temporal en el tranquilo Mediterráneo le lleva a escribir un billete de identidad que encierra en una botella. No es preciso, sin embargo, arrojarla al mar. Amaina la tormenta y desembarca en Túnez, donde visita Cartago, y más tarde arriba a Cádiz para reunirse con Natalia. La demora en su llegada ha hecho que la dama hubiese de distraer sus ocios con algunas amistades masculinas. Pero es Natalia la autora de esta terrible frase, pronunciada en París ante Mme. de Boigne: "Soy muy desgraciada; tan pronto me siento atraída por un hombre, encuentro otro que me gusta más." Sin embargo, esta mujer tornadiza ejerce sobre Chateaubriand influjo suficiente para que su vacilante bonapartismo dé paso a un monarquismo legitimista ya definitivo. La personalidad de esta mujer tan voluble, se inmortaliza, transfigurada en la Blanca del *Ultimo Abencerraje*. En esa breve novela caballeresca de Chateaubriand, aparece iluminada con los focos multicolores de su brillante imaginación descriptiva, la Granada nostálgica de espléndidos días pasados que cabrillea en los sueños de un musulmán descendiente de los antiguos reyes moros. Pero Chateaubriand, tras de su paso por España, vuelve a París con preciosas observaciones sobre regímenes y constituciones, independientes de su emoción histórica, o acaso deducidos de ella. Los *Mártires*, epopeya en prosa, surge como obra inmediata tras el largo viaje, mas sus apuntes sobre los países visitados y sobre la situación política de cada uno, no dejan de tener interés vital. Los de España, especialmente, habían de verse un día aprovechados.

La prolongada ausencia de Chateaubriand dió lugar a que en los círculos políticos y literarios de París, tomase cuerpo el rumor de su naufragio. Quienes llevaron el cuento al Emperador esperando provocar su alegría con la noticia, se encontraron sorprendidos al oírle decir que sentiría la muerte, si fuese cierta, porque Chateaubriand era un gran hombre que honraba a

Francia. Pero Chateaubriand llegó, comprando las acciones del *Mercurio de Francia*, del que se constituyó, según propia confesión, en único propietario. ¿Con qué medios económicos? La interrogante del dinero está sin respuesta a lo largo de la vida de Renato, pues en ella se suceden, sin lógica aparente, los años de estrechez con los gestos de opulencia. Una vez desembarazado de la fiscalización que Fontanes podía ejercer en el *Mercurio*, el periódico desencadenó una violenta campaña antinapoleónica, a la que dió fin el Emperador a su regreso de Tilsit, rescatando nuevamente las acciones. Chateaubriand, que ve cortada así su ansia de notoriedad, adquiere una pequeña propiedad a las puertas de París, el "Val du Loup", y se refugia a trabajar en ella. Cerca de la hacienda está Méréville, y en Méréville la bella Natalia, que le presenta a su prima Clara de Kersaint, Duquesa de Duras. La Duquesa era bretona; como Chateaubriand, había sufrido mucho bajo el terror, siendo condenada a vivir en un lugar de destierro donde no se le perdonaba el que su padre hubiese votado, si no la muerte de Luis XVI, su reclusión hasta la paz. Clara es otra de las mujeres que influyen definitivamente sobre Renato. Durante dieciséis años le alienta, le aconseja, le ayuda. Desde el comienzo de su amistad, encontrando algunas similitudes entre ambas existencias, acuerdan llamarse "hermano" y "hermana". ¿Hubo algo más que amistad? No se sabe con certeza.

El apellido Chateaubriand se ve envuelto por entonces en una conspiración. Un primo de Renato es condenado a muerte, y el literato, que intenta salvarle acudiendo al Emperador, llega tarde. Días después, aparecen los *Mártires*, con un éxito inferior al obtenido por el *Genio del Cristianismo*. Pero de todos modos, su aceptación refluye en los destinos de su autor. En efecto: Napoleón, aplacado por Fontanes y Mme. de Rémusat, trata infructuosamente de que se conceda uno de los Premios Decenales de Literatura al autor del *Genio* y de los *Mártires*. Con tal motivo,

se inicia una aproximación, que parece va a llegar derechamente a la conciliación entre los dos grandes hombres. El Emperador intercede para que, ya que no el premio, le sea otorgado un puesto en la Academia Francesa. Pero estaba de Dios que ambos genios no llegasen nunca a entenderse, y una ligereza en el elogio de José María Chenier, hermano del poeta guillotinado bajo el terror, cuya vacante iba a ocupar, le indispone con el Emperador, y para rehuir la lectura del discurso, aplaza la posesión de su puesto académico hasta 1816.

Desde entonces se acrecen las disensiones entre ambos hombres, sin llegar a una abierta ruptura. En el encierro de Val du Loup se redactan, sin embargo, enconados libelos contra el Imperio, que se tambalea. Un día comprende que debe regresar a París, estableciéndose definitivamente allí, y poco después entran los aliados en la capital, tras la derrota de Napoleón. Tal circunstancia es aprovechada por Chateaubriand para publicar el folleto titulado *De Buonaparte y los Borbones*, estimado por él como decisivo para situarle en el nuevo régimen. Pero la Restauración fué acordada entre elementos a quienes no interesaba nuestro hombre ni el folleto. Su fiel amiga, Mme. de Duras, confía que sea Chateaubriand el vehículo más apropiado para exponer al pueblo las ideas de un monarquismo tal como el momento exige, puesto que es precisamente el ideario de Chateaubriand el llamado a prevalecer. Entonces aparecen las *Reflexiones políticas*, que marcan ya un avance sobre su obra anterior, por la moderación y perfecto realismo del contenido. Con este motivo, Renato es otra vez el hombre del día. Pero no ha conseguido simpatizar con el Duque de Richelieu, verdadero dueño de la situación, razón por la cual se retira nuevamente al Val du Loup, donde sufre el dolor de su propia decepción. De este abatimiento le sacan los *Cien días*, ese raudo retorno de Napoleón al poder, y se marcha a Gante, donde es nombrado, por fin, en el Gobierno desterrado de Luis XVIII, ministro "en-

cargado de informar sobre el Interior". Es evidentemente un cargo que por su modestia no responde a lo que desea, y el primero de los informes que emite desde el mismo, no place a los monárquicos ultra-derechistas; pero su carrera política está ya en curso. Sin que le satisfaga por completo, obtiene el puesto de Par de Francia y recibe el título honorífico de "Ministro de Estado", a pesar de que poco después, Descazes, obre sobre el ánimo de Luis XVIII, y el nombre de Chateaubriand sea borrado de la lista donde figuran tales ministros. Sus orgullosas obstinaciones le impidieron la inteligencia con Napoleón; ahora le van a estorbar la de los Borbones, y la oposición a que va a entregarse se manifiesta precisamente cuando la crisis económica personal le pone en trances de verdadero aprieto. Pero en estos momentos difíciles aparece, cual otra hada de su vida, la figura elegante, mundana y distinguida de Mme. de Récamier. La presencia de esta mujer espiritual y admirable, inyectó a Chateaubriand una actividad nueva, inflamada, reverdecida. En lo sucesivo, sus dos mejores amigas, Mme. de Duras y Mme. de Récamier, serían también su sostén y su defensa cerca de los personajes validos entre los que cada una tuviese mejor predicamento.

A la llegada de Villèle al poder, todo el mundo suponía que Chateaubriand desempeñaría la cartera de Negocios Extranjeros. Renato ya había sido embajador en Berlín a la caída del Ministerio Descazes (1821). Dada la poca importancia que entonces tenía la capital prusiana, su único placer fué la amistad afectuosa y desinteresada con Federica de Prusia, hermana de la Reina. Mas Villèle, deseoso de complacerle, le ofreció otra embajada mejor: la de Londres. Entró en la capital inglesa en 1822, de forma bien distinta a como había llegado, huído, treinta años antes. Desde Londres asistió como plenipotenciario al Congreso de Verona, cosa que fué muy de su agrado, pues le permitió exponer sus ideas sobre el régimen político español, recogidas en

nuestra patria. Resultado de sus gestiones fué la invasión de la península por el Duque de Angulema, comandando los "Cien mil hijos de San Luis". Con ese triunfo suyo, pareció como si la idea monárquica de Chateaubriand se abriese camino. La anarquía ibérica fué derrocada, y en su imaginación fértil bullía la idea, si le dejasen oportunidad, para colocar un Borbón al frente de cada país americano. Su éxito, sin embargo, se vió recompensado, pues la guerra de España le situó en el Ministerio de Negocios Extranjeros.

Va a cumplir por ese tiempo cincuenta y cinco años, y la ardencia de su corazón no conoce el reposo. Su ninfa Egeria de esta época, es la Condesa Boni de Castellane, Cordelia Grefülhe, que apenas cuenta veintinueve. El ramalazo de esta pasión tardía, ilumina toda la empresa de España. Entre el trajín de una campaña dirigida desde París, y la redacción de cartitas en que disculpa sus faltas cerca de la Duras y la Recámier, le queda tiempo todavía para escribir apasionadamente cartas y versos a la Castellane. Con todo esto, las dos amigas más antiguas se vieron relegadas y no aceptaron el papel que las asignaba el apuesto Renato. La Récamier se da a viajar por Italia, y la Duras se retira también del primer plano de la amistad con el ministro. Este había cometido un nuevo error, puesto que ambas, por su predicamento con Villèle y Montmorency, eran los más firmes carriles por los que podía discurrir la carrera política de Renato. Termina la guerra de España, que es un indudable triunfo para Chateaubriand, que la ha querido e impuesto contra pareceres de más peso, pero entonces nuestro hombre no tiene el tacto suficiente para hacer recaer la victoria sobre Villèle y sobre el Rey. Por el contrario, se jacta —incluso en las *Memorias*— del éxito, como cosa absolutamente personal. Por todo ello, las diferencias con Villèle se acrecientan, y un día, el de Pascua de Pentecostés del año 1824, a la salida de la Misa del Rey, y cuando espera ser recibido por el Conde de Ar-



tois, a quien faltan sólo unos meses para llamarse Carlos X, recibe una esquila en la que Villèle le comunica la regia decisión de que abandone el Ministerio. Entonces se sitúa en la oposición liberal y publica en el *Journal des Débats* un gran número de artículos vehementes en favor de la independencia griega, de la libertad de prensa, y otras tendencias arriesgadas, que no eran sino el velo de su resentimiento.

Es inútil que Chateaubriand espere a la muerte de Luis XVIII una reinstalación en el primer Ministerio de Carlos X. Su vida se va tiñendo con una melancolía de amargado, que no le permite recuperarse. Ni el folleto que por encargo escribió en elogio del nuevo Monarca, ni aquella ardorosa ansia con que esperó al menos la Embajada en Roma, se vieron satisfechas de momento por la realidad. La ausencia de Chateaubriand en el Gabinete Villèle, determinó el decrecimiento del prestigio gubernamental. En el momento de celebrarse la ceremonia de la consagración en Reims del nuevo Monarca, hubo por parte de éste un intento de acercamiento. En efecto, Su Majestad se despojó de los guantes para levantar a Chateaubriand, que se había arrodillado como caballero del Espíritu Santo, y exclamó: "Gato con guantes no caza ratones." El caballero no respondió. ¿Inhibición? ¿Ausencia del ingenio? Lo cierto es que Carlos X aguardaba algo que no llegó, y los lazos flojos de la amistad de los dos hombres se reblandecieron aún más.

Su afán por la Embajada de Roma era determinado por un supremo deseo de deslumbrar a sus amigas Julieta y Cordelia, harto reticentes con él. La primera continuaba en Italia; le segunda le había ido también allá con el pintor Horacio Vernet. Por el momento, sólo le correspondía compartir una vida oscura al lado de su esposa, tratando de negociar una edición de sus *Obras completas*. Pero otra coyuntura, menos propicia, se presenta a la caída de Villèle, en 1828. Chateaubriand ya la contempla con desánimo, y tampoco resuelve su deseo, porque Carlos X, que ha aca-

bado por tomarle ojeriza, como ya sucedió con su hermano, nombra a Martignac Presidente de su Consejo, y a La Ferronnays Ministro de Negocios Extranjeros. Mas, con todo, ahora es cuando se le ofrece la Embajada en Roma, y aunque la acepta es demasiado tarde para parecerle algo más que un exilio dorado, después de haber visto pasar tres Ministerios sin que ninguno de ellos le hiciese un gesto de afectuosa solicitud. Las sombras de la edad empiezan también a proyectar su cortejo de disgustos. Clara de Duras acaba de morir en Niza. Delfina de Gustine ha fallecido un par de años antes. Su mujer, cada vez más agriada por la situación difícil que el matrimonio atraviesa, está vieja y cansada. A los de arriba les urge que vaya a tomar posesión del nuevo cargo, y para decidirle, le ofrecen vagamente un ducado, que no llegó jamás. Por fin, determina salir para Roma, pero ya Julieta y Cordelia no están en Italia. El Vizconde siente en la Ciudad Eterna los fríos del recuerdo de Paulina de Beaumont y la ausencia de las personas más queridas. Julieta no le ha perdonado, sino aparentemente, y le fué vedado reanudar allí su cordial relación de otrora.

En 1829, La Ferronnays sufre un síncope en el mismo gabinete regio. Es el segundo amago de una enfermedad para la que los médicos aconsejan un amplio reposo y el abandono total de las funciones políticas. ¿Va a llegar el momento aún de volver a París y hacer relucir su estrella con un brillo postrero? En todo caso, Chateaubriand no vuelve de Roma, donde todavía se hace ilusiones sobre una pretendida influencia política a desarrollar con motivo de la muerte de León XII. Y a pesar de cierzos, disgustos, desengaños e ingratitudes, el hábito de la amistad femenina no puede dejarse. Las dos últimamente adquiridas por el sexagenario, son Leontine de Villeneuve, con la que mantiene una correspondencia literaria, y Hortensia Allart, también muy letrada, pero cuya amistad con el embajador fué algo más positiva.

Un viaje a París le acarrea nuevas decepciones. Cierto que de ellas le compensa el nuevo calor que inyecta a sus relaciones con Julieta Récamier. Pero al recibirle el Rey, le pregunta cuándo vuelve a Roma, lo que es un explícito deseo de confinarle lejos de su Corte. Antes de regresar, recorre el Mediodía, encuentra en Cauterets a su joven amiga Leontina de Villeneuve, que tiene algunos años más de los dieciséis que él se suponía, y cuando está en trance de emprender el viaje a Roma, se entera de la caída del Ministerio Martignac. Entonces vuelve a París, dimite ante el nuevo Presidente, Príncipe de Polignac, y solicita una audiencia de Carlos X, el cual se niega a otorgársela mientras tanto mantenga su dimisión. Sin embargo, el Vizconde se acuerda de que es “el testarudo bretón”, y persiste en su actitud. Los vientos son poco favorables al último Borbón de Francia, que ve llegar sus momentos finales de reinado, y Chateaubriand por la gallarda actitud de mantener en pie su dimisión ante el golpe que para las libertades francesas representa Polignac, se ve rodeado de una popularidad que no estaba ciertamente buscada por él. Llega con las jornadas de julio de 1830 la caída de los Borbones, y reconocido en la calle por los estudiantes y liberales, es objeto de una manifestación de simpatía. Sin embargo, acababa de ofrecerse al Rey en esos momentos trágicos para la Monarquía, y aún pretende en sus *Memorias* haber contestado denodadamente con vivas al Rey a los gritos de sus ovacionadores.

Acaso en la nueva situación monárquica, bajo Luis Felipe, hubiese obtenido la consideración que le había negado obstinadamente la “ingrata familia” de los Borbones. Pero era demasiado fehaciente su adhesión a éstos, y no dió el Vizconde un solo paso en falso. Con sus sesenta y tres años cumplidos, se dedica ahora a redactar sus *Memorias de Ultratumba*. Es la marcha final, felizmente prolongada para nuestro héroe y para las letras de Francia; pero todos los resortes, todas las actitudes



tienden a favorecer y encuadrar su desde luego segura inmortalidad. El Consejo Municipal de Saint-Malo ha acordado una parcelita de terreno en el Grand-Bé para que le sirva de tumba. Mas por su impenitente afán político, todavía se ve enredado en las intrigas de la Duquesa de Berry, que sueña con obtener el trono para su hijo Enrique V. Pero, preciso es decirlo, en su actuación no hay ya ni arranque ni convicción, y sí tan sólo su proverbial lealtad al apellido Borbón, por el que no vacila en emprender viajes penosos. El más auténtico Chateaubriand volvía a encontrarse en el salón que todavía abre la Récamier en la rue de Sèvres. En 1836 lee allí algunas páginas de sus *Memorias*, ante un público que le mima como la más grande gloria literaria y monárquica de Francia. Entre sus auditores, figuran los Duques de Montmorency, de La Rochefoucauld-Doudeauville y de Noailles, así como los escritores Ballanche, Lenormand, Ampère, Lamartine, Quinet y Víctor Hugo. Espléndida floración del romanticismo francés a la que Chateaubriand ha abierto las sendas de su labor. Este grupo de amigos, formó una sociedad en participación para asegurarse la propiedad perpetua de las *Memorias de Ultratumba*, con la condición de que no apareciesen hasta después del fallecimiento del autor, al que se asignaba una suma entregada en el momento de firmarse el compromiso, ascendiente a 250.000 francos, y una renta anual de 12.000, reversible a su esposa caso de que él muriese antes.

Dos veces ve a su Rey Enrique V. Una en Londres, donde es acogido con toda clase de honores por el que no había de sentarse jamás en el trono francés. Otra, ya muy viejo, y como para satisfacer un senil deseo, en Venecia, pero entonces el apasionado y gallardo poeta de otros días es un anciano decrepito al que la parálisis y la gota tienen postrado. Su última obra dictada, es la admirable *Vida de Rancé*, cuya confección le fué aconsejada por el abate Seguin, confesor de su esposa. En estas etapas finales, para que no le falte ninguna tribulación, esta dig-

nísima y heroica compañera de sus días, muere a los setenta y tres años, en 1847, y se hace enterrar en una Institución benéfica por ella creada. El tiene setenta y nueve años, y su gran amiga la Recámier ha quedado completamente ciega, pero aun así la propone que se case con él.

El buen Vizconde duró todavía lo suficiente para ver la caída de Luis Felipe, comentada por un: "Está bien. Tenía que llegar", y el advenimiento de la República. Las jornadas sangrientas de junio, semanas antes de su muerte, fueron la última emoción de su vida. Cuando falleció, el 4 de julio de 1848, pudo muy bien decirse que con él había muerto un portaestandarte de la fidelidad. La fidelidad a las mujeres de su familia le llevaron a abjurar de sus anarquismos para penetrar en el Cristianismo y la Monarquía. A ambos supo guardar también inquebrantable fidelidad. El cristianismo de Chateaubriand no es, de ningún modo, el que infunde un Fenelón, un Bossuet o un Pascal. Para haber alcanzado a éstos, le faltaba inspiración puramente religiosa. Su concepto cristiano es realmente un concepto estético de la religión, y la teología o la filosofía, dejan paso a las impresiones, a las emociones, del escritor.

Pero si con esa visión personal del artista se gana una faceta nueva para la literatura religiosa, no es menos cierto que Chateaubriand posee otros aspectos literarios que incrementan la importancia de su labor total, y más que nada, es su obra política la que revela esos aciertos de previsión clarísima. Incluso en las obras escritas por encargo, hasta en aquella *Monarquía según la Carta*, se encuentra junto a la ideología "ultra" un renuevo de alcances interesantes. La prosa limpia y perfecta de Chateaubriand, modeló de ordenación del lenguaje, prototipo de las letras francesas más preclaras, es una bella convocatoria a las fuerzas de la Naturaleza, de la espiritualidad y del Arte. Sus viajes dejan abiertas las puertas a los creadores del romanticismo francés. Enlazadas por el *Genio del Cristianismo* hay dos

laderas fértiles que se divisan desde la altura literaria del autor: La puramente mística, y la de un nuevo mundo que él quedó con deseo de explorar. Descubridor fracasado, su ansia pesquidosa se dirige al futuro, ¡y con qué clarividencia!. Sus breves actuaciones políticas dejan bien patente la puntería de su tiro. La guerra de España y el porvenir de las naciones de Europa son acontecimientos previstos con toda justeza. Y adornando su obra, remozando su contenido, dotándolo bellamente, es preciso admirar su “estilo”, ese estilo peculiar que creaba un concepto y una tradición en el modo de expresarse, llevándolos hasta conseguir una nueva realidad, la del “hombre estilizado por el mismo estilo”, según ha dicho alguno de sus más sutiles comentaristas.

Nos hemos referido a las realidades en cierto modo proféticas de Chateaubriand; para ponerlas de relieve nos bastará con referirnos a su *Porvenir del Mundo o Consideraciones sobre el genio de los hombres, de los tiempos y las revoluciones*, ensayo que precede su traducción del *Paraíso Perdido*, de Milton, publicada en 1836. Allí habla con voz verdaderamente iluminada de supervisor de la historia futura, y su razón clarísima domina todos los campos de la política y todos los intereses humanos desde una plataforma de inigualable altitud. De estas *Consideraciones*, todas ellas sorprendentes y magníficas, extractamos los siguientes párrafos: “La sociedad, tal como hoy la vemos constituida, se desplomará, porque a medida que la instrucción y el bienestar lleguen a sus capas más bajas, éstas se enfurecerán al advertir más crudamente la desigualdad que reina entre las fortunas y las condiciones de vida... Reconstruid otra vez, si lo podéis, las ficciones aristocráticas, tratad de convencer al pobre que debe seguir siéndolo y someterse a todas las privaciones de un trabajo agotador; vuestro esfuerzo será inútil... ¿Cuándo la sociedad, compuesta ayer de familias concéntricas, desde el hogar del labriego al del Rey, se reconstruirá en un sistema orgánico,

más conforme a las leyes de la naturaleza, a los postulados de la razón y con la ayuda de medios hasta aquí desconocidos? Sólo Dios lo sabe... ¿Quién puede calcular las resistencias de las pasiones, el choque de las vanidades y el poder de los accidentes históricos?... Para llegar a la armonía de Europa, ésta ha de sufrir terribles guerras generales, que producirán en ella una doble anarquía moral y física... Y la propiedad, ¿podrá seguir como hasta aquí? ¿Será distribuída como hoy? ¿Coexistirán los individuos con dos millones de renta y una masa de desheredados? Pero, por otra parte, no lo olvidemos, cuando se vaya de verdad a reformar este sentido de la propiedad, se producirán trastornos gravísimos y será derramada mucha sangre... Los reyes se empeñan en guardar lo que no saben retener; en lugar de descender en plano inclinado, caerán de una vez en el abismo..."

¿A qué seguir?

Ahí queda la obra imperecedera para el estudio erudito y para la ilustración de númenes refinados. Nos hallamos cerca del centenario de la muerte del gran hombre de letras, del magnífico estilista, y no se marchitan las flores de su tumba. De vez en cuando nos envían, como en suaves bocanadas, la fragancia inmarcesible de su genio, y nos sentimos inclinados a releer en Chateaubriand la mejor prosa y la más sutil de las adivinaciones.



EL CORONEL CRISTOBAL DE VILLALBA

# HAZAÑAS DEL CORONEL VILLALBA

(ITALIA, GRECIA Y ESPAÑA)

1475-1516

POR

A. RODRIGUEZ-MOÑINO

**M**ILITAR menos afortunado que sus gloriosos paisanos Monroy, García de Paredes, Sande y Aldana, que merecieron a la posteridad el recuerdo de imprimir crónicas particulares de sus hechos, el Coronel Cristóbal de Villalba no ha disfrutado la suerte hasta ahora de que sus hazañas tengan libro exclusivo que las refiera para testimonio de existencia y ejemplo de esfuerzo disciplinado.

Y no son acreedoras, ciertamente, a este desdeñoso olvido. En la generación gigante de soldados que rodean o siguen al Gran Capitán —Alarcón, Vera, Pizarro, Zamudio, Pedro Navarro— tiene la figura del Coronel Villalba propia personalidad para descollar sin que los gloriosos reflejos de estas antorchas eternas amenguen el claro brillo de sus empresas.

Considerando la inquieta, azarosa y turbulenta vida del Maestre Don Alonso de Monroy, nos planteábamos en otra ocasión el problema de cómo fué posible a los Reyes Católicos lograr la unidad nacional, teniendo que hacer frente a estos nobles cabeza de bando que asolaban comarcas y consumían sus

esfuerzos en luchas civiles estériles, en campañas para la reivindicación de pretensos derechos o para anular al vecino poderoso, sin que tuvieran el sentido de lo nacional.

Después de leer la biografía de Villalba, ejemplo de fidelidad y disciplina, acaso encontremos la respuesta a esa preocupada interrogante: sólo pudiendo disponer de brazos fuertes al servicio de la gran idea era posible ir ganando tierras y soldá-dolas para unir la vieja piel de España, rota y herida por el exclusivismo cerrado de los poderes particulares, de las ambiciones señoriales que veían cercenarse su omnímoda influencia, sin comprender que de parciales cesiones iba a surgir un espléndido bloque hispano.

Nació Villalba en Plasencia el año 1475, cuando llevaba diez de guerrear sin tregua Don Alonso de Monroy: todavía las campañas del esforzado Maestre habrían de prolongarse tres décadas más, desorganizando el país, destruyendo la agricultura e impidiendo el desarrollo de la vida normal, hasta que, con el mismo rápido ímpetu que surgió, se hunde en el olvido.

Verdaderos "días sin sol" vivió la comarca entonces, pues arrebatados sus habitantes por la furia marcial, encendidos en multitud de pequeñas guerras, divididos en bandos que ensangrentaron las tierras extremeñas, apenas hubo brazos que se adoctrinasen en el cultivo y las labores agrícolas, ni sosiego para que los espíritus produjeran sólidas construcciones intelectuales.

A excepción de la franja sur, en donde la férrea mano de Sancho el Bravo había acabado con los bandos de bejaranos y portugueses, el resto de la región disolvía su vitalidad en banderías y partidismos, siempre infructuosos y, por lo tanto, siempre perjudiciales. Solises, Golfines, Monroyes, Manzanos, partidarios del Ciego o de la Condesa de Medellín, del Duque de Arévalo o del Monarca portugués, los pueblos extremeños conocieron todos los agobios de una lucha sangrienta y prolongada. Los campesinos, perdido el uso de sus funciones, más es-

taban al culto de Marte que al de Ceres. “Aunque eran labradores, dice un cronista, con la usanza de la guerra de gran tiempo no había diferencia dellos a los más belicosos guerreros que hubiese, porque tenían tan experimentadas sus personas en las cosas pasadas, que ninguno les sobraba esfuerzo.”

Abandonadas las fuentes de riqueza, agricultura y ganadería; destrozadas las grandes poblaciones que existían alrededor de las fortalezas, y despoblados los pequeños lugares, la inmoralidad, el abuso y los atropellos de personas y cosas fueron flor natural en los campos extremeños. Pulgar dice que “había caído la justicia, disoluciándose la lujuria, señoreado la fuerza, y las costumbres (por la mayor parte) eran corrompidas y disolutas”.

Los hombres de la generación extremeña de Villalba traen ya la tara inflexible de un dilema: alistarse en la bandería hacia la que empuja el afecto o emigrar. Muchos realizan lo primero y disuelven su energía en el estéril campo de la lucha civil. Pero otros, impulsados por más nobles afanes, escogen el camino de la aventura. A los que esperan un poco —Pizarro, Vasco Núñez, Valdivia, Cortés, Soto, Alvarado— se les depara la mayor ocasión que vieron los siglos siguiendo la ruta de las Indias.

Pero los que llegan antes en la cronología, cuando aún no está conocido en su integridad el alcance del maravilloso descubrimiento, ven marcada la ruta en el camino que conduce a la milicia de los Reyes Católicos. Cristóbal de Villalba es uno de éstos. No nació para las banderías ni “para el regalo con que los hijos de los nobles suelen criarse en sus tierras”, según afirma su anónimo cronista, y escogió la senda de ganar nuevos loores y honra por sus hechos personales.

La Iglesia tenía ya dos hermanos de Cristóbal en su asilo pacífico: Juan, que llegó, andado el tiempo, a obispo de Calahorra, y Hernando de Villalba, que apaciblemente disfrutó durante largos años la prebenda de racionero en la Catedral pla-



centina. Doña Isabel de Carvajal, la hermana más joven, contrajo nupcias con el forastero Diego de Frías y aseguró la permanencia de la sangre.

A los veinte años (1495) la vocación de Cristóbal estaba decidida: partiría para ingresar en la milicia. Con toda seguridad hubo oposición casera, ya que abandonaba el solar el único varón capaz de perpetuarlo, para trocar la hacienda cierta por la dudosa fortuna de las batallas. Pero los razonamientos familiares no fueron bastantes a quebrantar la peña de la viril voluntad. Sin licencia, tomando a su padre un caballo, emprendió la marcha hacia Toledo atravesando la ubérrima y frondosa comarca de la Vera: Malpartida, Tejeda, Jaraíz, Cuacos, Jarandilla y Madrigal, con sus bosques espesos y sus arroyos infinitos, fueron silenciosos testigos en su tierra, de los pensamientos del que ya era trotamundos sin tener aún la categoría de soldado.

Antes de llegar a la imperial ciudad, una aventura quijotesca en la que se manifiesta bien a las claras el temperamento del futuro coronel: intenta traer a la razón a dos luchadores que combaten con fiereza; procura apartarlos con suave plática y encomendar al juicio lo que dirimen las espadas. La furiosa cerrazón de ambos concluye con un desenlace gordiano, porque cuando estos yangüeses quieren revolverse contra el pacificador, “se dió tan buena maña con su ánimo y destreza que, sin que lo pudieran herir, derrocó a uno dellos de una cuchillada que le dió en una pierna y al otro casi medio mató de otro golpe que le dió en la cabeza”.

Esto es: cargarse de razón primero y luego proceder con furia. Si los razonamientos copiosos no bastan, acude la violencia a poner las cosas en su sitio. Apurar los términos de la concordia, pero no consentir que alguien pase la raya.

La compañía del capitán Benavides, buen oficial de Gonzalo Hernández de Córdoba, le acoge como soldado y con ella hace el camino a Barcelona, desde donde embarcan todos para Ná-

poles. En Génova, aún no terminada la travesía, surge de nuevo la aventura matizando románticamente la estancia de Villalba.

Hay casamiento secreto, salto de tapias, doncella que cae "como amortecida de espanto", y al final rapto dichoso, escalas, agradecimiento y doscientas coronas de oro en premio por el servicio: con ellas adquirió el bisoño trajes buenos, mejores armas y aún sobró para favorecer a algunos camaradas necesitados.

De Génova a Sicilia y de Sicilia a tierra calabresa. Squilache, Simari, Cotrona, Seminara, Nicastro y Terranova le vieron uno tras otro dar tanta muestra de sí que atrajo rápidamente la mirada aguileña del Gran Gonzalo Hernández de Córdoba. Porque no sólo era esforzado combatiente, sin miedo y sin tacha, sino compañero generoso que acudía al remedio y auxilio del camarada caído.

Buena prueba la dió en Seminara. Cuando se arremetió la batería, el capitán Peñalosa, hombre de abundantes carnes, tuvo la desgracia de caer al suelo en ocasión en que los soldados se lanzaban a toda furia. La sangre fría y las hercúleas fuerzas de Villalba le sacaron indemne deteniendo la frenética turba, alzándole del suelo y echándosele a cuestras hasta sacarlo de allí.

Estos y otros sucesos semejantes le granjearon provechosas amistades y simpatías, disputándose los capitanes la honra de tenerlo bajo sus banderas. Pero no quiso el extremeño mudarse por mejorarse con lentitud, que le sobaban alma y ambiciones para esperar encumbramiento más rápido.

Con ocasión de treguas precisó ir a Roma a resolver asuntos particulares; creyó pretexto lo dicho su capitán Benavides y le puso dos espías para averiguar si por caso pretendía abandonar su compañía y pasarse con otro jefe. Los encargados de vigilarle buscaron la seguridad en la muerte, y así le acecharon y sorprendieron descuidado; pero la mala fortuna les perseguía, pues

uno quedó allí mismo muerto y el otro corrió tanto que no se le volvió a ver.

Fué preso Villalba, encerráronle en una torre, y no hallando explicación que dar a la muerte del mílite fué con presteza condenado a muerte. El trago era duro y había que salir de él, porque estaba la piel en juego. Pidió confesión, y como entrara un franciscano en la celda, para ayudarle a bien morir, echándole un cenojil al cuello, silenciosamente, le ahorcó: el santo varón pagó la culpa de todos. Encajóse Villalba con presteza el hábito, y con el capillo sobre los ojos, remedando al salir gesto y voz, dijo al carcelero:

—Ya queda confesado el español.

Si lista anduvo la pesquisición del fugado, más rápido fué éste en abandonar Roma y meterse en tierra de los Ursinos. Vinieron los comentarios al valor y la sangre fría, tardando poco en llegar a oídos de César Borgia. Comprendiendo que la muerte del franciscano era impuesta por la propia necesidad de esquivar el cumplimiento de una injusta sentencia, mandó averiguar dónde residía el español, y tuvo a gala enviarle salvoconductos bastantes para que pudiera regresar a Roma y esclarecer su justicia, como en efecto lo hizo, quedando agregado al servicio del hijo de Alejandro VI.

Tuvo ocasión en la corte de César Borgia de dar buenas muestras de su valor: la crónica recoge una violenta disputa con un capitán de tropas suizas al servicio del Rey de Francia, defendiendo la caballerosidad de Fernando el Católico sobre la de Carlos VIII. Cruzáronse palabras harto fuertes, y el desdénoso esguízaro rehusó desafío con un vulgar soldado. Pero César, que en más estimaba a Villalba que a muchos oficiales, zanjó la diferencia haciéndole capitán.

Armado y seguro el campo, presentes muchos nobles, salieron a la estacada ambos contendientes empuñando por armas espada y artesana. Trabóse duro combate, que duros eran los luchado-

res y les prestaba ánimo y coraje la defensa de sus Príncipes. Llevaba el español varias heridas cuando se jugó el todo por el todo y arrojó con furia la partesana contra su adversario, el cual, por evadirse del golpe, dió tiempo a que Villalba, rapidísimo, casi le cercenara el muslo derecho, haciéndole arrodillar, y sin aguardar a más le cortara la cabeza, que, levantada por los cabellos con la mano diestra, fué muerto testigo de un:

—¡Viva España y el buen Rey Don Fernando!

Un curso fué la nota discordante entre el concierto de plácemes y parabienes recibidos por el vencedor: motejóle de que no era hecho de buen caballero decapitar al adversario caído en tierra. Sin salir del campo, sangrando por las múltiples heridas que tenía, aunque procuraron impedirselo, quiso y logró Villalba que el soldado pagara con su vida las altaneras palabras.

Curado en el propio palacio de César Borgia, apenas restablecido, salió a campaña el capitán, estrenando su grado en acciones emprendidas para recuperar tierras que el Rey de Francia tenía usurpadas al Papa. Su comportamiento acrecentó la amistad que el caudillo le profesaba, hasta el punto que de él iba acompañado constantemente, porque “demás de su valeroso ánimo tenía singular prudencia e industria en todas las cosas necesarias, así para plantar el artillería, reconocer una muralla por donde se había de dar la batería y saber el cómo y el cuándo se había de arremeter y dar el asalto conforme a la disciplina y orden de guerra [de tal manera] que ninguno le hacía ventaja y él sí a los demás”. Valor y conocimiento, cabeza y corazón le sobraban.

Pero como donde mejor está el hombre es entre los suyos, determinó Villalba pasarse al ejército del Gran Capitán, prefiriendo seguir la suerte de las banderas españolas a medrar a la sombra de las extrañas, y así los ofrecimientos y promesas de

César Borgia no fueron bastantes a detener su decisión: de nuevo la milicia hispana le contó entre sus esforzados campeones.

No faltó una ocasión prontamente en que exteriorizara su bravura y las dotes de prudencia que le caracterizaban: la captura y muerte de un capitán traidor, Juan Alfonso de Alvarado, que deshonrando su nombre se pasó a los franceses comunicándoles los secretos planes de campaña.

Recibióle Gonzalo Hernández de Córdoba con vivas muestras de simpatía, le reconoció su grado militar y le puso al nivel de los esforzados capitanes que con él laboraban por el engrandecimiento de España. No fué en vano, que en el sitio de Adverse supo reconocer el foso enemigo y dar muerte por sus manos al capitán francés que lo defendía; en Rocaseca obró arriesgada y virilmente; en Monteleone, Santángelo, Ceriñola y Garellano encumbró tanto su nombre que, esparciendo la fama sus hechos, todos le tuvieron por soldado valeroso, capitán atrevido y compañero inmejorable.

Cuando estaba subordinado era exacto en el cumplimiento de las órdenes, pero cuando por cualquier razón empuñaba las riendas del mando —como en Rosano a causa de un arcabuzazo recibido por García de Paredes— era rápido en concebir, diligente en obrar y jamás exponía irresponsablemente a los soldados que tenía a su cargo. Ni consiente el menor insulto; un trompeta, parlamentario del Duque de Mantua, fué a su campo con exigencias de rendición y palabras ofensivas para los españoles: la contestación fué ahorcar al trompeta de un olivo y colgarle al pescuezo la trompeta, a vista de los enemigos infinitamente superiores en número.

No fué solamente Italia testigo de las empresas militares del disciplinado capitán: pisó también tierras griegas, y en ellas supo dejar buen recuerdo de valor y suficiencia. Con motivo de haberse apoderado los turcos de la Isla de Cefalonia, que era de la Señoría de Venecia, pidió ésta ayuda a los Reyes Católicos,

los cuales ordenaron al Gran Capitán que se encargase de la empresa.

En la crónica de sus hechos puede leerse el comportamiento que tuvo Villalba en esta ocasión: ya no se trata solamente de arriesgados actos de valor personal, sino que como experto capitán reconoce el sitio, señala el emplazamiento mejor para la artillería e idea un plan estratégico que merece la aprobación de Gonzalo Hernández. Parece ser que Villalba tuvo más intervención de la que hasta aquí se ha dicho en el sistema de minas y contraminas empleadas en este sitio, y generalmente cargadas a la cuenta de Pedro Navarro, el luego traidor a las banderas hispanas.

“Ganando esta isla —dice su biógrafo— y echados los turcos de ella, al parecer de todos por industria y ánimo del capitán Cristóbal de Villalba, el Gran Capitán le preció y honró siempre en todas las cosas, anteponiéndole a todos los demás capitanes, así en tomar siempre su parecer como en legarle los casos más graves y de mayor peligro, porque entendía que daría mejor cuenta de ellos que otro ninguno”.

No cabe dudar de la elevada consideración en que le tenía el Gran Capitán, pues hay suficientes testimonios que corroboran las aseveraciones de nuestro anónimo escritor. Veamos algunos sin salir de la *Crónica General*. Al narrar el socorro que Don Fernando envió al de Nápoles, enumera los jefes que iban, por este orden: “iban por capitanes de infantería el capitán Pizarro y el capitán Villalba, y el capitán Zamudio y el capitán Diego García de Paredes, con otros muchos y muy buenos capitanes”.

En el sitio a la fortaleza de Cefalonia destacó en primer lugar, para seguridad de la artillería, “al capitán Pizarro y al capitán Villalba con seiscientos infantes, y treinta y cinco pasos más atrás, a la mano izquierda de aquella estancia contra la villa, estaba asentada toda la artillería, junto a la cual el Gran



Capitán mandó poner su tienda”. La toma de Monteleone la hizo exclusivamente Villalba con los suyos, en un raptó de ira por la negativa de los habitantes a abrirle las puertas: “cometió el hecho a las armas, pues por bien no pudo alcanzar nada”.

Cuando los franceses fueron a correr la comarca de Santángelo y arrebataron buena presa de ganado a los pastores, Villalba, “muy enojado de lo que oía”, salió a buscarlos, dió sobre ellos, los deshizo y les quitó íntegra la presa, “diciéndose muy propiamente de ellos [de los franceses] que fueron por lana y vinieron trasquilados”. En Canosa, Rubo, Ceriñola y en Gaeta siempre figura su nombre en lugar destacante.

En el paso del Garellano, con sólo cuarenta hombres bajo su mando y el de Zamudio, hizo reembarcar a doble número de franceses; más adelante, cuando al Gran Capitán le llega el turno de pronunciar su *alea jacta est* y se decide a dar la gran batalla, la vanguardia va mandada por cinco esforzados jefes: uno de ellos Villalba, y los otros Alviano, García de Paredes, Pedro Navarro y Pizarro. En Rosano fué compañero de Diego García de Paredes e hizo famosas cabalgadas del ganado de la ciudad, y cuando este héroe recibió un escopetazo de través, que le retuvo en cama bastante tiempo, “el coronel Villalba trabajaba mucho en que por la enfermedad de Diego García de Paredes no hubiese falta en el recibimiento de los enemigos”.

La difícil acción de las grutas de Rosano se le encomienda juntamente con el esforzado Pizarro, haciendo allí “cosas maravillosas” en resistencia a un enemigo muy superior, “pero como ellos eran tales, que temían más el perjuicio de las honras que la falta de las vidas, de tal manera se sustentaban, que ningún acometimiento que les hiciesen les ponían temor, antes aquello tenían por gloria, obrando con sus personas de tal manera que su valor era manifiesta muerte y ruina a sus enemigos”.

Tan notorios debieron de ser los grandes esfuerzos del insigne Villalba que cuando Fernando el Católico (muerta Doña Isabel)

se retiró a Nápoles, siempre traía consigo al extremeño y, por honrarle, le hizo coronel y le dió el hábito preciadísimo de la Orden de Santiago. Al recoger, tras la muerte de Felipe I, las riendas de la gobernación hispana, ordenó a Villalba que pasase a España al frente de su Tercio, de tres mil soldados, y con la expresa comisión de velar por su seguridad personal.

El primer problema de orden interior que se planteó al católico Fernando en su regencia fué la oposición de los nobles andaluces a reconocer su señorío: el Duque de Medinasidonia, el Marqués de Priego y el Conde de Ureña, visibles cabecillas del levantamiento. Temeroso del real castigo, Medinasidonia huyó a Portugal, mandando al alcaide del Castillo de Niebla (donde estaban la mayor parte de sus riquezas) que en modo alguno hiciera entrega de la fortaleza.

Portóse el alcaide fidelísimamente con su señor y no quiso resignar la jurisdicción cuantas veces le fué pedida de parte del Rey. Allá fué Villalba con el penoso encargo de liquidar la resistencia: sus propósitos fueron los de conseguir la entrega pacíficamente, y así intentó persuadir muchas veces de que por las buenas se entregaran. Pero nada consiguió por esta vía: “antes los del pueblo, bravos en palabras, desde el muro le comenzaron a vituperar diciendo desacatos contra el Rey”.

Eso pasaba la raya. Por otra parte, los soldados estaban deseosos de que no hubiera entrega quieta, porque se les frustraba el botín, “y con la codicia de lo que cada uno pensaba ganar no había quien un león hambriento no pareciese”. Con las banderas desplegadas, y al frente de su Tercio, vino el coronel sobre la villa, y aun cuando intentó parlamentar de nuevo con los sitiados y traerlos a la razón, mientras a ello se disponía, un centenar de soldados no quiso esperar más y se lanzó al asalto, con tan furioso ímpetu que consiguieron penetrar en la villa, comenzando el saco.

El coronel, siendo imposible oponerse ya al ataque, cifró

\*

todo su empeño en salvar vidas humanas y en proteger a las mujeres honradas del atropello de la soldadesca ciega. El núcleo de dirigentes, que se había recogido en el Alcázar, viendo la ruina y desolación de la villa, se rindió, y el castillo fué entregado. La justicia cumplió su cometido y los principales instigadores de la resistencia fueron “ahorcados por los pies, como traidores”.

Tan duro fué el asalto, tan completa la destrucción de Niebla, que desde entonces vino por conseja *el saco de Niebla*, y como dice su historiador “quedó la villa despoblada y arruinada para siempre, y aún dura en el país la tradición de esta gran desdicha”.

Más rápida fué la sumisión de Montilla, encomendada también al coronel Villalba. Los habitantes, escarmentados con el suceso de Niebla, apenas vieron los soldados se rindieron; no ocurrió así con la fortaleza, que resistió algo. El coronel, por este hecho, no quiso dar ningún partido al alcaide, y lo envió preso al Rey; poco después vinieron órdenes de Fernando para derrocar la fortaleza, sin que fuera bastante a impedirlo el interés con que solicitó su conservación el Gran Capitán, por haber nacido allí y ser la mejor que poseía la Casa de Córdoba.

Por cierto que cuando se estaba derribando, bajo la dirección del coronel Villalba, cayó tan de repente un gran lienzo de pared que causó la muerte de muchos de los obreros que en ello trabajaban, mereciendo el suceso este comentario del Gran Capitán:

—Claramente se muestra que se defendiera Montilla siendo viva, pues con su ruina ha muerto a tantos.

Terminadas estas comisiones reales, y estando aún Fernando el Católico en Sevilla, surgió nueva ocasión de emplear el robusto brazo del coronel Villalba en una empresa no inferior a sus méritos. Fué el caso que los moriscos del Reino de Granada se alzaron en diversos puntos contra la autoridad real, so-

bre todo se hicieron fuertes en Andarax, en donde se apoderaron del castillo tras dar muerte a su alcaide.

Urgía sofocar esta rebelión que, de tomar mayores vuelos, amenazaba enormemente la seguridad del Reino a tanta costa conquistado, y con ese designio salió el coronel con todos los infantes y dos compañías de jinetes, acompañándose de varias piezas que sacó de Montilla. No valieron razonamientos ni persuasiones, sino que hubo que estudiar bien el terreno, establecer línea segura de trincheras para protección de los soldados y colocar convenientemente la artillería, aunque ésta era de tan escaso calibre que lograba hacer poca brecha en el recio argamazón de las murallas.

Prevenido todo y ordenadas las cosas a punto, quedaron dos compañías en el campo para tirotear a los moros, que hacían fuego desde las almenas, mientras el resto del ejército, dispuestas las escalas, sólo aguardó el tradicional grito de:

—¡Santiago!

para lanzarlas a las murallas y dar el asalto. Dos terribles horas duró el violento choque en que si fuerte era el empuje de los soldados viejos castellanos, no menor era el dique opuesto por los valerosos defensores de la plaza.

Subieron al cabo algunos, trabaron recia pelea con los que arriba estaban, y a fuerza de arcabuzazos les hicieron encerrarse en el castillo, yendo ellos a abrir las puertas de la muralla para que pudiera penetrar el grueso de las fuerzas del coronel. Dispuso éste que se subieran las piezas de artillería, emplazándolas contra los portalones del castillo, que, al fin, se dió al asalto. Con mayor o menor rapidez fué cesando la resistencia de los moros, excepto la de un turco, hombre de gran ánimo y esfuerzo, que sostenía la bandera con la mano izquierda mientras con la derecha asestaba terribles golpes.

Advertido de esta resistencia el coronel, que “andaba como un bravo león animando a todos los soldados”, determinó arre-

meter contra él, juzgando que al derrocarlo destruiría el entusiasmo de los pocos que aun seguían la lucha, y así fué a su encuentro armado de espada y rodela; apenas se le acercó tiróle tan terrible tajo al brazo izquierdo que poco le faltó para que se lo cercenase; pero el animoso turco, arrojando el alfange, empuñó la bandera con el diestro, y sirviéndole de arma, no cejó hasta que Villalba, certero y rápido, le asestó una gran cuchillada en la cabeza, dando con él en el suelo; ni así cedió su presa, que empuñada y asida con los dientes fué preciso que la mano siniestra le cortara su enemigo para que el estandarte cayera en poder de cristianos.

Como previno el coronel, muerto el turco, fué rápidamente sofocado el núcleo resistente, y comenzó su labor la justicia para indagar las responsabilidades del alzamiento. Al parecer, el de la bandera era un valiente capitán del Rey de Tremecén, encargado de alimentar la sedición y proveer a los moros del necesario bastimento con objeto de que resistieran hasta que su Rey pasase en persona a ayudarles, recuperando el Reino de Granada.

De todo fué convenientemente informado Don Fernando, el cual aprobó lo hecho por el coronel extremeño; dispuso que los prisioneros quedasen como esclavos, y que organizase Villalba el castigo de los demás pueblos que se hubieran sumado a la rebelión. No hubo necesidad de más tarea, pues por donde pasaba “salían de los lugares a darle obediencia con gran temor”.

Acabada que fué la empresa, volvió a Sevilla el coronel para dar cuenta personalmente al Rey de lo sucedido; dispensóle éste un magnífico recibimiento, celebró sus acertadas disposiciones y le concedió escudo de armas; todavía puede admirarse en Plasencia, esculpido en piedra marmórea, el que figuró en su casa: un águila pasmada de oro en campo de gules, bordura en plata de castillos y manos armadas alternantes, con un yelmo a

la izquierda adornado de lambrequines. Pacificada Andalucía, siguió el coronel Villalba a su Rey a la ciudad de Burgos.

Algún tiempo permaneció entretenido en la Corte y en su tierra hasta que surge la ocasión en que mayor fama había de adquirir como hábil estratega: la conquista de Navarra. En todas las historias generales de España pueden verse los antecedentes de esta guerra, la sucesión —a gran escala— de los acontecimientos y la hábil gestión político-militar del católico Fernando y del Cardenal Cisneros, diestramente secundados por el Duque de Alba.

Pero en ningún sitio encontraremos detalles tan concretos sobre diversas acciones como en la crónica particular del coronel Villalba y, por supuesto, las hazañas del valiente extremeño son aquí, por primera vez, puntualizadas con la detención que merecen. Latísimo sería seguir paso a paso la campaña: tendremos que contentarnos con apuntar los momentos en que destacó nuestro héroe, que fué el más fuerte pilar de aquella conquista, consignando que a su energía, rapidez, valor y arte militares se debió la dichosa fortuna de la empresa.

Sólo queremos hacer notar cómo destacan en toda la campaña las dotes de gran estratega y de milite disciplinado del vencedor de Andarax. Disciplina que le lleva a seguir el criterio de su general, aun a costa de brillantes triunfos personales.

Comenzada la guerra, envía Fernando el Católico al viejo Duque de Alba por capitán general al frente de seis mil hombres, la mitad de los cuales estaba constituida por el Tercio viejo de Villalba. Aduñados sin esfuerzo alguno de Pamplona, la rapidez en el obrar hizo que el coronel recibiese sumisión de Valderroncal y Valdesalazar antes de dirigirse contra Roncesvalles como Alba le ordenara.

Aquí tuvo buena ocasión de ponerse a prueba la férrea disciplina del extremeño. Fué el caso que sus espías le avisaron de cómo con relativa facilidad podía penetrar en Francia por el paso



del Roncal, llegar hasta Bayona y retirarse luego a San Juan de Pie del Puerto, cogiendo una gran bolsa enemiga con pingüe botín. La empresa era tentadora, y quizá algún otro capitán se hubiera entregado a ella sin más ni más; pero Villalba, esclavo de la obediencia, estimó necesario primero poner en conocimiento del Duque su plan y solicitar su aprobación.

Recibió las cartas el general y, celebrado consejo, convinieron los jefes en que era más oportuno tomar el camino cierto de San Juan, en cuyos alrededores sólo había amigos, y una vez ocupada la villa emprender aquel plan atrevido con la seguridad de tener una plaza fuerte a las espaldas para el caso de un revés. Ni por un momento dudó el coronel en seguir la indicación del Duque, aunque por su parte creyese perfectamente ha-cedero lo por él propuesto, y marchó hacia San Juan, en donde entró y estuvo varios días descansando.

Pudo entonces sondear la voluntad de los habitantes, poco propicia ciertamente a la sumisión al monarca castellano, y apreció dos peligros que se cernían sobre la empresa: uno la animosidad del país, y otro la quinta columna que el Rey Don Juan estaba formando. Comprendió que un escarmiento a tiempo podría prevenir muchos males futuros, y una noche de gran lluvia y tempestad, sin avisar de la jornada, emprendió la marcha hacia un valle, entre Bayona y Salvatierra, que tenía trato con los destronados.

Cayendo de improviso les sorprendió en el sueño; dada licencia a los soldados, metieron fuego a las casas y empezaron a saquear el botín que tan a la mano se les venía. Dejóles hacer el coronel un rato no breve, y sólo fué inexorable con los que intentaron propasarse atentando al pudor femenino, a los cuales castigó reciamente. Dado el escarmiento y viendo que los soldados se dispersaban con el ansia de la presa, consideró llegada la hora de reunirlos ante el temor de que el enemigo les sor-

prendiera, y así, tocando a recoger, llevando por delante los ganados del valle, se volvió a San Juan.

Esta medida tuvo la virtud de hacer que los pueblos y valles comarcanos, ante el temor de que pudiera ocurrirles lo mismo, se apresuraran a dar obediencia al Rey Don Fernando, ya que Villalba, a raíz del suceso, tuvo buen cuidado de enviar a todos los sitios cercanos mensajeros advirtiéndoles que nada les pasaría ni tendrían que temer si se allegaban al reconocimiento de buen grado, antes les trataría como amigos y compañeros.

De nuevo se ofreció al coronel la magnífica ocasión de dar un audaz golpe de mano, según los informes que sus espías le trajeron. Decían éstos que en un lugar próximo estaban la Reina Doña Catalina, esposa de Don Juan, el Príncipe y las Infantas, teniendo en su compañía al inquieto y famoso obispo de Zamora don Antonio de Acuña en calidad de prisionero, y siendo insignificante la custodia: con rapidez y valor podrían coparse, terminando la guerra y la resistencia.

Consideró el Duque de Alba, a quien el extremeño dió noticia de todo antes de decidirse a obrar, largamente el asunto, y no atreviéndose a decidir por sí solo sometió al consejo la decisión. No faltó quien con intentos aduladores expusiese a Alba lo conveniente que resultaría aplazar la sorpresa hasta que él mismo pudiese ejecutarla, “pues yendo su señoría por capitán general no era justo que otro ganase el laurel y corona de aquella empresa”, atenuando los de su casa. Estas reflexiones, al parecer, hicieron mella en el ánimo del general, y escribió al coronel diciéndole que cesase por entonces en la idea —no obstante muy agradecida— y continuara suministrando las útiles informaciones que a su poder llegasen.

Dolido y contrariado quedó Villalba con tal respuesta, pero su sentido de la disciplina estaba por cima de los deseos propios. Aun sintiendo en el alma desaprovechar esta ocasión que la

fortuna le deparaba, acató las disposiciones del alto mando, cumpliendo “con la lealtad que a su Rey debía”.

No era, sin embargo, hombre para estar ocioso; acometió la toma de varias poblaciones, destacando en ellas a los valerosos capitanes Carvajal, Mondragón y Vadillo, cometiéndoles cuidadosamente que evitaran el hacer daño a los vecinos. Para escarmiento bastaba con lo ya hecho. Al cabo de poco tiempo llegó el Duque a San Juan, agradeció sus esfuerzos a Villalba y acordó reforzar la población encomendando al coronel la parte que daba vista a Francia, y a Rengifo y Miguel Calerero otros dos bastiones.

Urgía poner pronto la plaza en condiciones de buena defensa y hubo que trabajar de firme para lograrlo. Pero como la paga tardase y el esfuerzo creciera, no faltaron algunos soldados que comenzaran a murmurar, sordamente primero, a las claras luego, hasta arrastrar consigo un millar de compañeros, que en la noche del 2 de septiembre de 1512, a la hora de cenar, se declararon en franca rebeldía, apellidando motín con disparo de arcabuces.

Poco acostumbrado el Duque a situaciones de este tipo creyó que sería fácil dominarlos por la fuerza, jurando ahorcarlos a todos para ejemplo de futuras generaciones. Quiso iniciar Villalba una diplomática gestión personal y a poco pierde la vida en el intento. Después de muchas conversaciones manifestaron los torpes revoltosos sus deseos, limitados a la percepción de dos pagas, cumplimiento del seguro y a que cesaran dos funcionarios judiciales del Duque.

Viendo éste la insensatez de los soldados les envió recado de que no pactaría con ellos si no se sometían incondicionalmente, y así se marcharon hacia donde el Rey estaba: no eran traidores, sino que —¡típica reacción de los tiempos!— se sujetaban al católico Fernando y no al Duque. A aquél se presentaron, pues, sin que les acogiera afectuosamente, sino con descon-

tento por la insubordinación; mandólos sujetarse a la férula del capitán Valdés, y con él partieron para Valderroncal.

Triste estaba Villalba con la acción de los soldados viejos, que eran de su Tercio y en infinidad de ocasiones se habían batido a sus órdenes en Italia y en España, pero el Duque de Alba supo poner en la herida el bálsamo espiritual de cariñosas y comprensivas palabras. A los que quedaron dirigió una plática, tan sentida y castrense, que enardeció los ánimos poniéndoles en condiciones de cumplir con su bravo esfuerzo la defección de los otros.

Buena falta hacía reunir y aprestar elementos de combate por cuanto en el campo español se tuvo cierta noticia de los preparativos que los franceses realizaban para dar una batalla en que su poder quedara triunfante. Muchos eran los galos y pocos los castellanos; pero tenían éstos tal acometividad, tal decisión y tal ímpetu reflejado en su semblante, que apenas estuvieron puestos frente a frente ambos campos, se dieron cuenta las tropas francesas de que el esfuerzo les haría muy superiores, y dudosos al principio acabaron por volverse al real propio "sin gozar la victoria que en las manos tenían", dada la aplastante superioridad.

Casi como milagrosa acogieron esta determinación los soldados españoles; pero comprendiendo que no es prudente tentar dos veces a la fortuna y esperar dicha, tomaron el partido de retirarse a Pamplona, sobre la cual ciudad iban el Rey de Navarra y monsieur de La Palisse. Así fué acordado por el Duque, y dejando buena guarda en San Juan caminaron las tropas para Arrigueña, distante tres leguas, donde llegaron a la tarde. Ya al ponerse el sol descansaban los soldados de las fatigas de la marcha y del ajetreo producido por la zozobra de las jornadas anteriores.

Como en la profesión militar lo más seguro es la inquietud estando en campaña, llegaron ciertos espías a decir al coronel

que el Rey Don Juan caminaba hacia Pamplona; donde era esperado el domingo por la mañana. No había tiempo que perder, pues comenzaba la noche del viernes. Villalba planteó la cuestión en términos extremos: si no se salía en seguida, se daba tiempo a que Don Juan entrara en la ciudad o esperase a los castellanos en el puerto, bien parapetado; había que tomar la delantera con la máxima rapidez y salir inmediatamente, porque si por cualquier circunstancia el navarro se hiciera dueño del paso, ni aun quedaba el recurso de volver atrás, pues las tropas del Delfín les cogerían por retaguardia. Huir por los lados imposible: altas y escabrosísimas sierras cerraban toda posibilidad.

Pesaron mucho los razonamientos del coronel, tanto que el Duque hizo despertar a las escuadras, arreglarse a toda prisa, cargar los bagajes y emprender la marcha, llevando como avanzada al insigne extremeño, y como guía "el ayuda de Dios". Dura se presentaba la empresa, pues a cada instante por el camino traían los espías noticias de los preparativos franceses y de la dificultad de pasar sin ser vistos; pero el Duque, mostrando valeroso ánimo, supo sobreponerse a todas las contrariedades, y habiendo salido de Arrigueña a las dos de la madrugada, dos horas antes de amanecer llegaron a vista de Pamplona.

¡Todavía hubo tiempo de descansar aquella noche tremenda de inquietud y zozobra! El domingo, en vez de la dura represión de Juan de Albret, hubo misa solemne y banquete, en el cual el Duque "puso a su mano derecha al coronel Villalba, diciéndole que se sentase allí, que si por él no fuera no solamente no comerían allí, pero que tenía por cierto que (según el aprieto en que se vieron) ninguno fuera vivo. Todos a una 'voz dijeron ser muy gran verdad".

El destronado Don Juan y La Palisse sintieron en extremo tan buen suceso de las armas españolas y se dispusieron a cercar Pamplona, confiando al tiempo y la constancia el logro de

lo que perdió su parsimonia y falta de movilidad. El 24 de noviembre se aproximó el ejército francés a la ciudad, adueñándose de los conventos de mercedarios y franciscanos, y colocando en la torre de este último un grupo de arcabuceros que dominaban con sus tiros gran parte de la población.

Los defensores no descuidaron las necesarias prevenciones: fueron distribuidas tropas en lugares estratégicos, y al coronel Villalba se encomendó la defensa de la iglesia mayor y la ronda nocturna para evitar cualquier alteración de orden por miedo o por inteligencia con el campo enemigo.

Comenzó la lucha abierta el jueves, siguió el viernes con grandes pérdidas por ambas partes, y el sábado, finalmente, se aprestaron los galos para el asalto definitivo. En nada tenían a los españoles, y ante La Palisse braveaban tan sin medida, que el general, buen conocedor de los soldados que tenía enfrente, creyó oportuno advertir a los suyos de que no era tan fácil la empresa como se prometían.

A medio día del sábado, tras una eficaz preparación artillera que consiguió derrocar parte de la muralla, se aprestaron los franceses al asalto, llegando al cuerpo a cuerpo con picas y alabardas, enardecidos por los gritos bélicos de:

—¡Francia, Alemania, Navarra!,

que con no menos entusiasmo eran contestados por los nuestros con su tradicional:

—¡Santiago, España, Castilla!

Dura fué la pelea, y en ella quedaron destrozadas las mejores unidades alemanas y francesas que traía monsieur de La Palisse, y la ciudad salvada. El brioso empuje de los asaltantes encontró de roca los pechos de los sitiados y de acero su dispositivo militar. En el campo sólo se veían cadáveres y sólo se percibía el gemir doloroso de incontables heridos.

No se creyó tan rotunda la victoria por parte de los españoles, y así se aparejaron para la jornada del domingo, creyendo



que el enemigo intentaría repetir la acción. La Palisse, que conocía el alcance de lo sucedido, determinó abandonar la empresa y aplazar hasta nueva ocasión la reconquista de Pamplona.

Muy otro era el criterio de los mercenarios alemanes, los cuales secretamente trataron con el destronado de dar otro asalto a la ciudad; no se llevaron con tanto sigilo las negociaciones que no llegaran a oídos del general, el cual hubo de imponer, respetuosa y firmemente, al navarro la disciplina obligada a sus proyectos, ya que al fin era el jefe supremo de las fuerzas francesas; a los alemanes amenazó con cortarles la cabeza si insistiesen en tan loco propósito.

Con el invierno encima era muy difícil resistir el agua, el frío, el hambre y los posibles ataques de nuevas tropas castellanas, mucho más teniendo en cuenta que la experiencia pasada no autorizaba a suponer una falta de entusiasmo en los sitiados. Levantóse, pues, el cerco y las tropas tomaron el camino para Francia, aguardando a que el tiempo de reconquistar Navarra para Don Juan les fuera más propicio. Villalba les siguió picando la retaguardia hasta los Pirineos y logró hacerles bastantes bajas y tomarles alguna artillería.

Largas promesas hizo el Monarca francés al destronado navarro para consolarle del fracaso de esta campaña, comprometiéndose a recuperar para él Navarra y aun más terreno cuando hubiera buena coyuntura. El Delfín apoyaba este compromiso sin ocultar su profundo disgusto por la conducta de La Palisse, que estimaba equivocada y funesta al no permitir el segundo asalto a Pamplona proyectado por los alemanes.

Libre Navarra de enemigos y nombrado Virrey el alcaide de los Donceles, partió el Duque de Alba dejando encomendadas las gestiones civiles, hasta que llegara el electo, a su hijo, el Marqués de Villafranca, y las militares fió de la pericia y maestría de Villalba.

Sólo quedaba rebelde una fortaleza muy buena: Maya. Su

alcaide era hombre valiente y no quiso reconocer la autoridad española. Con cuatrocientos soldados no sólo defendía la plaza, sino que, emprendiendo frecuentes expediciones, iba asolando la comarca. El coronel extremeño tomó a su cargo la reducción de este importante foco, y tras una caminata penosísima por aquellas montañas, llevando cuatro cañones “a brazos, que por ser la tierra tan áspera no se podían llevar de otra manera”, sitió, asaltó y tomó con fortuna tan importante posición. Navarra quedaba por completo pacificada.

Durante los tres años y medio que siguen, nada sabemos de las actividades de Villalba; fundados motivos hay para sospechar que no estuvo ocioso y sí ocupado en comisiones reales; pero éstas son conjeturas, ya que no poseemos testimonios fehacientes que acusen su veracidad.

En enero de 1516 fallece en Madrigalejo (Cáceres) el Rey Don Fernando el Católico, y le sustituye, como es sabido, en la regencia, el insigne Cardenal Cisneros. O el Monarca francés no conocía la entereza y capacidad del franciscano o confió acaso en que revueltas intestinas no permitieran acudir con rapidez a contener el impulso de sus soldados. El caso es que creyó llegada la hora de cumplir la palabra que antaño diera al destronado Don Juan.

Manténía éste por su parte secretas inteligencias con nobles, comunicándoles sus instrucciones de latente rebeldía, aprovechable en un momento dado. La oportunidad pareció brindar la el fallecimiento de Don Fernando, y convinieron el navarro y el francés en hacer una rápida expedición que pusiese por sorpresa en su poder las principales plazas fuertes, contando con el levantamiento de las fortalezas de Tafalla, Olite y Sangüesa, fundamentales para el logro de su plan.

Llegaron estos tratos y negociaciones a noticia de Cisneros, el cual formó rápidamente un ejército, cuyo mando absoluto dió a Villalba, confiándole la gravísima y trascendental empre-

sa de batir a las huestes de Don Juan. Había dividido el navarro su tropa en tres cuerpos confiados respectivamente (según nos dice el cronista anónimo) al Vizconde de Echaoz, al bastardo de Albret y al Mariscal de Navarra. Intentó de este modo simultanear el ataque por Roncesvalles y el Roncal, dejando a retaguardia un refresco en San Juan de Pie del Puerto.

Favorables fueron los primeros pasos de la campaña, pues los unos se adueñaron de San Juan y los otros irrumpieron con poderoso empuje haciéndose con las fortalezas de Roncesvalles y Ustarroz.

No perdió el tiempo Villalba, sino que certero y rápido, con aquella su movilidad característica, salió del Cuartel General de Pamplona, y sin tomar reposo alguno dió sobre Roncesvalles, cogiendo desprevenido al adversario, incendió las fortificaciones de madera y puso fuego al pueblo cuando menos lo esperaban los contrarios. Situó estratégicamente algunos soldados por el único escape, así es que los franceses que permanecían en el pueblo estaban expuestos a quemarse y los que intentaban salir para resguardar su vida caían en la celada tan hábilmente dispuesta por el coronel.

No cabía otro recurso sino el de rendirse, y así lo hicieron los franceses. Villalba prendió a los jefes del ejército dejando salir libre a la guarnición, aunque sin armas y sin banderas. El desastre fué completo para los adversarios. El abad de Roncesvalles salió con su comunidad procesionalmente y con cruz alzada a pedir misericordia para la villa; no era menester, pues ya el esforzado Villalba había dispuesto que se respetaran vidas y haciendas. Aquella misma noche se fué a tomar descanso con sus soldados a Burguete.

Apenas recobrados de la dura jornada, sin advertir a nadie de su propósito para evitar que llegara a oídos enemigos, emprendió el camino de Ustarroz. Mandaba este escuadrón el Mariscal don Pedro de Navarra, traidor primero a los suyos, al ren-

dir pleito homenaje a Fernando el Católico, y luego a los castellanos al ponerse al servicio de Albret.

Cuando el Mariscal se dió cuenta de la venida del coronel Villalba quiso evitar que le cogiese en una encerrona como a los de Roncesvalles; salió del pueblo y situó estratégicamente sus tropas en el angosto paso de Nuria, forzado camino del español. Divididos en tres grupos los infantes, colocó el primero por bajo del puente de Nuria, defendiendo el vado; otros sobre el mismo puente, y otros más arriba.

En vez de exponer toda su gente en la lucha contra las fuerzas apostadas abajo, teniendo luego que resistir las otras dos, el coronel comprendió que sólo le libraría del fracaso un ataque simultáneo a los tres puntos. Examinando el terreno se comprueba la dificultad de esta operación, pero no hay duda de que tuvo que realizarla avanzando por uno de los dos lados para flanquear al enemigo, fraccionando luego en tres su ejército y atacando con ímpetu en todos los puntos a la vez. Así el combate, que debió de concebir el Mariscal como de frente y de tremendo desgaste, se transformó en una triple acometida de costado que le llevó a perder vados y puentes y a tener cogida la retaguardia por un avance rapidísimo de la caballería de Villalba.

Conoció la derrota el mariscal y quiso sacar el partido posible de la hora mala enviando a un parlamentario para tratar con el coronel las posibilidades de una rendición honrosa. Pero el español rechazó las propuestas y sólo accedió a deponer las armas si se daban presos el Mariscal y todos sus oficiales, dejando a la tropa que, sin armas ni banderas, se volviese a Francia.

“El Mariscal, dice su cronista, aunque le pareció dura cosa lo que el coronel le pedía, lo aceptó por ver la fortuna al estado que le había traído, y haciendo una plática a toda su gente, significándoles lo que determinado tenía, les mandó que a Francia se volviesen, y los demás, que de Navarra eran, a sus casas; y con esto se quitaron las armas al Mariscal y los capitanes y

con las banderas desarboladas se entregaron en poder del coronel, el cual, benignamente, le recibió y trató humanamente y mandó al capitán Collazos que al castillo de Estella los llevase.”

Excusado es decir el júbilo que las tropas castellanas tenían con este dichoso desenlace de las primeras luchas: nada menos que habían conseguido destruir las dos terceras partes del ejército francés llevando prisioneros a sus jefes. Integra cabe la gloria de estas acciones al insigne coronel Villalba, puesto que suya fué la dirección militar: ¡bien sabía el Cardenal Cisneros en qué manos ponía empresa tan arriesgada e importante!

Vuelto a Burguete recogió allí un refuerzo de infantes y caballería que le mandaba el Cardenal, y con él se dispuso a coronar la tarea. Queda la última jornada y acaso la más difícil de todas. El ejército de retaguardia se apoderó de San Juan de Pie del Puerto sin poder hacer lo mismo con la fortaleza que defendía con bravura sin igual el alcaide Antonio de Espinosa.

Dividió Villalba su tropa en dos partes, dejando una con el Virrey, y al frente de tres mil hombres emprendió la marcha a través de las fragosidades montañosas, soportando nieves y crudísima temperatura; inútil era por aquellos altos pretender que subiera la artillería y hubo que prescindir de tan valioso auxiliar.

La difícil situación de San Juan planteaba al coronel un problema estratégico, agudizado por la carencia de escalas para el asalto a la muralla. El único acceso al pueblo era el curso de un río que lo atraviesa. Echóse al agua Villalba, y aunque estaba casi helada y le llegaba a los pechos, su ejemplo animó al resto del ejército, que le secundó con extraordinario valor.

Se trataba de alcanzar el paso de un puente que permitiera la entrada en la villa y los soldados no dudaron. Por fortuna, del puente descendían algunos escalones hasta el río por los cuales la gente bajaba a proveerse de agua, y hacia allá se dirigieron los hispanos, encontrándose al llegar a las gradas con

que los enemigos había hecho allí, como era natural, punto de máxima resistencia.

Harto desventajosa era la situación para los españoles, que metidos en el agua tenían que luchar contra quienes a seguro y desde la orilla les tiroteaban incesantemente, pero no flaqueó su invencible corazón considerando esta contrariedad, sino que lo difícil de la empresa parece que espoleaba sus deseos de victoria.

Antonio de Espinosa, hábil soldado que desde la atalaya del castillo seguía con interés vivísimo el combate donde se jugaba la honra de su parcialidad, acordó prestarle la ayuda que en sus manos estaba, y empezó a jugar la artillería dirigiendo los tiros contra el puente y sus alrededores. Desconcertados los franceses, aprovecharon los del coronel su momentánea confusión, y en un brioso avance ganaron la escalinata, peleando tan reciamente, que por tercera vez en unos días hicieron volver las espaldas al poderoso ejército galo.

Con la furia de la lucha y el excitante de los muertos que habían tenido en el río dieron los castellanos con tan poderoso impulso sobre los que en la villa estaban que no les cupo otro recurso sino el de abandonarla y huir. En su persecución salió Villalba más de tres leguas, auxiliado por la retaguardia, que dejó con el Virrey, causando muchas bajas en los que escapaban.

“¿En qué historia —exclama admirado su anónimo cronista— se halla que ningún capitán antiguo entrase en un río tan peligroso, donde estando en el agua había de pelear con los enemigos que de toda parte le cercaban y haber la victoria con tanto loor?” Aquí se cubrió de gloria el coronel Villalba y acreditó sus maravillosas dotes de estratega. Con la máxima rapidez, en escaso tiempo, y teniendo muchos menos soldados que el enemigo, derrotó y puso en huida al ejército francés, prendiendo a todos sus jefes principales.

Las últimas disposiciones que dictó fueron relativas a la dis-

\*



tribución entre sus soldados de los bienes que se hallaron en la villa y eran propiedad de franceses, ordenando asimismo que los bastimentos pasaran a engrosar la intendencia del castillo, tan bien defendido por el heroico Antonio de Espinosa.

Pacificado todo, fué a Madrid a dar personalmente noticia a Cisneros —antes lo había hecho por detallada carta, cuya pérdida lamentamos— de todo cuanto ocurriera en la brillantísima campaña. El Cardenal le felicitó como se merecía, prometiéndole escribir al Emperador sobre servicios tan importantes. Informado Don Carlos no fueron pequeñas las promesas de fortuna que hizo a nuestro coronel, el cual, por su parte, esperaba valioso rescate por los prisioneros que había capturado, y que por Orden Real entregó para que fueran sacados de Navarra y conducidos desde Estella, donde los tenía, a otra fortaleza de Castilla.

Pero como los designios providenciales son inescrutables, y cuando el hombre se halla “en la cumbre de toda buena fortuna” está también a punto de que gire la rueda de las caídas, a Cristóbal de Villalba le llegó la hora de la muerte apenas acababa de asegurar su fama y su éxito. En julio de 1516, terminado todo y aguardando sólo la recompensa a tantos y tan excelentes servicios, cortó la Parca, a los cuarenta y dos años, la carrera de sus triunfos.

Dicen algunos que fué un ataque de apoplejía al sentarse a comer en la propia casa; otros señalan que le envenenó el Condestable de Navarra en un banquete que le ofreció; la Crónica del Gran Capitán afirma que falleció “en el acto venéreo”. ¿Quién sabe la verdad? Baste apuntar que en su tiempo no se achacó a cosa fuera de lo natural.

El Cardenal perdió un fiel brazo; el Emperador uno de los mejores soldados con quien podía contar sin recelo a traición y que hubiera sido poderoso auxiliar para sus campañas italianas y acaso ultramarinas. Sintió Cisneros su muerte en extremo, por-

que lo conocía bien. Para Carlos tal vez no fuese más que un nombre extranjero entre los muchísimos que aquellos días andaban en boca de Xèvres, de Adriano, de Gattinara. Su recuerdo no podía ser muy duradero y quizá no pequemos de exagerados si afirmamos que se esfumó con el fallecimiento del Cardenal.

Una muchedumbre de pretendientes anhelaba repartirse los despojos de Villalba: el Regimiento de Plasencia, la alcaidía de Estella, la coronelía. Los ojillos avarientos de Xèvres atisban áculenta ganancia con la puja de los cargos: se piensa en el sucesor y no en el causante.

En los meses que le sobrevive Cisneros no cesa de escribir a Carlos pidiéndole mercedes para los hijos del coronel: quien ha conquistado un reino como el de Navarra, bien merece que sus descendientes posean un tenencia heredada. Pero Xèvres está, suave y diplomático, entre el César y el Cardenal. Estella será para el mejor postor: don Pedro Vélez de Guevara. Al hijo de Villalba se le dará una equivalencia, so pretexto de que "es muy mochacho".

Cisneros, que tiene mucho respeto al joven Rey, pero que tiene también la entereza necesaria para decir las cosas claras, escribe que en España "todos murmuran desto, porque era muy justo, habiendo el padre hecho tan buenos y tan grandes servicios se le diese aquella fortaleza, y que viendo agora tan mal ejemplo no habrá quien quiera servir ni aventurar su persona". Nada consigue, sin embargo.

Los restos del valeroso extremeño se inhumaron en tierra navarra, y allí permanecieron muchos años, hasta que su hijo hizo que fueran trasladados al convento de San Ildefonso, de Plasencia, de cuya capilla mayor era patrono. Puso allí una memoria y enterramiento suntuoso, hizo esculpir una magnífica estatua orante de mármol fino; encargó asimismo que se labrara en piedra el escudo familiar y, por último, en una tabla mar-

mórea, para recuerdo perpetuo del nombre y hazañas del coronel, hizo esculpir los siguientes versos

*En aquesta estrecha cama  
la muerte puso medida  
al que no la tuvo en fama  
por no tenella en la vida;  
y hubo (siendo mortal)  
con dos contrarios victoria:  
con vida, fama inmortal;  
y con muerte, inmortal gloria.*

Laus Deo.

La última vez que estuvimos en Plasencia quisimos dedicar un recuerdo a la memoria del insigne militar, recorrer los salones de su casa, visitar devota y recoletamente el mausoleo erigido por la piedad filial, traernos una reproducción del escudo de armas que le concedió el Rey Católico para ilustrar estas —entonces futuras— páginas, sondear lo que de tradición quedara en la ciudad alrededor de la egregia figura.

Partida la casa solariega, habitada por otras gentes que ni recuerdo tenían del que la edificó; borroso el blasón conquistado a costa de tan heroicas acciones, perdida la conseja en torno al bizarro milite, sólo nos fué posible visitar el viejo templo, en el cual la cerrazón ha trastrocado mármoles y sepulcro, sustituyendo por gruesa letrería pintarrajeada en la pared las pétreas labores del arcaico cuadratario. Desplazada la estatua orante, ni tiene el preciso relieve: como santo viejo en hornacina olvidada, es perpetua acusación de incomprensivas actitudes.

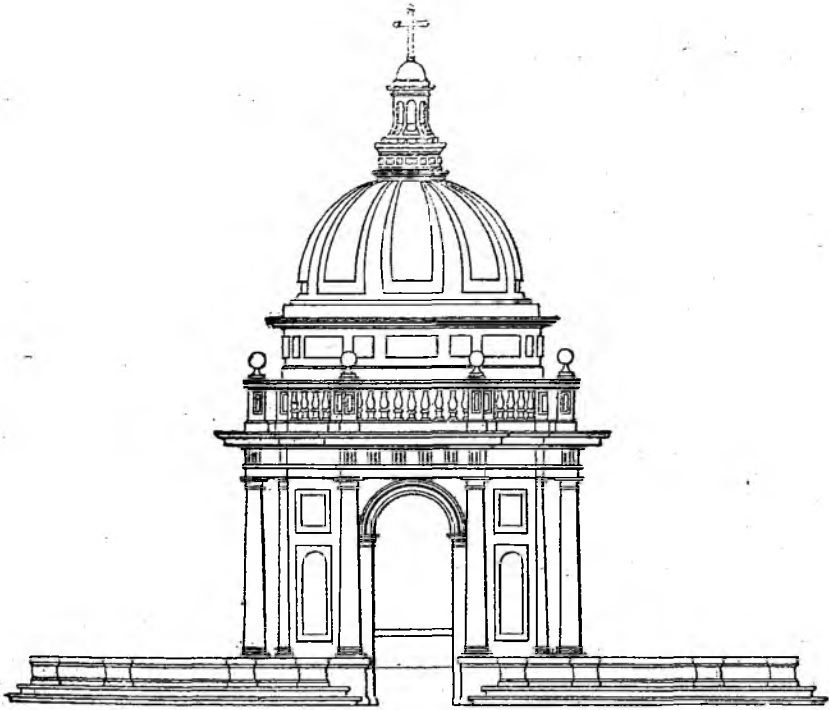
Unas manazas grandes, bastas, sujetas con tenso alambre al cuello, indican que no pertenecen a la estatua. El cojín sobre el cual descansan las rodillas del héroe tiene destrozado un esquinazo. Como si al cabo de los siglos pudiera ser posible la ven-

ganza, alguien nos explica el porqué de la tosquedad estúpida de esas manos: cuando la guerra de la Independencia, unos soldados franceses dispararon sus pistoletas contra la estatua de Villalba y lograron quebrar las poderosas muñecas de quien trescientos años antes había, rápido y certero, destruido el ejército de su país. ¿Conseja o simbolismo? Tanto da. Pero la intacta cabeza, expresiva, llena de energía, pone una clara nota de vida y de espíritu, si conseguimos, por un esfuerzo mental, aislarla de cuanto la rodea, y nos da la fiel imagen del conquistador de Navarra.

### BIBLIOGRAFIA

Las obras utilizadas o mencionadas aquí son las siguientes: Alonso Maldonado: *Hechos del Maestro de Alcántara Don Alonso de Monroy*, Madrid, *Revista de Occidente*, edición Rodríguez-Moñino, 1935; Alonso Fernández: *Historia y anales de la ciudad y obispado de Plasencia*, Madrid, 1627; *Crónicas del Gran Capitán*, Madrid, *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, edición Rodríguez Villa, 1908 (comprende las llamadas *Crónica general* y *Crónica manuscrita*); Gonzalo Fernández de Oviedo: *Las quincuagenas de la nobleza de España*, Madrid, 1880; Antonio Delgado: *Bosquejo histórico de Niebla*, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XVIII (1891), págs. 484-551; Conde de Cedillo: *El Cardenal Cisneros, Gobernador del Reino*, Madrid, 1921; *Cartas del Cardenal Don Fray Francisco Jiménez de Cisneros dirigidas a Don Diego López de Ayala*, Madrid, 1867; *Cartas de los Secretarios del Cardenal Don Fray Francisco Jiménez de Cisneros durante su Regencia*, Madrid, 1876; José Ramón Mélida: *Catálogo Monumental de España. Provincia de Cáceres*. Madrid, 1926; Anónimo: *Hazañas del Coronel Villalba*, manuscrito del siglo XVI, inédito, existente en la Biblioteca de la Academia de la Historia y en la del autor; Luis Correa: *Historia de la conquista del Reino de Navarra, por el Duque de Alba*. Pamplona, 1843, edición Yanguas y Miranda.





## *Poesia*

**Fernando Gutiérrez:** *Sonetos al aire de tu paso.* – **Rainer María Rilke:** *El libro de horas* (Poesías seleccionadas y puestas en verso castellano por Luis Felipe Vivanco).  
**Camilo José Cela:** *La horca.*





# SONETOS AL AIRE DE TU PASO

POR

FERNANDO GUTIERREZ

1

*A tu peinado.*

**R**IO te vas y vienes, manso río  
    *puesto en mi corazón en Primavera.*  
como si todo tu calor quisiera  
florece sus rosales en mi frío.

*Me quedo, en agua, en tierra y en rocío,  
como un álamo solo en la ribera,  
río también, parado en su carrera,  
vigía del cristal que ha sido mío.*

*Huye tu angustia y queda tu corriente:  
fría te vas; permanecida, abrasas;  
puedes huír después, y yo no puedo.*

*Entre el cielo y la tierra, mansamente,  
eterna, dulce y en sosiego pasas;  
eterno, amargo y en zozobra quedo.*

2

*A tu mano sobre el pecho.*

*De arboladas espumas has nacido  
y en arboladas lágrimas te mueres.  
Si en alba de palomas me tuvieres,  
qué buen morir, morirme tan tenido.*

*Sobre tu pecho me levanto ardido  
del mismo modo fiel con que me quieres,  
y hasta en la blanda muerte me prefieres  
entre la mano amante y el latido.*

*Gacela vas a tu dolor segura,  
recostada en arcángeles y miedos  
que estremecen la paz de sus riberas ;*

*en gozo y en silencio, al alba pura  
te velaré la gracia de los dedos  
por el feliz dolor con que me esperas.*

3

*A tu mano, en una sonata de Beethoven.*

*Ala en la intimidad de la paloma,  
agua que siendo río tan temprano  
resbalas por el alba del piano  
los esparcidos cauces de tu idioma.*

*Sobre el marfil otro marfil asoma  
sus júbilos de almendro cotidiano,  
y multiplica el vuelo de la mano  
la nieve que en las teclas se desploma.*

*Yelo que, en ruiseñores resbalado,  
en vendimia de cisnes se termina  
apenas en el lirio comenzado:*

*en la intención del aire te he tenido  
como una rama que su aliento inclina  
sobre el huerto ordenado del sonido.*

4

*Dulce y triste en mis dedos he tenido  
la grave arquitectura de tu cara  
rindiéndose a tu pena, tan avara  
que podías llorar y no has querido.*

*En tus ojos el llanto ha amanecido  
cegando al sol que cielo anticipara  
porque en agua dolida no quedara  
resbalado, lluvial, encanecido.*

*Mas hoy era en tus lágrimas temprano  
y temprano también en su corriente;  
guárdalas en el cielo de cada día,*

*que lágrimas, mis dedos, en la mano  
fieles recordarán eternamente  
que les debes el llanto todavía.*

*No quisiste saber que te pedía  
que esperaras aún, que no te fueras;  
yo pisaré otra vez estas aceras  
y quiero verte en ellas todavía.*

*Dales para mañana la alegría  
de las dulces palabras mañaneras,  
piensa que si esta noche te murieras  
solamente esta calle lo sabría.*

*Si por ti fué rosal, sé tú la rosa;  
hazte aroma un instante, viento y llama;  
sé, por esta palabra que te pide,*

*como el ave, que canta cuando posa  
su fatiga de plumas en la rama  
para que luego el árbol no la olvide.*

*Cuando me muera, niégame la arcilla,  
siémbreme eu el calor de tu sosiego,  
siémbreme a orilla de tu sueño, y luego  
florecerá en tus ojos mi semilla.*

*Hazme la muerte en el amor semilla;  
dame la voz intacta de su ruego  
y ciégame los ojos, porque ciego  
veré mejor tu paso por la orilla.*

*Cuando me muera, en pos de ti, mi muerte,  
reviviéndome en pájaro y sonrisa,  
continuará diciendo que me muero.*

*Toda la tierra tengo para verte,  
y cada aroma que se dé a la brisa  
te querrá tanto como yo te quiero.*

7.

*A ti he venido, amor, a que me mueras,  
a clausurar mi sangre endurecida  
y a que esta fuente helada y encendida  
apague ya su hielo y sus hogueras.*

*Buena muerte me des. ¡Ay, si quisieras  
enseñarme a morir, como en la vida  
me enseñaste a vivir, tan ascendida  
que hoy me puedo morir cuando tú quieras!*

*Aun cuando muera hoy, por no perderte  
me moriré mañana todavía  
y aun seguiré sin descansar viviendo,*

*viviéndote otra vez sobre la muerte...  
¡Qué muerte es ésta, Dios, que, siendo mía,  
todo lo de la tierra está muriendo!*

*Dame la eternidad por un momento  
para vivir la tierra grano a grano,  
para quedarme en ella como hermano  
del álamo en el río y en el viento.*

*Quiero sobrevivirme en el acento  
caliente y florecido de tu mano,  
y en ella convertirme en hortelano  
del pájaro y la rosa de tu aliento.*

*No en pluma de mi vuelo te retires,  
ni a muerte ni a silencio me convoces,  
que me quedo en la espina y tú en la rosa.*

*Yo quiero ser el árbol que tú mires,  
el agua, el aire, el nardo que tú toques:  
por ti me continúo en cada cosa.*

*Si a nadie más que a mí ha pertenecido  
este minuto que tu amor me ha dado,  
Si tantos hay y sólo éste he tenido;  
y en dónde queda y para quién se ha ido?*

*Si tantos hay y sólo éste he tenido,  
si tanto se murió por esperado,  
¿por qué, si era uno solo, me has dejado  
ausente de él y en él permanecido?*

*Si aún me debes la muerte prometida,  
si es un minuto mi misión entera,  
si la tierra es tan corta y tanto el frío,*

*Señor, si he de vivir tan poca vida,  
¿cómo no te esperaste a que muriera,  
si esa vez eras Dios y amigo mío?*





# EL LIBRO DE HORAS

DE

RAINER MARIA RILKE

(Poesías seleccionadas y puestas en verso castellano  
por Luis Felipe Vivanco).

No sin pedirle de antemano perdón por mi mucho atrevimiento, le ofrezco aquí al lector español una tercera parte de los poemas que componen este libro fundamental y único dentro de la poesía europea contemporánea. Todas las dificultades que hay siempre para traducir a un poeta se acrecientan e intensifican en el caso de un poeta tan denso de intuiciones y tan riguroso de forma como Rilke. En algún momento intenté traducirle en rima perfecta —consonante—, pues así es como está escrito íntegramente su libro en el original. Pero me di cuenta en seguida de que me apartaba demasiado de él y del más hondo sentido de su poesía, y tuve que contentarme con conservar el ritmo desnudo —aunque vertido al castellano—, y emplear la asonancia, tanto interior como externa, a la que tan bien acostumbrados están nuestros oídos.

En cuanto al contenido espiritual de esta poesía, debo advertir que la actitud religiosa de Rilke, al escribirla, no solamente no es católica, pero ni siquiera cristiana. Se trata en todo el libro de la búsqueda de Dios, pero —como hace notar J. Mümbauer (*Die Deutsche Dichtung der neuesten Zeit*)— de un Dios que el poeta ya lleva dentro y al que, por otra parte, contienen todas las cosas, en vez de ser El quien las contenga a ellas. «Rilke tenía a Dios, le poseía, le llevaba en sí, ya que su esencia era la piedad, y, sin embargo, creía que debía buscarle siempre, siempre, y creía que precisamente el término de su búsqueda era lo que estaba más lejos de Dios.» No puede considerársele como un místico, en sentido estricto. Las tres partes del libro —en el que condensa «experiencias» de su primer viaje a Rusia— fueron apareciendo, sucesivamente, en 1899, 1901 y 1903.

En el original no van numerados los poemas. En mi traducción he puesto entre paréntesis el número del orden que ocupan en el texto alemán.—L. F. V.

## EL LIBRO DE LA VIDA MONASTICA

[1]

*Se inclina la hora y me toca  
con golpe metálico, diáfano:  
Mis sentidos se turban. Siento:  
yo puedo; y apreso al día plástico.*

\*

*Antes de que yo lo mirase  
nada había sido consumado.  
Están maduras mis miradas,  
y a cada una acude, como  
una novia, lo que ha deseado.*

*Nada es demasiado pequeño  
para mí, y, aun pequeño, lo amo,  
lo pinto, en grande, sobre oro.  
y no sé a quién le vuela el alma  
libre, si en alto lo levanto.*

[2] *Sobre el haz de la cosas, vivo mi vida en círculos  
que se van dilatando.  
Es posible que nunca logre extinguirse el último,  
pero quiero intentarlo.*

*Giro en torno de Dios, de la torre antiquísima,  
durante miles de años.  
Pero ignoro si soy un halcón, una indómita  
tempestad, o un gran cántico.*

[4] *No podemos pintarte a nuestro gusto,  
a Ti, el alba dudosa  
de quien se ha levantado la mañana.  
De la antigua paleta tomaremos  
los mismos trazos y vislumbres  
con los que el Santo te callaba.*

*Ante Ti, como muros creamos las imágenes,  
y hay ya, a tu alrededor, muy altas tapias,  
porque con nuestras manos piadosas te encubrimos,  
siempre que el corazón te mira cara a cara.*

[5]

*Yo amo todas las horas oscuras de mi ser  
en que se profundizan mis sentidos;  
como en cartas antiguas puedo, en ellas, leer  
mis días y mis noches ya vividos,  
mi lejana leyenda que empiezo a comprender.*

*Por ellas sé que tengo para una vida nueva  
tiempo de sobra, espacio suficiente.  
Y soy, algunas veces, la fronda que renueva  
un árbol rumoroso sobre tumba reciente,  
para cumplir el sueño que el joven que ya es ido  
(y al cual aún sus raíces retienen tibiamente)  
en tristezas y alegres canciones ha perdido.*

[6]

*Tú, mi vecino Dios, si te importuno  
con duros golpes en la noche larga,  
es porque apenas oigo tu respiro  
y sé qué solo duermes en tu estancia.  
Si necesitas algo, allí no hay nadie  
que a tu tentar acerque un vaso de agua.  
Te escucho siempre. Hazme una leve seña.  
Muy cerca estoy de Ti.*

*No nos separa  
más que un débil tabique, casualmente,  
pues suceder podrá que una llamada  
de tu boca o la mía,  
lo derribe en silencio con sus alas.*

*Con imágenes tuyas está hecho.*

*Y, ante Ti, tus imágenes pintadas  
permanecen erguidas como nombres.  
Y si dentro de mí brota esa llama  
con que te reconocen mis honduras,  
se disipa en sus marcos, yerta y vana.*

*Y mis sentidos, que se cansan pronto,  
están de Ti alejados y sin patria.*

[7]

*¡Si alguna vez una gran calma hubiera!  
¡Si lo que por azar sucede, si lo incierto  
cesara, si la risa de al lado no se oyera!  
¡Si mi propia experiencia vital no me impidiera  
tanto, con su vigilia, estar despierto!,*

*hasta tu misma orilla podría yo pensarte  
en multitud de unánimes pensamientos crecientes,  
y, lo que apenas dura la sonrisa, gozarte,  
para, en seguida, a todas las criaturas vivientes  
como una acción de gracias, regalarte.*

[8]

*Porque el siglo se acaba, vivo erguido.  
Se presiente el ventalle de una gran hoja llena  
que hemos escrito Dios y tú y yo, y, sin sonido,  
vuelve, en lo alto, alguna mano ajena.*

*Muestra la nueva página su virginal albura  
donde va a estar el mundo recién hecho.*

*Las silenciosas fuerzas prueban aquí su anchura,  
celosamente torvas al acecho.*

[9]

*En tu palabra lo leo,  
en la historia de los gestos  
con que tus manos se comban  
sobre el porvenir, calientes,*

*limitadoras y sabias.  
Con fuerte voz, Tú decías:  
vivir,  
y decías, en voz baja:  
morir,  
pero repetías siempre:  
ser.*

*Y anterior a la muerte  
primera, fué el homicidio.  
Entonces,  
avanzó un desgarramiento  
por tus círculos maduros,  
los atravesó un clamor,  
y arrastró todas las voces  
que acababan de juntarse  
para nombrarte,  
para llevarte,  
puente sobre todo abismo.*

*Todo lo que balbucean  
desde entonces  
son nada más que pedazos  
de tu viejo nombre.*

[10]

*Dice el pálido mancebo  
Abel:*

*Yo no soy. Mi hermano  
me ha hecho algo  
que nunca vieron mis ojos.  
Me ha arrebatado la luz.  
Ha suplantado mi rostro  
con su rostro. Y está él solo.  
Pienso que debe de estar  
todavía.  
Porque nadie le hizo a él  
aquello que a mí me hizo.*

*Todos siguen mi camino  
y se acercan a su enojo,  
todos se pierden en él.*

*Yo creo que, siempre en vela  
como un juicio,  
está mi hermano mayor.  
En mí ha pensado la noche.  
En él no.*

[11]

*Tú, oscuridad segura,  
donde tengo mi origen,  
te amo más que a la llama  
que limita este mundo  
mientras está brillando  
para un pequeño círculo,  
fuera del cual ninguno sabe de ella.*

*Pero la oscuridad todo lo abraza:  
las figuras, las llamas,  
también los animales,  
y a mí. Somos su presa  
las potencias, los hombres.*

*Tal vez, una gran fuerza  
insinúa sus pasos a mi vera.*

*Creo en las noches.*

[12]

*Creo en todo  
lo que nunca ha sido dicho.  
Quiero liberar mis hondos  
sentimientos más piadosos.*

242



*Lo que nadie se ha atrevido  
a desear, será un día  
fácil, para mí, y sencillo.*

*Si soy demasiado osado,  
perdóname Tú, Dios mío.  
Sólo he querido decirte  
que mi mejor fortaleza  
ha de ser como un impulso  
sin rencor ni apocamiento;  
porque, en verdad, es así  
como te quieren los niños.*

*Con ese fluir, con ese  
desembocar de los ríos  
anchos en el mar abierto,  
con esa marea creciente  
quiero confesarte, quiero  
anunciarte, como nadie  
lo ha hecho antes.*

*Y si esto es orgullo, déjame  
ser orgulloso en mi rezo,  
que se levanta tan serio  
y tan solo,  
hacia tu frente nublada.*

[13]

*En el mundo  
estoy demasiado solo,  
y, sin embargo,  
no estoy lo bastante solo  
para consagrar, al paso,  
cada hora.  
En el mundo,  
me siento empequeñecido,*

y, sin embargo,  
no lo bastante pequeño  
para ser, sólo, ante Ti,  
una cosa oscura y sabia.  
Yo quiero mi voluntad,  
y quisiera acompañarla,  
de camino  
hacia lo que ha de ser hecho.  
Y lo mismo  
en los días más serenos,  
que en esos días inquietos  
en los que se acerca alguien,  
quiero estar con los que saben  
o solo.

Quiero reflejarte siempre,  
sin merma, de cuerpo entero.  
No quiero quedarme ciego,  
ni ser demasiado viejo  
para sostener el peso  
de tu imagen vacilante.  
Quiero, ante Ti, desplegarme.  
No quiero seguir doblado,  
recóndito en parte alguna,  
pues allí donde hay más pliegues,  
soy más falso.  
Quiero, ante Ti, mi sentido  
verdadero. Describirme  
como un cuadro que haya visto  
de cerca, muy largamente,  
como aquella  
palabra que comprendía,  
como mi cántaro diario,  
como el rostro de mi madre,  
como un barco  
que me ha traído a través  
de la tempestad más fiera.

[14]

*Señor, ya lo ves: es mucho  
lo que quiero.  
Lo quiero todo, tal vez.  
Lo más oscuro de cada  
caída sin fin, y el juego  
de temblorosos destellos  
de cada ascensión.*

*¡Hay tantos  
que viven sin querer nada,  
y a quienes les condecora  
el fácil asentimiento  
de su tribunal benévolo!*

*Pero a Ti te regocija  
cada rostro  
que sirve y está sediento.*

*Te alegran todos aquellos  
que necesitan de Ti  
como de alguna herramienta.*

*Todavía no estás frío,  
aún no es demasiado tarde  
para bucear amante  
tu profundidad futura,  
donde la vida se acusa  
a sí misma, sosegada.*

[15]

*Sobre Ti construimos con temblorosas manos  
y levantando vamos átomo sobre átomo.  
Pero a Ti, Catedral,  
¿quién puede terminarte?*

*¿Qué es Roma? Se deshace.  
¿Qué es el Mundo? Se acaba*

*antes de que tus torres  
tengan cúpulas, antes  
de que en tu erguida frente  
inmensas muchedumbres  
de mosaicos relumbren.*

*Pero, tal vez en sueños  
mis ojos han sabido  
abarcár tu recinto,  
desde el hondo cimiento  
hasta el alto y dorado fulgor de la techumbre.*

*Y a mis sentidos veo  
labrando con sus manos  
los adornos postreros.*

[17]

*Quien puede compaginar  
los muchos contrasentidos  
de su vida,  
y, agradecido, reunirlos  
en un símbolo,  
a los ruidosos expulsa  
del palacio, llega a ser  
de otra manera festivo,  
y Tú eres su convidado,  
Aquel a quien él recibe  
en atardeceres blandos.*

*En su soledad, Tú eres  
su confidente, el seguro  
centro para sus monólogos;  
y cada círculo nuevo  
que él traza en torno de Ti,  
le obliga a abrir el compás  
hasta más allá del tiempo.*

[19]

*Soy yo, no temas nada, ¿acaso no oyes cómo  
me quiebro en tus rompientes con todos mis sentidos?  
Mis sentimientos, que encontraron alas,  
vuelan, blancos, en torno de tu rostro.  
¿No ves Tú cómo mi alma permanece apretada  
ante Ti, en un vestido de silencio?  
Y en tu mirada, ¿no madura acaso,  
como en un árbol, mi oración de mayo?*

*Si eres Tú el soñador, yo soy tu sueño.  
Yo soy tu voluntad si estar quieres despierto,  
y de todo esplendor revestido me siento,  
y me extendo, combado, como estelar silencio,  
sobre la gran ciudad milagrosa del tiempo.*

[20]

*No es mi vida esta hora cuesta arriba  
en la que Tú me ves tan afanoso.  
Soy un árbol delante  
del paisaje del fondo.  
No soy más que una de mis muchas  
aquella que se cierra más temprana.*

*Soy el silencio que hay entre dos tonos  
que se acostumbran mal el uno al otro  
porque el sonido Muerte quiere alzarse.*

*Pero en el intervalo más oscuro  
se reconcilian, ambos, temblorosos.*

*Y queda, hermosa, la canción.*

[36]

*¿Qué harás, Señor, cuando yo muera?  
Yo soy tu cántaro, ¿y si me quiebro?*

*Soy tu bebida, ¿y si me enturbio?  
Soy tu vestido y tu tarea;  
conmigo, pierdes tu sentido.*

*Después de mí no tendrás casa,  
donde te acojan, tibias, cercanas,  
unas palabras.  
De tus cansados pies se escapa  
una sandalia, que soy yo.*

*Dejas tu manto abandonado,  
y tu mirada,  
que acariciaba mi mejilla  
como una cálida almohada,  
ha de volver, y ha de buscarme  
sin desmayar, y en el crepúsculo  
se ha de acostar sobre otro lecho  
de duras piedras.*

*¿Qué harás, Señor?, pregunto inquieto.*

[59]

*Dios le habla a cada uno sólo antes de crearlo.  
Sale, entonces, con él, a la noche, callado.  
Sus palabras, empero, sus nubladas palabras,  
son éstas:*

*Enviado por tus sentidos fuera,  
avanza hasta el extremo de la saudade tuya;  
dame, así, vestiduras.*

*Por detrás de las cosas crece como un incendio,  
para que así sus sombras, dilatadas,  
me cubran siempre por entero.*

*Deja que te suceda todo: belleza y miedo.  
Sólo es preciso andar, pues ningún sentimiento  
es el que está más lejos.*

*No dejes que te aparten de mi lado.  
Cercana está la tierra,  
lo que llaman la vida.*

*Y has de reconocerla  
por su gran seriedad.*

*Dame la mano*

[66]

*Una hora traspasa los límites del día  
y ya el país está dispuesto a todo. Dilo,  
alma mía, tu anhelo:*

*Sé pagano, y, pagano,  
sé lejano; ten viejas, rancias ejecutorias  
pujantes, pero apenas reconocidas, cuando  
hace luna en la pálida llanura del pasado.  
Toma forma, Silencio. Dales forma a las cosas  
(aun están en la infancia y te serán bien dóciles).  
Sé pagano, pagano, siempre pagano. Entonces  
también vendrá, tal vez, el Anciano al que apenas  
de la noche distingo, y traerá su ceguera  
gigantesca a mi casa vigilante y atenta.*

*Le veo estar sentado, y pensar. Mas no piensa  
por encima de mí y hacia fuera, pues todo  
para él es interior: cielo, pradera y casa.  
Y se le han olvidado del todo las canciones  
que no empieza ya nunca; en millares de orejas,  
el tiempo con el viento las han bebido juntos:  
orejas de los necios.*

*Y, sin embargo, es como  
si yo, en lo más profundo de mí, se las guardara.*



*El está, tras su barba temblorosa, en silencio.  
Desde sus melodías quisiera recobrase.  
Me acerco a sus rodillas:*

*Y de nuevo  
sus canciones afluyen hacia El, rumorosas.*

## *EL LIBRO DE LA PEREGRINACION*

[1]

*No te maravilla nada  
la fuerza de la tormenta.  
La has visto crecer. Los árboles  
se escapan. Su fuga crea  
avenidas caminantes.  
Tú, entonces, sabes muy bien  
que Aquél de quien huyen es  
el mismo al que tú caminas,  
y a quien tus sentidos cantan  
cuando estás a la ventana.*

*Las semanas del verano  
fueron tranquilas, subía  
la sangre en todos los árboles.  
Ahora sientes que esa sangre  
quiere, al contrario, caer  
en el que todo lo hace.  
Creías ya conocer  
la fuerza, al asir el fruto,  
mas la fuerza es ya, otra vez,  
enigmática, y tú vuelves  
a ser, sólo, el convidado.*

*Como tu casa, el verano  
fué: todo estaba dentro.  
Ahora tendrás que salir*

*a tu corazón, igual  
que a la llanura. Comienza  
la gran soledad. Los días  
se vuelven sordos, y el viento  
va a arrancar de tus sentidos  
el mundo, como hoja seca.*

*El viento ya ve, a través  
de las ramitas desnudas,  
el cielo que tú posees.  
Sé tierra, ahora, y canción  
del crepúsculo, sé campo  
de acuerdo con ese cielo.  
Sé humilde como una cosa  
que ha madurado en el seno  
de la realidad; que Aquél  
de quien procede tu sed  
te posea, al apresarte.*

[3]

*Todavía soy el mismo  
que ante Ti se arrodillaba  
con sus hábitos de monje;  
el profundo, servidor  
levita, al que Tú llenabas;  
el que te inventó, la voz  
de una celda sosegada  
por delante de la cual  
el mundo pasa de largo.  
Y todavía eres Tú  
la gran ola  
que a todos los seres cubre.*

*No hay otra criatura. Sólo  
el mar, del que a veces surgen  
las tierras. No hay nadie más*

*que un fiel silencio de bellos  
ángeles y de violines.  
Y el Silenciado es aquél  
ante el cual se inclinan todas  
las cosas, rayos postrados  
de su fuerza.*

*¿Acaso Tú lo eres Todo,  
y yo Uno que se abandona  
y se rebela? ¿No soy,  
entonces, yo, el Universo?  
Cuando lloro,  
¿no soy yo todo, y Tú, Uno  
que me escucha, nada más?*

*¿Es que oyes algo junto a mí?  
¿Es que hay más voces que la mía?  
¿Hay tempestad? También yo soy  
una, y mis bosques te hacen señas.*

*Y si es tal vez una canción  
pequeña, enferma,  
la que te impide oír mi voz,  
una canción también soy yo:  
escúchala, porque está sola,  
sin tener nadie que la oiga.*

*Todavía soy el mismo  
que, a veces, te preguntaba,  
temblando, quién eres Tú.  
Porque después del ocaso,  
me quedaba  
herido y abandonado,  
pálido ser que de todo  
se ha desprendido, y a quien  
desdeñan las multitudes,  
y todas las cosas son  
conventos en los que estuve  
prisionero.*

*Entonces te necesito,  
a Ti, Iniciado, a Ti, suave  
vecino de la miseria,  
a Ti, dulce compañero  
de todo mi sufrimiento,  
a Ti, mi Dios, como al pan  
entonces te necesito.*

*Quizá no sepas cómo son las noches  
para los hombres que no duermen.  
En ellas, todos se hacen  
injustos, los ancianos, las doncellas, los niños.  
De pronto, se levantan cual de un sueño de muerte  
con un cerco de sombras fantasmales,  
y sus candidas manos se estremecen,  
y están entretejidas a una vida salvaje  
y son como los perros en una cacería.  
Aún está por venir lo que ha pasado  
y en el futuro yacen, ya, cadáveres,  
y a la puerta golpea un embozado,  
y ni en ojos ni oídos  
hay el menor indicio de la aurora,  
ningún canto de gallo se oye, lejos.  
La noche es una casa inmensa. Y, con el miedo  
de las manos heridas, en los muros se abren  
puertas y se vislumbran  
pasadizos que no terminan nunca,  
pero ninguna puerta se derrama hacia afuera.*

*Y así, Dios mío, son todas las noches.  
Siempre quedan algunos  
que están despiertos, y andan  
y andan, pero no te encuentran.  
¿No oyes cómo caminan por lo oscuro  
con sus pasos de ciego?  
¿No escuchas cómo rezan  
en lo alto de escaleras  
que en espiral descienden?*

\*

*¿No oyes que se desploman  
sobre las negras piedras?  
Tienes que oír su llanto, porque lloran.*

*Yo te busco, porque pasan  
por delante de mi puerta.  
Y casi he podido verlos.  
¿A quién podría llamar,  
sino a Aquél que es más oscuro,  
más nocturno que la noche?  
Al único que está en vela  
con su lámpara apagada  
y sin embargo no teme:  
al más profundo, al que aún  
no ha malvezado la luz;  
y a Aquél a quien yo conozco  
porque brota de la tierra  
con los árboles,  
porque se eleva muy quedo  
de la tierra,  
envolviendo como aroma  
mi humilde rostro inclinado.*

[4] *Tú, Eterno, te has mostrado a mí. Te amo  
como a un hijo entrañable  
que, una vez, siendo aún niño, me hubiera abandonado  
porque el destino le llamaba a un Trono,  
ante el cual los países son todos como valles.  
Me he quedado detrás, como un anciano  
que no comprende a su hijo, ya crecido,  
y sabe poco de las cosas nuevas  
a las cuales le empuja la fuerza de la sangre.  
Y, algunas veces, tiemblo,  
por tu felicidad profunda, que viaja  
sobre tantos navíos extranjeros.*

*Y te deseo, a veces, retornado a mi lado.  
Y temo, algunas veces, que no estés ya en el tiempo,  
cuando en él largamente me he perdido.  
Leo, entonces, de Ti: el Evangelista  
escribe por doquiera sobre tu eternidad.*

*Yo soy el padre, pero el hijo es más,  
es todo lo que el padre fué, y empieza  
con él, aquél que el padre no ha llegado a ser nunca;  
es el futuro y el retorno,  
es el regazo y es el mar...*

[6] *Y su atención nos cansa como una pesadilla,  
y nos pesa su voz como una piedra:  
quisiéramos oír entero su discurso,  
pero sólo escuchamos sus palabras a medias.  
Entre nosotros y él, un drama intenso  
hace tanto ruido  
que no podemos entendernos, vemos  
solamente los gestos de su boca,  
de la que se desprenden, apagadas, las sílabas.  
De esta manera, estamos todavía  
para él mucho más lejos que lejanos,  
aunque el amor nos teje, también, en un tejido,  
y sólo cuando debe morir en esta estrella  
vemos que en esta estrella había vivido.*

*Esto, para nosotros, es el padre, ¿y aun debo  
llamarte padre? Así, me apartaría  
cada vez más de Ti. Tú eres mi hijo,  
y he de llegar a conocerte, como  
al único hijo amado  
cuando se ha hecho ya un hombre, también: un hombre viejo.*

[8]

*Y mi alma es una mujer  
ante Ti, es como la nuera  
de Noemí, es como Ruth.  
Durante el día da vueltas  
en torno de tus gavillas  
como una sierva en profundo  
acto de servicio, pero  
en cuanto la noche llega,  
baja hasta el río, y se baña,  
se adorna y a Ti se acerca  
cuando están durmiendo todas  
las cosas que te rodean:  
se allega y cubre tus pies.*

*Y si la interrogas Tú,  
a media noche, responde  
con profunda sencillez:  
"Soy Ruth, soy tu esclava, extiende  
tu manto sobre tu sierva.  
Pues Tú eres el heredero."*

*Y mi alma, entonces, se duerme,  
hasta la aurora, a tus pies,  
junto al calor de tu sangre.  
Y es ante Ti una mujer,  
es como Ruth.*

[9]

*Tú eres el heredero.  
Herederos son los hijos  
porque los padres murieron.  
Mas los hijos permanecen  
en flor.  
Y Tú eres el heredero.*



*Vas a heredar los verdes de todos los jardines  
que desaparecieron y heredarás el nítido  
azul de aquellos cielos que se han desmoronado:  
heredarás el frágil rocío de mil días  
y todos los veranos que proclaman los soles,  
todas las primaveras brillantes, con sus quejas  
como cartas sinceras de una muchacha joven.  
Y heredas los otoños que cubren la memoria  
de los poetas como vestiduras fastuosas.  
Y todos los inviernos, como huérfanas tierras,  
se estrechan suavemente contra tu corazón.  
Tú heredarás Venecia, Kazán y Roma, y tuya  
será también Florencia, con el Duomo de Pisa,  
y la Troitzka Lawra, y el Monastir que forma  
en Kiew, bajo jardines, un ciego laberinto  
de oscuros pasadizos, y Moscú, en campanadas  
como recuerdos. Tuya será toda la música:  
violines, y trompetas, y gargantas, y toda  
canción que haya sonado lo bastante profunda  
sobre Ti ha de brillar como piedra preciosa.*

*Para Ti solamente los poetas meditan  
y cosechan imágenes rumorosas y ricas,  
y se lanzan al mundo, y en sus comparaciones  
maduran, y están solos para toda la vida.  
Y los pintores pintan sus cuadros solamente  
para que Tú recobres permanente, la misma  
belleza natural que hiciste tan efímera.  
Todo se torna eterno, y hace ya tiempo, mira,  
que es la mujer añejo mosto en Madonna Lisa.  
No sería preciso que hubiera más mujeres,  
pues las nuevas mujeres no traen nada nuevo.  
También los escultores son como Tú, no quieren  
sino tu eternidad. Por eso dicen: "Piedra,  
hazte eterna", y es como si dijeran: "Sé tuya".*

*Y también para Ti los amantes cosechan.  
Durante breves horas son poetas, y dejan  
sonreídos, haciéndolos más bellos con un beso,*

*los mismos labios que antes eran inexpresivos.  
Descubren alegrías y al dolor acostumbran  
con que uno se hace adulto, pues traen con sus risas  
mezclado el sufrimiento, y añoranzas dormidas  
para llorar despiertan sobre pechos ajenos.  
Acumulan enigma sobre enigma, y se mueren  
como las bestias mueren: sin haber comprendido.  
Pero tendrán, acaso, nietos como racimos  
en que hayan madurado sus pámpanos en ciernes;  
y a través de esos nietos, serás el heredero  
del amor que se dieron, a ciegas, como en sueños.*

*Así afluye hacia Ti la hartura de las cosas.  
Y así como las altas bandejas de las fuentes  
se desbordan, y caen en sueltas cabelleras  
sobre el agua, ya inmóvil, del pilón más profundo,  
así es como tu valle recibe la abundancia  
cuando los pensamientos y las cosas rebosan.*

[12] *Pero, aunque cada hombre se evada de sí mismo  
como de la prisión que le encierra y le odia,  
yo siento que un milagro constante hay en el mundo:  
toda vida es vivida. ¿Quién es el que la vive?  
¿Son, acaso, las cosas que en la noche reposan,  
como una melodía que aún no ha sido tocada  
en las cuerdas de un arpa?  
¿Son las ramas que se hacen señas? ¿Son los capullos  
que tejen los aromas? ¿O son las alamedas  
que van envejeciendo? ¿Son, acaso, los tibios  
animales que andan? ¿O acaso son los pájaros  
que del suelo se elevan como seres extraños?*

*¿Quién es el que la vive? ¿Vives Tú, Dios, la vida?*

[13]

*El Anciano eres Tú, cuyos cabellos  
chamuscados están, de negro hollín cubiertos.  
Tú eres el más humilde, aquél que tiene  
un martillo en la mano.  
El herrero eres Tú, la canción de los años  
que siempre estuvo junto al yunque.*

*Tú eres aquél que nunca quiso guardar las fiestas,  
el que siempre retorna a su trabajo,  
el que puede morir sobre una espada  
mientras su hoja no esté lisa y brillante.  
Pues cuando entre nosotros  
el molino y la sierra se han parado  
y todos son borrachos y perezosos, se oye  
mejor el golpear de tu martillo  
en todas las campanas de la ciudad ociosa.*

*Tú eres el oficial que ha sido emancipado,  
el maestro a quien nadie de aprendiz conociera:  
siempre el Desconocido, el Forastero  
de quien corren, algunas veces tímidas  
y otras con más descaro,  
las consejas y las habladurías.*

[15]

*Los que te buscan, te tientan.  
Los que te encuentran, te encierran  
en imágenes y gestos.*

*Pero yo quiero comprenderte  
como la tierra te comprende;  
con mi madurez  
madura  
tu Reino.*

No quiero de Ti ninguna  
vanidad que te demuestre.  
Yo sé que el tiempo se llama  
de otra manera  
que Tú.

No hagas, por mí, más milagros.  
Da justamente tus leyes,  
que de una generación  
en otra son más visibles.

[17] *De la humildad nos hablas. De rostros que se inclinan  
al suelo en la tranquila comprensión de tu aliento.  
Así van, en la noche, los jóvenes poetas  
por las más apartadas, lejanas alamedas.  
En torno del cadáver, así están los labriegos  
cuando un niño pequeño se ha perdido en la muerte.  
Porque siempre es lo mismo lo que entonces sucede:  
algo que de los límites naturales trasciende.*

*Al que por vez primera repara en que Tú existes  
el reloj y el vecino le estorban, inclinado  
sobre tus huellas anda, y va como abrumado  
y avejentado. Sólo mucho más tarde, tiene  
que salir a los campos, hasta sentir cercanos  
horizontes y vientos, y oírte, susurrado  
por el agua, y, cantado por las estrellas, verte.  
Ya no podrá olvidarte en parte alguna, todas  
las cosas van a ser tu manto solamente.*

*Para él eres Tú nuevo, y eres bueno y cercano,  
y eres maravilloso como un viaje que hiciera  
por un gran río, en barcos silenciosos, tranquilo.  
Es muy vasto el país, y llano, a grandes cielos  
entregado, azotado por vientos, sometido  
a centenarios bosques. Y los pequeños pueblos*

*se agrupan y en seguida desaparecen como  
ligeras campanadas, como ha pasado el día  
de ayer, y está pasando el de hoy, como todo  
aquello que hemos visto. Pero junto a la mansa  
corriente de este río, siempre se alzan ciudades  
nuevas, que aleteantes  
avanzan al encuentro del solemne viaje.*

*Y el barco, algunas veces, hace rumbo a lugares  
que esperan solitarios, deshabitados, algo  
o alguien, que acaso llegue llevado por las olas:  
aquel que sobre el agua ninguna patria tiene...  
Para éstos hay allí ligeros cochecillos  
como troikas, tirados por tres raudos corceles  
que, jadeantes, siempre galopan a poniente  
donde el atíreo camino polvoriento se pierde.*

[18]

*En esta pobre aldea está la última casa  
tan sola como la última casa de este mundo:*

*La calle, que la aldea pequeña no detiene,  
sale despacio, un poco más lejos, a la noche.*

*La diminuta aldea es nada más que un tránsito,  
lleno de susto y de presentimientos,  
entre dos lejanías. Un camino de casas  
es el que allí conduce, en lugar de un sendero.*

*Y aquellos que abandonan la aldea, largamente  
peregrinan, y algunos en el camino mueren.*

[19] *Algunas veces, uno, terminada la cena,  
sale a la noche, y anda, y anda, y anda,  
porque en algún lugar de Oriente hay una iglesia.*

*Y sus hijos le rezan como a un muerto.*

*Y el que ha muerto en su casa sigue viviendo dentro,  
en la copa y la mesa,  
y sus hijos, entonces, son los que salen fuera,  
en busca de esa iglesia que él dejara olvidada.*

[27] *No habrá paz en las casas, tal vez porque uno ha muerto  
y en hombros se lo llevan, tal vez porque algún otro,  
impulsado por íntimo mandato,  
coge el manto y el báculo de peregrino, para  
preguntar en países extranjeros, cuál es  
el camino en que sabe que Tú estás esperando.*

*Los caminos no están nunca vacíos  
de los que quieren ir a Ti como a una rosa  
que florece una vez cada mil años.  
Son una gente oscura, casi no tienen nombre,  
y cuando al fin te alcanzan todos están cansados.*

*Pero yo he presenciado su desfile  
y desde entonces sé que los vientos nos llegan  
del amplio movimiento de sus mantos,  
y se quedan en calma mientras ellos reposan:  
tan grande en la llanura era su paso.*

[29] *Señor, para ir a Ti como un gran séquito,  
ser muchos peregrinos yo quisiera,  
y vibrar como un trozo de tus frondas,  
¡oh jardín de vivientes alamedas!*



*Si marchó así, tal como soy, tan solo,  
¿quién lo sabrá? ¿quién me verá ir a Ti?  
¿A quién podré arrastrar conmigo, a quienes  
conmover en su entraña y convertir?*

*Como si no pasara nada, siguen  
riendo. Y yo también me siento alegre  
de caminar tan solo: así, ninguno  
de aquellos que se ríen podrá verme.*

[34] *Te entierro en noches hondas, oh Tesoro.  
Pues toda la abundancia que he visto con mis ojos,  
no era más que pobreza y sucedáneo mísero  
de tu hermosura, nunca realizada del todo.*

*Pero, hacia Ti, el camino es demasiado largo,  
y como nadie, ha tiempo, lo recorre, se pierde.  
Oh tú estás solo. Soledad tú eres,  
corazón que, hacia hazañas en lontananza, marchas.*

*Y mis manos, que están ensangrentadas  
de cavar tantas fosas, en el viento las alzo,  
para que, abiertas, sean como ramas de un árbol.  
Te respiro, con ellas, y extraigo del espacio,  
como si alguna vez te hubieras estrellado  
en él, con impaciente movimiento, y cayeses  
—tal una suave lluvia primaveral descende—,  
ahora, de nuevo, ingrátido mundo pulverizado,  
sobre la tierra, desde las remotas estrellas.*



EL LIBRO DE LA POBREZA Y DE LA MUERTE

[1] *Voy, tal vez, a través de pesadas montañas,  
en dura veta, a solas, como un gris mineral;  
y tan profundo soy, que no veo ni fin  
ni lejanía: todo se ha tornado cercano,  
y toda cercanía se ha convertido en piedra.*

*Aún no estoy iniciado en el dolor,  
y así, esta gran negrura me hace ser tan pequeño;  
pero si ella eres Tú, hazte pesado y entra,  
para que sea en mí tu mano viva, entera,  
y transcurra yo en Ti con toda mi materia.*

[3] *Hazme Tú el guarda de tus lejanías,  
hazme el escucha de tus piedras  
y deja que se abran largamente mis ojos  
sobre tus mares solos,  
déjame acompañar el paso de tus ríos  
y. libre de los gritos de una y otra ribera,  
sumirme en el lejano sonido de la noche.*

*Envíame a tus tierras despobladas  
por cima de las cuales pasan, anchos, los vientos,  
y donde se levantan inmensos monasterios  
como mantos que cubren vidas nunca vividas.*

*Quiero juntarme allí a los peregrinos,  
sin que ningún engaño  
me aparte de sus voces y figuras,  
y en pos de las pisadas de un pobre anciano ciego  
caminar por la senda que no conoce nadie.*

*Porque las grandes ciudades,  
oh Señor, están perdidas  
y disueltas:  
la mayor de ellas semeja  
una huída ante las llamas,  
y no hay consuelo capaz  
de consolarla, y su escaso  
tiempo se acaba, de prisa.*

*Viven allí los humanos,  
viven mal, difícilmente,  
en habitaciones hondas  
y con gestos asustados  
como medrosos rebaños  
de cabritos; y tu tierra  
vigila y respira, fuera,  
pero ellos ya no son nada,  
no lo saben.*

*Allí, junto a los cristales,  
vegetan niños que siempre  
están en la misma sombra,  
y no saben que las flores  
que están afuera, en el campo,  
les llaman a un día amplio,  
lleno de dicha y de viento;  
y ellos tienen que ser niños,  
y sólo son niños tristes.*

*Allí florecen muchachas  
sobre lo desconocido,  
y ansian, aún, la calma  
de su niñez, pues aquello  
por lo que ardían, no existe,  
y estremecidas, se cierran  
otra vez, y ocultas viven  
en alcobas interiores  
los días de sus entrañas  
de madre decepcionadas,*

*y gimen, sin voluntad,  
en noches largas, y pasan  
los años fríos, sin lucha  
ni fuerza. En la más completa  
oscuridad permanecen  
los lechos de muerte, y sienten  
ganas de acercarse a ellos;  
se van llegando, sin prisa,  
y poco a poco se mueren,  
mueren como encadenadas  
y se van como mendigas...*

[6] *Señor, dale a cada uno, la muerte suya propia.  
Un morir que provenga de aquel vivir sincero  
en el que tuvo amor, sentido y abandono.*

[7] *Porque nosotros somos la corteza y la hoja  
nada más. La gran muerte que cada uno lleva  
dentro de sí, es el fruto  
en derredor del cual todo gravita.*

*Gracias a él, se atreven a cantar las doncellas  
y, como un árbol, del laúd se elevan,  
y los muchachos quieren llegar pronto a ser hombres,  
y las mujeres le hacen confidencias  
a la causa creciente de su angustia  
que ningún otro ha de calmar ya nunca;  
gracias a él, eterno permanece  
lo que hace muchos años habíamos mirado,  
y lo que cada uno formaba y construía,  
se convierte en un mundo que en torno de este fruto  
se enfría y se calienta, y le azota y le alumbra.*

*En él se ha refugiado todo el calor del libre  
corazón, y la blanca claridad del cerebro.  
Mas tus ángeles vuelan cual bandada de pájaros  
que encontrarán todos los frutos verdes.*

[33]      *¿Dónde está aquél que desde sus bienes en el siglo  
se afirmó de tal modo en su pobreza  
que dejó abandonada su ropa en el mercado  
y hacia el brillante Obispo se adelantó desnudo;  
el que era el más amante de todos y el más íntimo,  
el que llegó y vivía como una primavera,  
el hermano moreno para tus ruiseñores,  
en el cual tal asombro, tan pura complacencia,  
y un arrobó tan grande frente a la tierra había?*

*Porque él no era de aquellos cansados para siempre  
que han perdido su gozo, poco a poco;  
a las pequeñas flores, como a hermanos menores,  
andando por la linde del prado, las hablaba.  
Hablabá de sí mismo y de cómo él quería  
ser alegre presencia en cada cosa;  
su claro corazón no terminaba nunca,  
y ante él, lo más humilde no pasaba de largo.*

*Salió desde la luz a luces más profundas  
y su celda se hallaba en el sosiego.  
La sonrisa crecía en su semblante,  
y su niñez duraba, y duraba su historia,  
y como una doncella se tornaba maduro.*

*Cuando él cantaba, hasta el ayer volvía,  
y se hallaba presente lo olvidado,  
y se hacía el silencio por los nidos,  
y sólo el corazón de las hermanas  
que acariciara, fuerte, como un novio, clamaba.*

*De su canción el pólen se desprendía entonces,  
suavemente caía desde su roja boca,  
e iba volando, en sueños, hasta aquellas más fatuas  
de amor, y en las abiertas corolas descendía,  
y en su seno de flores se hundía lentamente.*

*Le acogían a él, immaculado,  
en aquel cuerpo que era el alma de ellas.  
Se cerraban sus ojos, como rosas;  
sus cabellos, de noches de amor estaban llenos.*

*Le acogían a él lo grande y lo pequeño.  
Se acercaban los Angeles a muchos animales,  
a anunciarles el fruto de sus hembras,  
y eran maravillosas mariposas:  
porque todos los seres le habían reconocido  
y gracias a su amor se sentían fecundos.*

*Y al fallecer, tan leve como si no tuviera  
nombre, se hallaba repartido:  
corría en los arroyos su simiente, en los árboles  
su simiente cantaba, y, sosegada, desde  
las flores le veía. El yacía y cantaba.  
Las hermanas vinieron a llorar por su Amado.*

[34]      *¿Dónde está aquél sonido claro, ya disipado,  
cómo es que al Jubiloso y al Joven, no le oyen,  
desde lejos, los pobres que le esperan?*

*¿Cómo es que no aparece en el crepúsculo  
la estrella vespertina de la humana pobreza?*

# L A H O R C A

POR

CAMILO JOSE CELA

*A Luis Galve, que tocó una lluviosa tarde de otoño, "Le gibet", de Ravel.*

**A**H! ce que j'entends, serait-ce la bise nocturne qui glapit, ou le pendu que pousse un soupir sur la fourche patibulaire?

Un hombre marcha, a solas con su miedo, por el campo. Es alto, desgarrado, enflaquecido. Lleva un triste sombrero calado hasta los ojos y una larga bufanda que se le enrosca alrededor del cuello como una maliciosa serpiente en torno al cuerpo de una muchacha.

Anda de prisa; casi espantadamente; sin pararse a mirar dónde pone el pie.

Quizá se encuentre a sí mismo culpable de algún grave pecado. Quizá sea el hombre torvo que presta dinero a los poetas, el hombre airado que fabrica los abortivos, el hombre frenético que come golondrinas, el hombre iracundo que chupa la sangre a los niños.

\*

Es de noche y el aire frío corta su jadeante respirar.

Va duramente inclinado hacia el suelo, oculto el rostro a la pálida y breve luna que de vez en vez se deja contemplar sobre las nubes.

Tiene todo el aspecto de llevar ya muchas horas caminando. Nada distrae su paso de vagabundo decidido, su andar huidizo de hombre que lleva una brújula rota dentro del corazón.

Un extraño rumor cruza la noche. Viene oyéndose ya desde hace tiempo, tan distante como confuso, tan tenue como vago-roso.

El hombre que pisa los sembrados y los tiernos brotes de las vidas que la noche oculta, hace ligeros, raros movimientos con la cabeza.

Aún no ha oído nada. Aún están informes, repentinos, colgados de las quejosas ramas los rumores.

Y unos pasos más allá...

¿Qué es eso?

El hombre duda, hace un alto en su marcha.

—¡Ah! ¿Qué es eso?... ¿Qué oigo?

Al hombre le tiembla la voz en la garganta. Siempre fué tenido por un hombre valeroso, por un hombre sin miedo.

El rumor se hace distinto, se aclara su voz de misterio.

—¿Será que aúlla el cierzo de la noche?

La luna rasga, un breve instante, su lecho de nubes, y se descubren, de pronto, raras figuraciones.

—¿Será el último suspiro de un hombre en la horca?

*Serait-ce quelque grillon qui chante tapi dans la mousse et le lierre stérile dont par pitié se chausse le bois?*

Pero el campo parece muerto, frío, deshabitado. El campo desvelado como un pecho desierto, estéril como los ojos de la sangre, sobrecogedor.



Hay ruinas por las que sopla cruelmente el viento, a quienes la noche hace sonar a veces como tímidas flautas u ocarinas lejanas: con dulzura, casi cadenciosamente.

El ciego lagarto que colecciona bucles de muchacha se refugia estremecido bajo el musgoso plinto, y el murciélago volador que dibuja difíciles geometrías, roza con el aliento todos los capiteles.

Un instante tan sólo, esto piensa el hombre torvo —quizá el duro corazón que presta dinero a los poetas—, el hombre airado que fabrica los abortivos para sonreír—, el hombre frenético —que derriba golondrinas con la mirada—, el hombre iracundo —quizá las fauces aún rojas de sangre— que cruza el campo con miedo y con remordimiento como todos cruzamos, con la mirada baja y vergonzosa, cuando nos vigila esa mano próxima a ser robada y que nos dice adiós, inciertamente, desde la popa del buque que se aleja.

Pero hay musgosas sendas que transforman la roca en almohada, y piadosas y estériles hiedras que arropan al bosque como a un inmenso cachorro recién nacido.

El hombre ofrece largos años de vida al familiar diablejo que soborna las brumas; pero el ulular remoto, como de loba parida, que entreoye su imaginación, sigue arrastrándose sobre el lejano horizonte.

El silencio de la noche toma ruidoso cuerpo de insecto enloquecido.

—¿Será el canto de un grillo oculto bajo el musgo, bajo la hiedra estéril que, piadosamente, vive sobre el bosque?

*Serait-ce quelque mouche en chasse sonnante du cor autour de ces oreilles sourdes à la fanfare des hallali?*

Suena la tierra como un dragón en guerra con todos los dragones sobre la más ligera arena de las playas marinas.



El hombre que tropieza y se levanta como una estrella escapada, antes de la Creación, por el ámbito que todavía no fuera el universo, siente estallar su pulso apresurado por la vena que nutre al corazón.

Veloces, tiernos ciervos adolescentes cruzan en tropel por la ciudad dormida, adormecida.

El océano adonde afluyen, como inocentes ríos, todas las maldiciones, amenaza con anegar las cumbres de las altas montañas —aquéllas donde el aire es aún piedra por última vez— desde las que un Noé, piloto de un globo cautivo, mira tristemente para la cuerda cuyo último extremo sumergido delata aquella cálida tierra que, una vez más, se hundió.

La libélula que vendrá volando desde los lejanos astros cuando sea llegada la hora en que todos los niños tengan que morir en cariñosas posturas de gacela que va a ser madre por primera vez, comenzó a rondar sobre la abrumada cabeza del hombre que mira para la senda que no ve, olvidado de la misericordia.

El rumor sigue viviendo como un dolor clavado dentro del corazón, y el hombre busca con sus difusos dedos ateridos cuál puede ser el último, levísimo calor que de sus carnes se desprenda.

—¿Será algún moscardón cazador que con su trompa toque sones de caza alrededor de esos oídos ya sordos?

Pero... ¿De qué sordos oídos?

*Serait-ce quelque escarbot qui cueille en son vol inégal un cheveu sanglant à son crâne chauve? Ou bien serait-ce quelques araignés qui brodent une demi-aune de mousseline pour cravate à ce col étranglé?*

Un cráneo pelado de cuyo sanguinolento cabello pende un escarabajo.

Esa fué la maldad que se castiga.

Una nube de arañas hilanderas trabaja sin descanso en la mortaja.

*Why write I still all one, ever the same,  
And keep invention in a noted weed,  
That every word doth almost tell my name,  
Showing their birth, and where they did proceed?*

¿Será que todas las furias de todas las cavernas...?

¿Será que todos los animales venenosos de los dos planetas que quedan más allá de la órbita de Saturno...?

¿Será que esas hierbas de delicados y armoniosos colores que diezman los sembrados...?

¿Será ese niño que juega con las reliquias de sus antepasados...?

¿Será ese escarabajo gimnasta...?

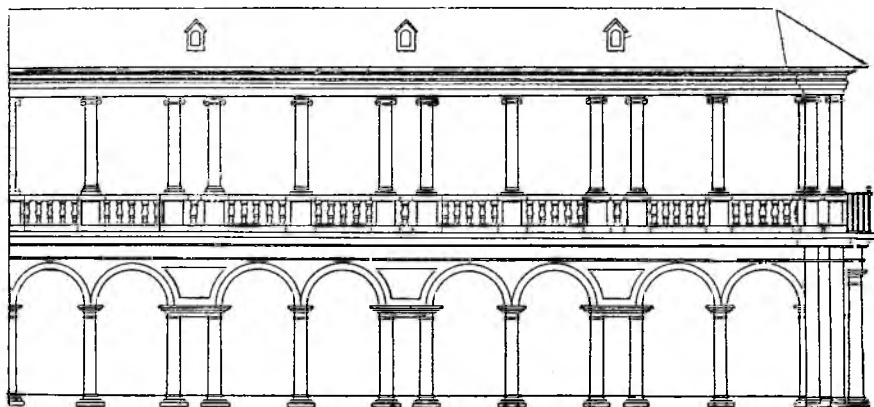
¿Será la araña que teje corbatas de muselina...?

No. El hombre llega a tocar la muerte con las manos.

La luna rasga, un breve instante, su lecho de nubes, y se descubren, de pronto, concretas, extrañas evidencias.

Una campana, en los muros de una lejana ciudad que el alba descubre allá en el horizonte, tañe quejumbrosamente al viento. Y los huesos de un ahorcado enrojecen, casi soberbios, a cada puesta de sol.





## *Notas y Libros*

**NOTAS:** *En la muerte del gran amigo de España D. José de la Riva Agüero*, por Pedro Mourlane Michelena; *El «Don Juan» y una venganza de Goldoni*, por Carlo Consiglio; *Doña Ana Girón de Rebolledo, musa y editora de Boscán*, por Carola Reig; *La razón poética del Capitán Aldana*, por Pedro de Lorenzo.—**LIBROS:** *Pío Baroja, 1944*, por J. L. Gómez Tello, y otros libros.



## NOTAS

### EN LA MUERTE DEL GRAN AMIGO DE ESPAÑA DON JOSE DE LA RIVA AGÜERO

**E**N la iglesia de Monserrat, de Madrid, reposa desde que murió Salazar y Castro, príncipe de los genealogistas españoles. Asistimos en ella, hace días, a las exequias por el alma de D. José de la Riva Agüero, Marqués de Montealegre de Aulestia, que ha cerrado los ojos para siempre en Lima. El Ministro de Educación Nacional D. José Ibáñez Martín presidía estos funerales que la Embajada del Perú y D. Miguel Lasso de la Vega, Marqués del Saltillo, dispusieron. Al salir de la iglesia recordamos nuestras conversaciones últimas con Riva Agüero, en quien linaje, don de creación y doctrina aleccionaban juntos. Legado de cuarenta y dos virreyes o simple privilegio usa Lima de su hospitalidad como pocas ciudades del orbe. Quien redescubra allí como nosotros la cortesía no lo olvidará, aunque cumpla cien años. Horas antes de nuestro regreso D. José de la Riva Agüero, juntamente con nuestro Embajador en Lima, D. Pablo Churruca, Marqués de Aycinena, firmaba el acta de traslado del corazón de D. Pedro Antonio Fernández de Castro, Conde de Lemos, décimonono Virrey del Perú, desde la iglesia del Colegio Máximo, hoy iglesia de San Pedro, al altar de su antepasado San Francisco de Borja. Quiso el historiador del Perú que firmasen también el acta los viajeros españoles, y eso más le deben.

Dos días después de la Navidad nos contaba Riva Agüero, en el Callao, cómo Humboldt, tras de observar desde el Real Felipe el paso de Mercurio, rectificó la longitud de Lima. En esta ciudad, que era y sigue siendo la Alejandría del Pacífico, recibió en noviembre de 1802 la *Mecánica Celeste*, de Laplace. "Había llegado el naturalista el 23 de octubre —nos recordaba D. José— y el día de Navidad embarcó

en la fragata "Castro" con el teniente de navío D. José de la Moraleda. El 5 de enero, víspera de Reyes, estaba ya en Guayaquil, donde se detuvo un mes para oír, no para ver, un volcán, el Cotopaxi. Otra fragata, la "Orue", se lo llevó en viaje largo a Acapulco. No le sorprenda que llame a su ciudad la Alejandría del mar del Sur. Hubo un tiempo en que Lima vió en sus calles, entre españoles de la metrópoli y entre criollos, marinos griegos e italianos, mercaderes de Flandes o quizá tudescos, y aun judíos de Portugal, aparte de los súbditos de Inglaterra, que precedían aquí a los corsarios. Pensando en esta confusión de razas escribí que en Lima fué entonces hermana, aunque menor de Goa y rival de México. Desde fines del XVI rodaron en la capital, a la vez que los coches del virrey o del arzobispo, otros de conquistadores como Ribera, el viejo, según se sabe por una cláusula del testamento de su viuda, D.<sup>a</sup> Elvira Dávalos. Los que no tenían coche iban a la gineta, con mucho acompañamiento de criados y pajes. Lima fué una Goa menor, pero también dorada. Estuvo poco tiempo en ella, siglos después, el Barón Alejandro Humboldt, pera traía cartas del Virrey de Nueva Granada, D. Pedro de Mendinueta, para el del Perú D. Gabriel de Avilés, y conoció a muchas gentes, sin contar a su compatriota el Barón de Nordenflichd, que dirigía una Comisión metalúrgica."

A más de cien personas de entonces nos nombró con su memoria sin par Riva Agüero. Como Avilés, veinte años antes de la llegada del Barón de Humboldt y del botánico de La Rochela, Bomplad, había casado con una limeña, D.<sup>a</sup> Mercedes del Risco, viuda del Marqués de Santa Rosa, el historiador no se abstuvo de referir pormenores de la boda. Hemos conocido grandes conversadores, pero ninguno que reanimase el pasado con la fidelidad y con el toque rigurosamente mágico del Marqués de Montealegre de Aulestia.

Otro recuerdo: Estuvimos en la Embajada española cuando Aycinena le impuso en nombre del Gobierno de Franco las insignias de la Gran Cruz del Yugo y las Flechas. A las palabras del Embajador, y a sus consideraciones sobre el emblema de la Orden, contestó el agasajado con conceptos que eran bronce conmemorativo como también ejemplaridad y poesía. "El haz y el yugo, afirmó, significan para quienquiera que no cierre obstinado los ojos a la buena fe y a la verdad un mero vínculo y una mancomunidad de ideas, sentimientos y carácter que forma la base subestatal de una civilización. Su ausencia,

o siquiera su enflaquecimiento traería consigo de modo infalible la mengua, la orfandad o la bastardía afrentosa de lo que constituye la propia personalidad étnica. Nuestras obligaciones inmediatas, sin duda, que son ante todo para con el Perú como país autónomo, de veras independiente, y en virtud de íntima y lógica consecuencia somos siempre los hispanófilos quienes velamos con más celo por los específicos derechos de nuestra Patria." Seguían estas palabras nobilísimas a otras con que el propio Riva Agüero contestó a D. Raúl Porras Barrenechea, el mejor de los historiadores de Pizarro en la Academia Peruana de la Lengua, correspondiente a la Española. Tres corrientes dentro de la historiografía peruana deforman la figura de Pizarro y falsean los hechos de la conquista. Nace la primera, naturalmente, con la *Destrucción de las Indias*, del Padre Las Casas, a quien informaba Niza, el que inventó el Dorado de Cibola en México. No estuvo Niza en Cajamarca ni pudo conocer al fundador, y en cuanto a los textos de Las Casas si no han pasado aún por el índice expurgatorio no se salvan ni allí ni aquí de revisiones severas. Los investigadores han allanado clausuras y han visto por dentro el paraíso de Atahualpa y de sus indios desnudos, éstos que Las Casas compadecía demasiado. ¿Desnudos? Las Crónicas de Mena y las de Xerez describen las libreas azules y ajedrezadas de rojo y blanco de los soldados del Inca y los atavíos de cumbí, que es seda del Cuzco, del hijo del Sol. Años después, con todo, plañe Manco Serra de Leguizano la suerte de los vencidos, a quienes elogia en su testamento para que el Rey Felipe lo sepa. No menos que Las Casas han deformado la verdad los historiadores anglosajones como Robertson, aunque algunos, y entre ellos Helps y Markham admiren en Pizarro el denuedo que lo osa todo. De la familia de Helps era el que dijo de nuestro Quijote "cuánta realceza en cada discurso, cuánta realceza en cada lanzada". Pero hay debajo de esa lisonja un no se sabe qué que nos obliga a caer en guardia. Los hidalgos del Siglo de Oro, para Markham, hacen siempre la justicia y la limosna desde el caballo. Ese empaque les sienta como una armadura de museo y lo mejor es restituirla.

La tercera corriente que deforma a Pizarro es la de los indigenistas del Perú, que se acogen al patrocinio de Garcilaso, el Inca de los *Comentarios Reales*. Ese es el primer escritor del Perú y no es difícil que debamos el embeleso que en su prosa nos deja al mestizaje real que actúa como un filtro. No hay cofre de sándalo como ese libro, del que



se exhala un ayer en el que todo es enigma. Estuvimos en la casa en que Garcilaso oyó, de labios de su tío-abuelo, el Inca Cusi Hualpa Tupac, la historia de la fundación del Cuzco. Nadie ignora que el Lago Titijaca, que está en los confines meridionales del Perú, a los 17° de latitud austral, es el lecho nupcial del sol y de la luna, y que de tan celeste himeneo nacen los fundadores del Cuzco. Releámos en la Imperial Ciudad, y en el capítulo VIII aquello: "Porque el Cuzco, en su imperio, fué otra Roma en el suyo, y así se puede cotejar la una con la otra, porque se asemejan en las cosas más generosas que tuvieron." Este es un escritor de los de nuestra cuerda, y nadie le ha sostenido como Riva Agüero; pero es justo que Raúl Porras prefiera la versión del Imperio incaico de Sarmiento de Gamboa, el de la *Historia Indica* a la de los *Comentarios Reales*. Lo que le importa a nuestro amigo es que el espíritu de América no se desvíe de las vías de la hispanidad, "sagrada e irrevocable". De ahí que compulse los textos de Sarmiento en las Crónicas de los soldados mismos de Pizarro, escritas unas a raíz de los sucesos, y otras años después: las de Miguel de Estete, que arranca la borla de la frente de Atahualpa y traza sus notas sobre la silla misma de su cabalgadura en el viaje a Pachacamac, mientras los indios ponen herrajes de plata a sus potros; la de Cristóbal de Mena, que escribe en la nave que conduce a España el botín de oro del Inca; la de Xerez, que apunta lo que acaece estando con una pierna entablillada en la sala en que está prisionero el hijo del Sol, y se cuentan las planchas del rescate; las de Pero Sancho, Ruiz de Arce y tantos más. En la disertación de Porras Barrenechea, tres capítulos, Pizarro y Atahualpa, Pizarro y Almagro, Pizarro y Cortés, restituyen al conquistador la grandeza que las tres corrientes socavan. El gran extremeño, tallado en el pedernal que tiene dentro la centella, no se deja despojar de lo suyo, y con esto pasa la estatura a otros capitanes. A Cortés, a Belalcázar, a Jiménez de Quesada les quitan la presa de las manos, cuando no el decoro de ese gran castillo que era en ellos la cabeza. Decía bien el historiador de la Academia Peruana de la Lengua. Pizarro no admite las mojigangas residenciales de Berlanga y los despide con buenas maneras a Panamá. Pero si Pizarro hubiese decapitado al jefe como traidor al Rey, según hizo con Almagro, no se habría dejado empapelar por su oidor de pacotilla como el que condenó a muerte a Benalcázar, ni habría aceptado, como Jiménez de Quesada, una triste plaza de regidor en ninguna de las ciudades por

él fundadas. O gobernador o muerto, tal es su dilema. Francisco Pizarro es la figura más arrogante de la conquista de América y el fundador por antonomasia. El hace el Perú y lo que vale más, la unidad del Perú al romper los cercos de insidias y ganar para su gobierno el Cuzco, Arequipa, El Lazo, Moquegua y Tacna, y-al disponer expediciones que entran por el norte, el centro y el sur del país hasta dar con la Amazonia. El promueve la unión de dos razas y prepara esa síntesis que en el orden político es la peruanidad, en la que España ha dejado abolengo, idioma, religión, leyes y costumbres. Pizarro procrea para empezar cuatro vástagos mestizos, únicos descendientes suyos "que funden en el amor la sangre de Extremadura y la de los incas". De su conquista arrancan las grandes empresas que descubren todo el resto del Continente sudamericano. Ha fundado, además de Lima y del segundo Cuzco, 20 ciudades más en los Andes y en la Costa del Pacífico, y, en suma, el milagro hispánico de la América del Sur, que aún reza a Jesucristo y aun habla español.

D. José de la Riva Agüero iba en este punto más lejos que nosotros. Llamaba a Pizarro "el férreo y venerable abuelo del moderno Perú, el soldado y fiel discípulo del Gran Capitán, el émulo en proezas y vencedor en persistencia de Hernán Cortés y de Alburquerque; en fin, el Alejandro anciano de la expansión española, constructor inolvidable de esa Alejandría del Pacífico que fué y es Lima, y de tantas ciudades peruanas". Y para apoyar su culto a España el Marqués de Montealegre de Aulestia reiteraba sus afirmaciones de siempre. Firme en su puesto, y más al ser Ministro en su Patria, estuvo siempre y lo está, ya que los muertos como él no mueren del todo. No cien ni mil, sino más linajes estudió Riva Agüero. La genealogía fué para nuestro amigo brega antes que juego, y pugna antes que ocio. La relación de peruanos con ascendencia en Santander, por ejemplo, nutre cien páginas en la obra *el Perú histórico y artístico*. Ya a fines del XVII el Conde de la Granja, en el canto duodécimo de un poema suyo, elogia a los apellidos peruanos, de los que muchos, Calderones o Agüeros, Maroquines o Rivas, Navamueles o Bravos de Laguna, Polancos o Espinas y otros son montañeses. Pero Riva Agüeros, oriundos de Santander, ganan dignidades no solamente en el Perú virreinal, sino además en el Perú republicano. D. José de la Riva Agüero se llama allí el primer Presidente de la República, antes Coronel y luego Mariscal. Pues este Presidente es el bisabuelo del historiador cuya muerte nos con-

trista. Hijo del Coronel y de la Princesa Carolina Arnoldina de Looz Corswaren es otro José de la Riva Agüero, de la carrera diplomática y Presidente del Senado, a quien continúa D. Carlos, que casa con D.<sup>a</sup> María de los Dolores de Osma y Sancho Dávila, de la que tiene a nuestro escritor. Y pues la radio nos limita los minutos, y hace bien, no aludiremos sino sumariamente a la obra del ex Ministro. Data de 1910 el libro de Riva Agüero *La Historia en el Perú*. No repujes ni damasquines la pluma, aconsejamos siempre; con que caigan de ella unas gotas de luz ya es bastante. En la *Historia del Perú* lucha el autor para domesticar las palabras y uncirlas a su yugo. Se ve el esfuerzo, pero es sabiduría la que busca, ahí diafanidad y contorno puro. ¿Quién no relee e invita a leer esas páginas sobre los conventos de Lima o sobre la Universidad de San Marcos, cuya colación de grados doctorales se suma un tiempo a besamanos, procesiones, desfiles, cabalgatas, iluminaciones y corridas de toros? En el Perú histórico y artístico, “nueve años después, y ya en su *Goethe*, en *Alcalde de Lima* D. Nicolás Ribera el viejo y su posteridad, en *Civilización peruana, época prehispánica* y en muchos de los opúsculos de los dos tomos *Por la verdad, la tradición y la Patria*, algunos tan perdurables como el discurso de la Universidad sobre el “Inca Garcilaso”, o el Centenario del Cuzco Español, o el ensayo sobre el Padre Diego de Ojeda, o el otro sobre Felipe y Manuel Pardo, el idioma de Riva Agüero nos gana por su dignidad, por su temple polémico, y ese saber que es como el resplandor de la sangre misma. Otro día hablaremos de las letras en el Perú y sus nexos con las letras de América. Hoy no autoriza el tiempo más. Terminemos. Nos preguntó un día Rivero Agüero: “Dígame algún pasaje de los *Comentarios Reales* que le haga pensar.” Le recordamos éste de cuatro líneas: “Esta figura del sol (el enorme disco de oro del Coricancha del Cuzco) cupo en suerte cuando los españoles entraron en aquella ciudad a un hombre noble y conquistador de los primeros llamado Manco Serra de Leguizano que yo conocí y dejé vivo cuando me vine a España, gran jugador de todos los juegos, que con ser tan grande la imagen la jugó y la perdió en una noche.” Sí, agregamos por nuestra cuenta; pero donde antes el disco de oro, resplandecía después, y cuán gloriosamente la Sagrada Forma.

Es verdad, nos dijo Riva Agüero, él que preciaba tan alto la religión, el idioma, la ley, la casta y las costumbres que les llevamos. Mu-

cho nos dió también el Perú, la nación nobilísima a la que en la muerte de D. José de la Riva Agüero, uno de sus grandes hijos, rogamos que acepte la expresión de nuestro pesar.—PEDRO MOURLANE MICHELENA.

(Leído en la Radio Nacional días después de la muerte del gran amigo de España.)

## EL "DON JUAN" Y UNA VENGANZA DE GOLDONI

**L**A fortuna del *Burlador de Sevilla* y de la leyenda de Don Juan en el mundo ha sido objeto de profundos y vastos estudios por parte de eruditos de todas las naciones (1). Italia, que en los siglos XVII y XVIII estaba unida a España por tantos y tantos lazos políticos y culturales, tuvo, como es natural, conocimiento muy pronto de la afortunada comedia de Tirso (2).

(1) Sería ocioso querer dar aquí una idea bibliográfica completa sobre el particular. Nos contentamos con señalar, sobre la difusión de la leyenda de Don Juan en el mundo, las obras de A. Farinelli, *Don Giovanni. Note critiche*, Torino, 1896; de G. Gendarme de Bévette, *La légende de Don Juan*, París, 1906-1911, y el prólogo de J. Fastenrath a su traducción del *Don Juan* de Zorrilla (Leipzig, 1898), donde se encuentran también amplias informaciones bibliográficas.

Por lo que se refiere a Italia, son conocidos los siguientes estudios:

L. Costanzo: «Don Giovanni Tenorio nel teatro italiano e romeno». Napoli, s. f.

F. de Simone Brouwer: «Don Giovanni nella poesia e nell'arte musicale», Napoli, 1894.

F. de Simone Brouwer: «Ancora Don Giovanni». *Rassegna critica della lett. it.*, II, 1900, y la reseña de A. Farinelli en *Rev. crít. de hist. y lit. españolas, portuguesas e hispanoamericanas*, I, 1895.

A. Farinelli: «Cuatro palabras sobre Don Juan y la literatura donjuanesca del porvenir». *Homen. a Men, Pelayo*, 1899, I, pág. 205; ahora en *Divagaciones hispánicas*, t. II, pág. 215. Barcelona, 1936.

F. Fuá: «Don Giovanni attraverso le letterature spagnuola e italiana». Torino, 1921.

A. Gabrielli: «Don Giovanni Tenorio», en *Fanfulla della Domenica*, XXXIII, 1941, núm. 49.

L. Maranini: «Morte e commedia di Don Juan». Bologna, 1937.

A. Monteverdi: «Lo scenario italiano *Il convitato di pietra*». *Studi di Fil. Rom.* 1913-VI.

C. de Lollis: «L'autore del *Don Giovanni*». *Nuova Cultura*, II, 1923.

(2) Se sabe que hacia la mitad del siglo XVII Giliberto adaptó la comedia española

Una gran parte del teatro italiano del siglo xvii nos es hoy desconocida, dado que el mayor número de espectáculos pertenecían a la llamada "Commedia dell'Arte", en la que faltaba un verdadero texto literario escrito, que era sustituido por una breve trama —"soggetto"— en la que se indicaba sumariamente la acción a desarrollar. Pero esto no obstante, de las colecciones de "soggetti" que poseemos (3) es fácil inferir que muchas veces el argumento de tales tramas era sacado del triunfal teatro español de la edad de oro. Que el *Burlador* de Tirso, precisamente en su edición original, era conocido a los cómicos del Arte lo sabemos con certeza desde que Giannina Spellanzon publicó en la *Revista de Filología Española* el "Scenari" italiano *Il convitato di pietra* (4). Un cotejo atento entre este "soggetto" y la obra original muestra claramente que el texto español ha servido de segura base al refundidor italiano. Los personajes principales de Tirso figuran todos y con los mismos nombres en la trama del *Convitato*. Solamente faltan las figuras de Don Diego Tenorio y del Marqués de la Mota. El importante papel de este último en sus amores con Doña Ana de Ulloa recae sobre el Duque Ottavio, que viene a ser por esto en el "soggetto" víctima de un doble engaño por parte de Don Juan. También el argumento está fielmente reproducido, hasta el punto de repetir incluso las loas de Lisboa, que en realidad no habrían de ofrecer excesivo interés para los espectadores italianos. Alguna ligera modificación viene exigida por la ya apuntada supresión de los dos personajes y un toque de espectacular dramatismo se añadió al final del primer acto con el ahogamiento voluntario de Tisbea, que por esto, naturalmente, no reaparece más en escena. Hasta el orden en que las escenas se suceden

---

a la escena italiana con el título *Il convitato di pietra*, pero la obra se ha perdido. Se conoce, en cambio, con el mismo título, una adaptación análoga de C. A. Cicognini, el gran importador del teatro español en la escena italiana (sobre el cual, v. G. Gobbi, Roma, 1932; R. Verde, Catania, 1912; A. Farinelli, en *Deutsche Literaturzeitung*, 1909; B. Croce, en *Miscellanea in on. di A. Rubió y Lluch*, Barcelona 1936, I, 419).

(3) A. Bartoli: «Scenari inediti della commedia dell'Arte». Firenze-Sansoni, 1880. B. Croce: «Una nuova raccolta di scenari», en *Giorn. Stor. della lett. it.*, XXIX. Para las colecciones menores, v. J. Sanesi: *La Commedia*, II vol., pág. 685. Milano, 1935.

(4) *R. F. E.*, t. XII, 1925, cuaderno 4.º No es posible precisar si este «scenari» es anterior o posterior a las comedias de Giliberto y Cicognini. Como quiera que sea, también éste ha sido escrito hacia la mitad del siglo xvii. Por algunos elementos me inclino a creer que no debe derivar de la adaptación de Cicognini, como pensaban también Croce y De Simone Brouwer (*ob. cit.*).

está casi íntegramente respetado con ligeras alteraciones. Las mayores novedades del "scenarió" son debidas a los personajes y a las escenas cómicas añadidas o hechas cómicas alterando en parte el original. Es cierto que "Catalinón" es el personaje cómico del *Burlador*, pero es evidente que el "Pollicinella" (5) que le corresponde en la adaptación italiana lo superaba en bufonería en las palabras y, sobre todo, en los gestos. Aunque no supiésemos nada acerca de los extraordinarios efectos cómicos que se obtenían por los actores en estas comedias improvisadas, con sólo pensar que el criado es una "máscara", y por añadidura comicísima (6), y leer el "scenarió", nos convenceremos de que en la Comedia del Arte estos personajes cómicos tenían un enorme relieve. Cuando a la fuga de Don Juan en la primera escena del acto primero sigue su bajada por el balcón, con relativo cambio de escena, Pollicinella, que lo espera durmiendo, no reconoce inmediatamente a su señor y se entabla un duelo en la oscuridad, que debía ciertamente resultar rico en efectos cómicos. Especiales monólogos, diálogos o pantomimas burlescas, que se llamaban "lazzi", vienen indicadas en varios puntos del "scenarió" entre Pollicinella y los otros personajes cómicos. En otros lugares se señalan algunas típicas escenas cómicas que debían ser ya tradicionales en esta clase de espectáculos y que se repetían más o menos en cualquier comedia. Es significativa también la instrucción escénica que acompañaba a la famosa cena de Don Juan con la estatua del Comendador, a la que asiste el criado: "Pollicinella ne dice molte." Asimismo, Coviello, que como criado del Duque Octavio corresponde a Ripio, debía de ser un personaje cómico y también en máscara. En máscara igualmente el Dottore y Tartaglia, este último padre de Rosetta (el Aminta del "scenarió"), y que también tienen

---

(5) La redacción del «Scenarió» publicado por la Spellanzon está destinado a los teatros de Nápoles, y por esto encontramos en él las «máscaras» napolitanas de *Pollicinella*, *Coviello* y *Pozzolano*. Más adelante veremos que en la redacción veneciana del mismo «Scenarió», conocida por Goldoni, Arlecchino sustituía al típico criado napolitano.

(6) He aquí la descripción que de esta «máscara» hace Moratín en su «Viaje a Italia»: «*Pulcinella* es un personaje rústico, que siempre hace papel de criado: habla en napolitano; su traje consiste en un gran camisón ceñido por la cintura, unos calzoncillos que le llegan hasta los pies, una media máscara negra con disforme nariz y un gorro de figura cónica, blanco.» (Moratín, *Ob. Post.*, I, pág. 397.) Allí puede leerse también una descripción de *Tartaglia*.



funciones cómicas. En máscara probablemente, y con seguridad personaje cómico, Pozzolano, en el que aparece burlescamente transformado el patético y dulce Patricio de la comedia española.

Por todo cuanto queda dicho es posible, sin más, llegar a la conclusión de que la comedia de Tirso suministra en todo y por todo la trama esencial para el "scenari" napolitano, en el que solamente se introdujeron aquellas modificaciones externas y formales necesarias para adaptarla al público popularísimo ante el que aquellas comedias "a soggetto" eran representadas. Lo que quiere decir que no sólo influía sobre aquellos, en general, poco escrupulosos adaptadores el hechizo de la leyenda de Tirso, sino que la comedia original se imponía también con su sólida y orgánica construcción escénica. Y es de creer que esta fidelidad al original se conservase durante mucho tiempo cuando en la época en que Goldoni concibió su *Don Giovanni Tenorio* el "scenari" debía permanecer casi inmutable.

De todas maneras, constante se mantenía el éxito de la obra, según Goldoni mismo cuenta (7), maravillándose de que una tan "mauvaise pièce" se pudiese sostener durante tanto tiempo y atraer siempre en multitud a los espectadores. Los mismos actores maravillábanse de ello, hasta el punto de haber dicho alguno que el autor debía tener hecho pacto con el diablo.

Goldoni, que, pese a lo que quiere hacernos creer en sus Memorias, no tenía aún por aquel tiempo ningún especial proyecto de reforma sino que se contentaba, como todos los autores teatrales al servicio de las compañías, con secundar el gusto del público y las exigencias de los actores, "no se desdeñó de repetirla", como dice Moratín (8). Pero él tuvo presente, más que los "scenari" italianos, las obras de Molière y de Tomas Corneille. Dudo, en cambio, que conociese el original de Tirso, que él no cita. De los textos de Molière y de Corneille extrajo Goldoni el nuevo aspecto que el gran comediógrafo francés había dado a la leyenda dramática. Don Juan no era ya el "burlador", el caballero que "tenía brío y corazón en las carnes", sino un verdadero cortesano, cínico, escéptico, divertido, hipócrita (9). Sus

---

(7) C. Goldoni: *Mémoires*. Chap. XXXIX de la Première partie.

(8) Moratín: *Obras*, t. II, parte I, pág. vi.

(9) Léase el agudo análisis que hace del personaje de Molière G. Gabetti en la *Enciclopedia italiana* bajo la voz «Don Giovanni».

hazañas, entrando en la crónica mundana, perdían aquella unidad y complejidad espiritual que en la tragedia española las coloca sobre una única línea que va desde la primera escena hasta la catástrofe ineluctable. Su figura, ganando en extensión, perdía en intensidad.

Ni siquiera la persistencia del elemento fantástico y religioso en la tradición popular llegó a influir sobre Goldoni. Y fué la suya una comedia como aquellas francesas, en las que el modelo de Tirso suministraba solamente la trama o, menos aún, la ocasión, el pretexto.

La gran novedad de Goldoni consistió, por el contrario, en la adición de un episodio especial, que debía divertir a los espectadores no sólo con la propia natural comicidad, sino también con ciertas alusiones a hechos reales acaecidos en la compañía y que eran conocidos del público.

El escritor veneciano era por aquel entonces secretario de la compañía Ismer. Primera "tiple" y "soubrette" de la misma era la excelente actriz napolitana Elisabetta Moreri D'Afflisio, apodada "Passalacqua"; primer galán el paduano Vitalba, joven apuesto y "damerino di professione". Como es natural, las actrices rivalizaban en conquistarse las simpatías del autor, de cuya benevolencia esperaban obtener papeles de seguro éxito. Goldoni había estado algún tiempo enamorado de la segunda actriz, señora Ferramonti, y muerta ésta de parto, dirigió sus atenciones hacia la joven esposa del viejo violinista de la compañía. Pero la "Passalacqua", que deseaba de Goldoni una obra de gran lucimiento personal, no toleró este segundo amorío goldoniano. No fué difícil, naturalmente, para la bella y sobre todo experta actriz conquistar el corazón del joven escritor. Todo el episodio de la conquista nos es referido por Goldoni en las Memorias. Mas poco tiempo después, Goldoni no tardó en apercibirse de que el galán Vitalba, encaprichado por la "Passalacqua", dividía con él los derechos sobre aquel tierno corazón. Se indignó y dejó de frecuentarla. Una carta desesperada de la actriz le obligó a visitarla de nuevo, y ella, en una escena patética, en la que amenazó hasta con suicidarse hundiéndose un estilete en el corazón, consiguió obtener su perdón y reconquistar su amor. Pero no duró mucho... Amigos piadosos se apresuraron a informar a Goldoni de que Madame "Passalacqua" y Vitalba no sólo se reunían aún, sino que se burlaban de él por su credulidad.

Y he aquí cómo nació en el poeta una extraña idea de venganza. El episodio de Aminta, Patricio y Don Juan (que, como hemos visto,



se había ya convertido en cómico en la Comedia del Arte) le servirá perfectamente. Un intermedio inserto a propósito entre los personajes de Elisa (la "Passalacqua" se llamaba Elisabetta) y Carino (el nombre de bautismo de Goldoni era Carlo) reproducirá fielmente las dos escenas que el escritor ha narrado en sus Memorias. El público, al que había llegado noticia de lo sucedido, reirá a más no poder y conocerá las malicias de la "Passalacqua" (10). Naturalmente, reconociéndose la actriz en el personaje de Elisa, protestó ante el director de la compañía y ante el propietario del teatro, pero éstos, que estaban de acuerdo con el autor, insistieron para que representase su papel. Terminó ella por resignarse, y lo hizo tan a la perfección, que, según afirma Goldoni, la anécdota aseguró el éxito de la obra.

Esta afirmación podría parecer ambiciosa; pero tiene ciertamente un fundamento de verdad: no, entiéndase bien, por el motivo que ofrece el autor mismo diciendo que el público prefirió el cómico razonado al cómico trivial. Los motivos eran otros: el mundo teatral de Venecia era por aquel tiempo una gran fragua de chismorreos; la vida íntima de los actores era conocida públicamente; cada alusión a ella hecha sobre la escena debía ser un festejo y objeto de público regocijo y de murmuraciones sin fin. Por esto quizá, y en gracia al pizante episodio, el público aceptó también de buen grado el *Don Giovanni Tenorio* de Goldoni, que en realidad gustó poco. El autor mismo no trata de ocultarlo. Creyó principalmente que la supresión de Arlecchino y de las bufonerías a su cargo desorientaron a los espectadores. Mas nosotros creemos otra cosa. Nos parece evidente que en un teatro de tipo popular cual era aquel para el que Goldoni escribía, no sólo el elemento cómico, sino también y sobre todo el fantástico y religioso del *Burlador* había constituido el éxito constante de la obra. El comediógrafo veneciano, al seguir, en lugar del modelo tradicional de Don Juan y de su leyenda, el del disfraz francés, no advirtió que el personaje se vaciaba de aquel calor humano capaz de suscitar el entusiasmo de los espectadores. Esclavo de los absurdos prejuicios de su tiempo (también Moratín pensaba lo mismo), no comprendió la trá-

---

(10) Queremos hacer constar que también Goldoni, y principalmente él, salía bastante mal parado en la publicidad del asunto; pero las ideas de moral de Goldoni, de su tiempo y del ambiente en que vivía, no eran muy sólidas, y su intención era, sobre todas las cosas, burlarse de la actriz.

gica fascinación que exhalaba la escena del convite, y la suprimió. El creía así, de buena fe, "de tenir parole au diable avec un peu plus de decence". Pero el público no se lo concedió. La comedia fué en su complejo un fracaso.

Y el público tenía razón. Y nosotros queremos solamente invocar como una justificación de Goldoni y de su fama de experto comediógrafo el hecho de que parece cosa segura que no conoció la obra original de Tirso de Molina y que por esto no pudo apreciar el hechizo dramático que aun hoy se desprende del *Burlador de Sevilla*.—CARLO CONSIGLIO.

### DOÑA ANA GIRON DE REBOLLEDO, MUSA Y EDITORA DE BOSCAN

**J**UNTO al marido, la esposa. Cual en la maravilla de mármol de un sepulcro renacentista, en el que las estatuas yacentes de los esposos duermen eternamente juntos, símbolo del nudo indisoluble que ni la muerte pudo cortar, surge en la conmemoración del poeta Boscán la evocación de una suave figura de mujer, la de D.<sup>a</sup> Ana Girón de Rebolledo, esposa del poeta y estrechamente ligada a su obra. Por desgracia son muy escasos los datos concretos sobre los que se pueda reconstruir su historia. Tenazmente se resiste la noble dama a destacarse sobre el oscuro fondo del pasado, permitiéndonos tan sólo distinguir un perfil delicado y borroso, un débil resplandor como de rescoldo de hogar, un calor de sentimiento puro y hondo. Es la esposa, y su mundo, su reino, se encierra entre las cuatro paredes de su casa, viviendo sólo para su marido, sin sospechar que ese mismo amor tranquilo y sereno ha de hacer pasar su nombre a la Historia.

Nace D.<sup>a</sup> Ana Girón de Rebolledo en Valencia, en el primer tercio del siglo XVI, probablemente no después de 1510. Es el segundo de los hijos de D. Alonso Girón de Rebolledo, de noble familia aragonesa, descendiente de aquel D. Rodrigo González de Cisneros, que salvó la vida, en una batalla, a Alfonso VI, dándole su caballo para sustituir al que le habían muerto los moros. Como testimonio de su hazaña, y para que nadie le quitase la gloria de haber ayudado a su Rey, arran-

có a éste un girón de la sobreveste. En premio, el Rey le concedió que tomase el nombre de Girón y pusiese en sus armas tres girones de gules en campo de oro. Su madre, D.<sup>a</sup> Marquesa de Heredia, pertenecía a una de las primeras familias valencianas, a la noble Casa de los Barones de Andilla, según consta en el árbol genealógico que inserta Cerdá y Rico en sus Notas al *Canto de Turia* de la *Diana enamorada*, de Gaspar Gil Polo, tomándolo de una alegación manuscrita en la que el heredero de D.<sup>a</sup> Angela Díaz Ferrando y de Ferrer, primo segundo de D.<sup>a</sup> Ana, reclama a ésta ciertas partes de la Baronía de Andilla.

Es curioso observar este árbol por el gran número de escritores y poetas que en él aparecen, cosa poco corriente en familia de tanta nobleza, como hace notar Cerdá diciendo: "ser de ordinario enemigas la nobleza y riqueza de las Musas"; con cuya observación salen malparados a un tiempo nobles y poetas. En efecto, aun sin contar a D. Manuel Díaz, tío-abuelo de D.<sup>a</sup> Ana, al que Zurita nombra entre los embajadores de Valencia en el *Compromiso de Caspe*, y que escribió un curioso *Libro de Menescalía*, encontramos a dos hermanos de D.<sup>a</sup> Marquesa celebrados como poetas por Gil Polo en el ya citado *Canto de Turia*. Uno, el primogénito, D. Juan Ferrandis de Heredia, que fué poeta de la brillante corte de los Duques de Calabria, escribió en castellano y en valenciano poesías que se publicaron en Valencia en el año 1562, algunas de las cuales fueron más tarde incluídas en el *Cancionero general*, impreso en Amberes. Espinosa, en el canto XV de su *Orlando*, le elogia grandemente considerándole cual un nuevo Orfeo y sin par en la tierra.

De este poeta se cuenta que anduvo muy celosa su mujer, y no falta de razón, ya que vemos que a su muerte no deja hijos legítimos, pero sí uno bastardo, D. Lorenzo, que fué más tarde instituído por su tío Miguel de Heredia, muerto sin hijos. Del otro hermano, Gonzalo de Heredia, también muerto sin sucesión, trata Zurita en sus *Anales*.

Más tarde encontramos un nuevo poeta más interesante y conocido que los anteriores, D. Alonso Girón de Rebolledo, sobrino de D.<sup>a</sup> Ana, como hijo de su hermano mayor D. Fernando. Este D. Alonso cultivó la poesía religiosa, y es considerado como uno de los mejores poetas de su tiempo que en Valencia escribieron en castellano. Floreció por los años 1574-1586, siendo elogiado por Cervantes en el *Canto a Caliope* de *La Galatea*, y por Gil Polo en el *Canto de Turia* con frases que hoy

resultan un tanto hiperbólicas. Ximeno, en sus *Escritores del Reyno de Valencia*, dice haber visto un ejemplar de una de sus obras, la *Pasión de Nuestro Señor Jesu Christo en Quintillas siguiendo el Evangelio de San Juan*, y la juzga "obra tan conceptuosa y devota que no me admiro se imprimiese tres veces en tan poco tiempo".

Todo esto nos sirve para determinar el clima espiritual en que nace y se desenvuelve la futura mujer de Boscán, y en el que adquiere una notable instrucción humanista, pues, según vemos en la Epístola que Boscán dirige a D. Diego Hurtado de Mendoza, distraía sus ocios leyendo, junto a su marido, a poetas latinos como Virgilio, Propercio y Catulo, y, lo que es más extraordinario, la *Iliada* y la *Odisea*.

Nada sabemos de su juventud, nada de cómo y dónde la conoció Boscán, y solamente podemos descubrir su imagen a través de los versos de éste. El padre de D.<sup>a</sup> Ana era hijo de un caballero de Barcelona, privado del Rey Católico, que murió siendo Virrey de Mallorca. Quizá, aunque casó en Valencia, volviese enseguida a la Ciudad Condal, si bien a esta hipótesis se opone el que algunos de sus hijos vivieron y casaron allí. Ya hemos visto que su sobrino D. Alonso escribió y publicó sus obras en Valencia y, a primeros del XVII encontramos como firmante de varios documentos a otra D.<sup>a</sup> Ana Girón de Rebolledo, que vivió en esta ciudad, y cuyo parentesco con la mujer de Boscán no me he detenido a averiguar. El hecho es que cuando Boscán, que como todo catalán siente fuertemente la atracción de su Patria, fija su residencia en Barcelona, entre 1526 y 1533, fecha la primera de su afortunado encuentro, en Granada, con Andrea Navagiero, el Embajador de la República de Venecia, que le induce a ensayar los metros italianos, ya está allí D.<sup>a</sup> Ana Girón, a la que todos los autores, siguiendo a Herrera en sus *Comentarios a Garcilaso*, identifican con una de las hermosas y honestas damas de dicha ciudad, cuyas gracias y virtudes canta en la *Octava Rima*, poniendo el elogio en boca de la misma diosa Venus. La otra de estas dos señoras que sobresalen entre todas

*en saber, en valer y en hermosura*

crece Menéndez y Pelayo que pueda ser D.<sup>a</sup> Jerónima Palova de Almaguer, la joven y discreta dama a quien dedicó su traducción de *El Cortesano*, y a quien cubren de elogios en sendas cartas él y su amigo Garcilaso. Destácanse sus figuras en el bello fondo de la ciudad catalana de



vivir fácil y brillante, cuyos encantos enumera la diosa. La decadencia de Cataluña, iniciada ya en el siglo anterior, no se marca de un modo sensible, a pesar de que su riqueza había sufrido un rudo golpe con la desviación hacia América de las rutas comerciales. Su predominio en el Mediterráneo perdía con esto un gran valor. Pero Barcelona es todavía la ciudad opulenta y fastuosa, y así lo demuestra en las fiestas con que recibe en diversas ocasiones al Emperador Carlos V. Su poder marítimo aún existe, y en orgulloso alarde saca de sus Atarazanas veinte de sus naves, vencedoras en cien combates, para que acompañen al Emperador que marcha a Italia, en 1529, a ser coronado por el Papa Clemente. Magnífico debió de ser el espectáculo del puerto de Barcelona, henchido de navíos, entre los que destacaba la galera capitana, llena de dorados y esculturas, traída expresamente por Doria para el servicio del Emperador.

Pertenecía Boscán a la clase de ciudadanos honrados, muy considerada en Cataluña, donde se la ponía casi al mismo nivel que la de los caballeros. Hombre cortesano, ayo del Gran Duque de Alba, y muy bien considerado en la Corte castellana, en la que permaneció varios años, y en la que muy pronto cobró fama como poeta, según vemos en la curiosa *Crónica* de D. Francesillo de Zúñiga, el bufón de Carlos V, volvió, aureolado por esta fama, a la ciudad de su nacimiento. Debió de ser hombre de gran atractivo y simpatía a juzgar por los elogios que de él hacen sus contemporáneos. Era extremadamente moreno, según vemos en una anécdota que inserta D. Luis Zapata en su *Miscelánea*: "Paseábanse juntos una vez en Barcelona Boscán, el caballero que escribió el libro de *El Cortesano*, que era muy oscuro de rostro y muy moreno, y Juan de Saa, negro atezado, hijo de un rey indio que le dió el Rey de Portugal el hábito de Santiago; y D. Juan de Mendoça, caballero de Ribera, les hizo la copla siguiente:

*Con Juan de Saa se pasea  
Boscán, y aún acierta en esto,  
porque alguna vez su gesto  
mejor que el del otro sea.*

*Lo que de esto me parece  
es que tengáis entendido  
que en él un gesto anochece  
y en el otro ha anochecido.*

Este Juan de Saa dixeron así como era pequeño, mal tallado y negro, y con el hábito de Santiago, que parecía costal de carbón con remiendo colorado.”

Este color moreno gustó, sin duda, mucho a las damas, de las que se muestra muy enamorado, pues en sus poesías de metro tradicional y en sus primeros sonetos, vemos reflejarse toda una sucesión de amoríos que nos indican que no fué la constancia en el amor su cualidad más destacada, por lo menos hasta que conoció a la que fué su mujer. Así se desprende de los títulos de sus composiciones: “Coplas desaviniéndose”, “Otras arrepintiéndose porque se desavino”, “Otras determinando dexar unos amores”, “Otras a una señora a quien servía porque le dijeron que en su ausencia se había servido de otro”, etc. En todas ellas el tono es frívolo, cantando el amor y sus alegrías y desengaños a la manera de los Cancioneros, sin ninguna hondura de sentimiento, con fríos y artificiosos acentos. Su amor está a enorme distancia del “dolorido sentir”, de Garcilaso; no es sino un juego cortesano, y el enamorado galán no deja su corazón en estas aventuras. Presume en sus versos con excesiva hipérbole de esta condición:

*Aun no bien fui salido de la cuna  
ni del ama la leche hube dexado  
quando el amor me tuvo condenado  
a ser de los que siguen su fortuna*

.....

y no le importa aludir, dirigiéndose a una dama a quien sirve, a las que sirvió con anterioridad:

*Y si en otras hermosuras  
anduvo mi sentimiento,  
los males de aquel momento  
no fueron sino figuras  
de este nuevo pensamiento.*

Se dice herido en cien batallas de amor:

*Traigo aquí la tristeza de mis males  
donde hazañas de amor han concurrido  
tan fuertes que no sé cómo contallas  
yo sólo en tantas guerras fui ferido  
y son de mis heridas las señales  
tan feas que he vergüenza de mostrallas.*

En sus sonetos y canciones asoma la convencional tristeza renacentista, siendo una de sus mejores muestras el que comienza:

*Bueno es amar, pues ¿cómo daña tanto?  
Gran gusto es querer bien ¿por qué entristece?  
Placer es desear ¿cómo aborrece?  
Amor es nuestro bien ¿por qué da llanto?*

Su gran amigo Garcilaso hubo sin duda de reprochar muchas veces al poeta esa versatilidad, esa fragilidad amorosa, pues a ello hace referencia en un soneto escrito en Nápoles, en 1532, en el que confiesa una infidelidad, que por lo demás debió de ser muy pasajera, a su amada ideal, D.<sup>a</sup> Isabel de Freire, sus amores con una bella dama napolitana, la sirena del mar Patenopeo, que no ha podido ser identificada:

*Boscán, vengado estáis, con mengua mía,  
de mi rigor pasado y mi aspereza,  
con que reprehenderos la terneza  
de vuestro blando corazón solía...  
Agora me castigo cada día  
de tal selvaticuez y tal torpeza  
mas es a tiempo que de mi baxeza  
corrermé y castigarme bien podría.  
Sabed que en mi perfecta edad, y armado,  
con mis ojos abiertos me he rendido  
al niño que sabéis ciego y desnudo;  
de tan hermoso fuego consumido  
nunca fué corazón; si preguntado  
soy lo demás, en lo demás soy mudo.*

El temperamento de ambos poetas era totalmente distinto: vehemente, melancólico y aventurero en Garcilaso; mesurado, optimista y un poco burgués en Boscán. Y, precisamente, en esta diferencia se halla la explicación de su excepcional amistad.

Pero, de pronto, y tras un paréntesis en que el poeta se muestra fatigado y descontento, puesta a secar la ropa tras de Dios sabe qué naufragios, apunta un nuevo amor que puede ser uno más en la lista, amor fácilmente conseguido y fácilmente olvidado. Pero no, esta vez el cazador ha sido cazado por la esquividad de una bella y honesta dama, esquividad que intenta vencer Venus en la *Octava Rima* enviándole a su propio hijo Amor. Es gracioso ver cómo Boscán, que nos ha pintado todos los terribles daños del amor trata ahora de justificarlos con cuidadosos distingos:

*Amor es bueno en sí naturalmente  
y si por causa de él males tenemos  
será porque seguimos los extremos  
y así es culpa de quien sus penas siente;  
el fuego es el más noble y excelente  
elemento de cuantos entendemos,  
mas tanta leña en el echar podremos  
que al mundo abrasará su fuerza ardiente,  
cuanto más, si le echáis otras mixturas  
de pez o de alquitrán para movelle  
como aquellas que eche en mis desventuras,  
por donde en el ardor de mis tristuras  
tan quemado quedé con encendelle  
que en mi rostro se muestran mis locuras.*

No debió de mantenerse mucho tiempo insensible D.<sup>a</sup> Ana al esta vez profundo amor del poeta, pues pronto lo vemos cantar triunfante al amor correspondido y puro, tan distinto de los que antes conoció:

*Otro tiempo lloré y agora canto  
canto de amor mis bienes sosegados  
de amor lloré mis males tan penados,  
que por necesidad era mi llanto*

.....



Este amor es todo suavidad, dulzura, remanso sereno de agitado vivir:

*Dulce reposo de mi entendimiento  
Dulce placer fundado sobre bueno...*

en él encuentra un desconocido goce, una deliciosa frescura de cosa nueva:

*Un nuevo amor, un nuevo bien me ha dado  
ilustrándome el alma y el sentido,  
por manera que a Dios yo ya no pido  
sino que me conserve en este estado*

En su dicha gusta de acordarse del tiempo pasado, comparando la claridad diáfana del amor presente con la turbulencia de los antiguos amores.

*Si en mitad del dolor tener memoria  
del pasado placer es gran tormento  
así también en el contentamiento  
acordarse del mal pasado es gloria*

.....

Indudablemente estos versos son con frecuencia duros al oído, imperfectos de forma, mal medidos; pero en su fondo, venciendo cuanto pueda haber de tónica renacentista, late una sincera pasión, un profundo sentimiento que hace más delgada y temblorosa la voz.

Cuando Garcilaso de la Vega llega a Barcelona con una comisión del Virrey Don Pedro de Toledo para el Emperador, en 28 de abril de 1533, encuentra a Boscán recién casado y en pleno goce de las suaves delicias del amor conyugal. La dicha de su amigo, el contraste entre la dulce paz de aquel hogar y la atormentada inquietud de su propio espíritu, debieron de impresionar hondamente al divino poeta. Así lo destaca con melancolía en la Elegía II, que envía a Boscán desde Sicilia en 1535, a la vuelta de la victoriosa expedición imperial a Túnez. A pesar de la gloria de la empresa, su voz no tiene tonos triunfales, sino una tristeza profunda, en la que parece gravitar, como un an-

helo, la idea de la muerte, que es la liberación. Compara Garcilaso su vida sin rumbo y sin objeto con el bienestar tranquilo de su amigo:

*Tú que en la Patria entre quien bien te quiere  
la deleitosa playa estás mirando  
y oyendo el son del mar que en ella hiere  
y sin impedimento contemplando  
la misma a quien tú ves eterna fama  
en tus vivos escritos procurando,  
alégrate, que más hermosa llama  
que aquella que el troyano encendimiento  
pudo causar, el corazón te inflama.*

*No tienes que temer el movimiento  
de la fortuna con soplar contrario;  
que el puro resplandor serena el viento.  
Yo, como conducido mercenario,  
voy do fortuna a mi pesar me envía,  
sino a morir, que aquesto es voluntario.*

Pero esta felicidad no hubiera seguramente satisfecho al poeta toledano, que parece encontrar un goce en su misma tristeza. Boscán es un hombre de orden que se encuentra muy a gusto en su dorada mediocridad, dejándose adormecer al arrullo de lo cotidiano, sin inquietudes ni anhelos de otro bien mayor. Así canta su felicidad conyugal en la larga "Epístola" en tercetos, que dirige a D. Diego Hurtado de Mendoza, y que es el único documento que poseemos sobre la vida íntima del poeta. Todo en ella es sereno, apacible, hogareño; el contraste entre su vida actual y sus pasadas turbulencias le llena de satisfacción y así nos lo cuenta, ingenuamente, como sorprendido y necesitando que todos se enteren de su dicha:

*El estado mejor de los estados  
es alcanzar la buena medianía  
con la cual se remedian los cuidados.*

*Y así yo por seguir aquesta vía,  
hème casado con una mujer  
que es principio y fin del alma mía.*

*Esta me hace ver que ella conviene  
a mí, y las otras no me convenían;  
a ésta tengo yo y ésta me tiene.*

Toda la "Epístola" es un plácido cuadro de felicidad burguesa atractiva en su misma sencillez, en cuyo centro, como musa inspiradora y mujer de carne y hueso, se alza la serena y bella figura de la esposa. Su suavidad y dulzura destacan sobre sus demás cualidades, haciendo de su vida presente un verdadero paraíso, que contrasta con el borrascoso pasado.

*El campo que era de batalla, el lecho  
ya es lecho para mí de paz durable:  
dos almas hay conformes en un pecho.*

*La mesa, en otro tiempo abominable  
y el triste pan que en ella yo comía,  
y el vino que bebía lamentable,  
infestándome siempre alguna Harpía,  
que en mitad del deleite mi vianda  
con amargos potajes envolvía,  
agora el casto amor acude, y manda  
que todo se me haga muy sabroso,  
andando siempre todo como anda.*

.....  
*Y aquellos pensamientos míos tan vanos,  
ella los va borrando con el dedo,  
y escribe en lugar dellos otros sanos.*

Gusta de imaginar su vida en aquel ambiente apacible que nos trae por un momento el recuerdo del *Beatus ille* horaciano; pero en este deseo de apartamiento no hay hondura filosófica, no es afán de soledad para enfrentarse consigo mismo en un amargo desengaño de lo exterior. Lo informa un blando epicureísmo, esa sensación de bienestar que se experimenta en un hogar caliente y lleno de luz cuando se piensa que fuera está la noche, la lluvia y el viento. No es soledad lo que desea el poeta, sino dulce y numerosa compañía.

*Conmigo y mi mujer sabrosamente  
esté, y alguna vez me pida celos,  
con tal que me los pida blandamente.*

*Comamos y bebamos sin recelos,  
la mesa de muchachos rodeada:  
muchachos que nos hagan ser agüelos.*

No es alto el vuelo de su poesía, pero alcanza delicadezas de idilio en la descripción de las escenas campesinas: allí junto al río y a la sombra de una verde haya, reclinada su cabeza sobre la falda de la amada, olvidados de todo lo que no es su amor, se deslizará el tiempo

*Sin pensar en la noche ni el día*

oyendo el canto del ruiseñor, leyendo juntos algún libro.

*Su mano me dará dentro en mi mano  
y acudirán deleites y blanduras  
de un sano corazón en otro sano.*

Hay como un esbozo garcilasista en la descripción del paisaje con el verdor de sus prados, el blando correr de las aguas, las débiles cañas movidas por el viento y las sombras que ganan las cumbres, mientras los ganados se van retirando pasó a paso. Después la vuelta a casa, el agasajo, la cena preparada, con un tentador desfile de manjares campesinos, y el reposo de la noche.

Fué sin duda D.<sup>a</sup> Ana verdadera compañera y colaboradora, perfecta mujer de artista y figura central de un hogar cálidamente acogedor. D. Diego Hurtado de Mendoza, en la "Epístola" que motivó la respuesta de Boscán, la califica de "sabia, gentil y cortés". Es grato imaginarla moviéndose junto a aquel grupo de intelectuales de que nos habla el poeta, y que los reciben gozosos a su vuelta a la ciudad: Mosén Durall, Hano y burlón; Jerónimo Agustín, grave y de "saber sabroso y agradable"; "el buen Monleón", alegre, bullicioso y fácil de enojar. La noble dama sabe hacer los honores de su casa, y el poeta está orgulloso de ella, de su hermosura, de su discreción, de su amor.

Un ramalazo de dolor estremece el sereno ambiente. La trágica muerte de Garcilaso, el amigo más querido, ocurrida en 1536, llena de

tristeza el hogar, con el recuerdo del que nunca lo tuvo, y Boscán acierta a expresar su pena con sencillez conmovedora. No llora por el que se ha ido sino por él, que queda aquí en la tierra; la muerte más que nunca ha sido una liberación para aquel que tantas veces la llamó para que le arrancase "el dolorido sentir".

*Garcilaso, que al bien siempre aspiraste,  
y siempre con tal fuerza le seguiste,  
que a pocos pasos que tras él corriste  
en todo enteramente le alcanzaste;*

*dime: ¿por qué tras ti no me llevaste  
quando desta mortal tierra partiste?*

*¿Por qué al subir a lo alto que subiste,  
acá en esta bajeza me dejaste?*

*Bien pienso yo que si poder tuvieras  
de mudar algo lo que está ordenado,  
en tal caso de mí no te olvidarás;  
que, o quisieras honrarme con tu lado,  
o, al menos, de mí te despidieras,  
o si esto no, después por mí tornarás.*

Parece como si este último ruego, quizá más literario que sincero, hubiese sido atendido y Boscán, a la vuelta de un viaje de inspección militar al Rosellón, acompañando a su antiguo discípulo el Duque de Alba, enferma gravemente y muere, en 1542, sin que sepamos si alcanzó el consuelo de morir en los brazos de su esposa. Breve fué la dicha del matrimonio, quizá por haber sido tan intensa que agotase rápidamente el caudal de felicidad concedido a cada mortal. Nueve años había durado la perfecta unión y en este tiempo había dado D.<sup>a</sup> Ana al poeta varios hijos, que le sobrevivieron, según vemos en la súplica que la viuda dirige al Emperador, solicitando se le concedan "Aquellos cincuenta mil maravedís que V. M. a suplicación del Duque de Alba mandó dar por merced al dicho su marido en su casa y de un oficio de conservador de las marcas de Cataluña, que el tenía con salario de treinta y cinco ducados, en persona de Joan de Bonaventura de Gualbes, para entretenimiento suyo y de sus hijos". A pesar de que la petición iba apoyada por el propio Duque, no fué satisfecha sino a medias, concediéndose sólo el oficio, pues "los maravedís", dice la respu-



ta, "están consumidos y no hay disposición para hacer otra cosa de presente". Pero sólo conocemos con certeza la existencia de su hija, D.<sup>a</sup> Mariana, que casó con D. Martín de Bardaxi, según vemos en el árbol ya citado de la casa de Andilla. Esto nos hace pensar que los otros hijos de Boscán hubieron de morir pequeños o fueron hembras menores que D.<sup>a</sup> Mariana, pues si bien el árbol es bastante incompleto, no es lógico que de haber algún varón no se le hubiese nombrado.

Boscán, que tuvo la fortuna de poseer una esposa perfecta, encontró, lo que es mucho más raro, una viuda ejemplar, que llevó el culto a su marido más allá de la muerte. Conocedora de los proyectos de aquél, que preparaba la publicación de sus obras juntamente con las de Garcilaso, y probablemente colaboradora suya en este trabajo, quiere devotamente llevar a cabo lo que fué su ilusión, y en efecto al año siguiente, en 1543, aparece la primera edición en Barcelona. El privilegio imperial para los reinos de la Corona de Aragón está dado a nombre de D.<sup>a</sup> Ana con fecha de 13 de febrero de 1543. Hay que notar que en dicho privilegio se incluye la relación de las obras dada por la propia viuda de Boscán y en ella vemos figurar algunas que no aparecen en esta edición ni en ninguna posterior, entre ellas una canción a la muerte de Garcilaso. Esta edición, de una gran rareza, es casi desconocida para los bibliófilos. Es un volumen en cuarto de buen papel e impresión. Al dorso de la última hoja se lee: "Acabaronse de imprimir las obras de Boscán y Garci Lasso de la Vega: en Barcelona en la officina de Carles Amorós a los XX del mes de Março: Año de M.D.XLIII". Salvá, en su catálogo, habla de otra edición del mismo año, que dice ser todavía más rara y desconocida que la primera, considerándola como la segunda. La juzga furtiva por no llevar nombre de lugar, y cree fué publicada inmediatamente de la de Barcelona. Después, las ediciones se suceden, incluyendo nuevas composiciones, entre ellas la *Conversión* y el *Mar de Amor*, y en 1597 existen ya 22.

A D.<sup>a</sup> Ana se atribuye también la advertencia a los lectores que encabeza la primera edición, y por ella sabemos con cuánto respeto puso sus manos en la obra de su marido. Ella nos dice cómo Boscán fué movido a la publicación de sus obras por ruego de sus amigos y para evitar que otro se le adelantase, terminando además con las copias manuscritas, que llenas de errores corrían de mano en mano; cómo las había repartido en tres libros y un cuarto que contenía las de Garcilaso "por el amistad grande que entrambos mucho tiempo tuvie-

\*

ron; cómo la muerte le sorprendió cuando, escrita ya la carta a la Duquesa de Soma, emprendía el limado y pulido de las composiciones. No se atreve su viuda a continuar esta tarea pareciéndole terrible osadía que nadie lo hiciese, limitándose a cuidar la impresión tal y como estaba comenzada, "aunque no estén con la perfección con que estuvieran como Boscán, las pusiera".

Esta suprema discreción, esta prueba de fidelidad a la memoria de su marido ha recibido su premio. D.<sup>a</sup> Ana Girón de Rebolledo, que sin esto, y a pesar de las constantes referencias que hemos visto en la poesía de Boscán, hubiese permanecido en la oscuridad como tantas esposas, pasa a la historia literaria por derecho propio. A ella debemos la conservación de la obra de su marido y el bien inestimable de la de Garcilaso, que tal vez sin ella se hubiese perdido. Extraño destino el de este poeta, que debe así su gloria al testimonio de un amor hondo que no era para él, al recuerdo de un hogar feliz que él no consiguió nunca.

No volvemos a saber de D.<sup>a</sup> Ana Girón; no encontramos huella alguna de su existencia, que desaparece en el anónimo de la vida cotidiana, dedicada, sin duda, a los cuidados del hogar falto de su dueño. La mano que sobre el papel evocaba sus rasgos está quieta para siempre. Pero aun desdibujada, incompleta, como un viejo daguerreotipo en que el tiempo hubiese borrado las facciones dejando perfilarse sólo algunos rasgos, nos prende el atractivo de esta bella y discreta dama, en la que, sin duda, pensaba Boscán cuando, en su carta a la Duquesa de Soma, dice: "Tengo yo a las mujeres por tan sustanciales, las que aciertan a sello, y aciertan muchas, que en este caso quien se pusiese a defendellas las ofendería."—CAROLA REIG.



## LA RAZON POETICA DEL CAPITAN ALDANA

*A José M.<sup>a</sup> de Cossío.*

... el único Monarca  
que junto ordena versos y soldados.

(GIL POLO.)

Tenga lugar el Capitán Aldana  
entre tantos científicos señores,  
que bien merece aquí tales loores  
tal pluma y tal espada castellana.

(LOPE DE VEGA: *Laurel de Apolo.*)

¡Y este poeta ha sido olvidado en  
nuestras Antologías y mencionado con  
desdén por la perezosa rutina de los  
historiadores de nuestras letras! Más  
disculpa merecen sus contemporáneos  
que le llamaron el Divino, puesto que  
lo es muchas veces por el pensamiento  
y algunas por la dicción.

(MENÉNDEZ Y PELAYO.)

### ENTENDIMIENTO; PERO SENTIMIENTO.

**L**A crisis renacentista produce un espejismo típico: el predominio de la razón. Para algo Servet vivía en 1540. Cuando Miguel Servet descubre, ese año, la circulación de la sangre, el corazón pierde alas, tono, perfume; el corazón que, hasta entonces, mandaba, deviene automático ya, maquinizado ya, y se serviliza; es decir, sirve.

Cuando en 1537, y en mis tierras de Alcántara, nace Francisco de Aldana, un caballero español, antes herido, malherido, acaba de fundar la Orden de Jesús. La Orden de Jesús, como inédita prenda de disciplina, jura el cuarto voto, de resonancia castrense, y adopta la denominación de Compañía. Ignacio de Loyola se dispone a forjar, con impávida decisión, sacra y cesárea, el alma de la hispanidad. España —que aun hierve en celos del infiel y mística lucha ejemplar y avasalladora—, toda España, es misionera en el xvi. En la segunda mitad del siglo xvi.

Sobre Castilla, rodera yerma, no consigue gravitar el falso medio-día del Renacimiento. Por eso Maldonado, en vida de Aldana, acude a París y deshace las direcciones de humanismo y protestantismo que en la Sorbona privan. Por eso el santo Francisco de Sales enfrenta su principio teológico moral al predestinacionismo de la Reforma.

En vida de Aldana. A través de esa vida, singular y breve, España alza su contrarreforma, su barroco frente a renacimiento, su trentismo, consciente de los peligros de una época en que, por glorificación del hombre, los lazos sociales se relajan, tórnase lábil el sentido de la Patria, la ética se desmorona desplazada por la fuerza y astucia al servicio del poder.

¿Razón o corazón? Entendimiento: Aldana, sí, escribe versos platónicos, italianizantes, porque a los tres años de edad un destino azaroso lo plantó en Florencia. Entendimiento, claro es.

Pero sentimiento, congoja ibérica, intimismo agudo. No en balde la ascendencia de su casta y el terruño natal los tiene en Alcántara, a un paso del Portugal barroco, junto al Tajo, si río de Garcilaso y Fray Luis, río también tormentoso, ácido, feroz, del Greco, de Paravicino, de Góngora, de Manrique.

#### UN HOMBRE DESVALIDO Y SOLO.

Del capitán Aldana, arquetipo de poeta-soldado, tan príncipe de los íntimos como lo fuera Hamlet de la duda, en puridad, apenas se sabe nada. Si acaso que fué, cual Garcilaso de la Vega, "igual en resistir el peso de la seda que el del hierro", que peleó y amó gallardamente, que ha sabido cantar con voz primera la melancolía, que murió, en fin, y de tal guisa, que de ese morir arranca su mejor, gozosa, insobornable y eterna pervivencia. ¿Quién ha de saber, y para qué, sino esto, muy poco más, de Francisco de Aldana?

Pero el perfil que ahora importa acentuar del poeta es el de su vocación, el de su profesión, al menos, acusadamente castrense; la trascendencia de ese destino milita en su propia vida y poesía, en la honra de su ser y su tiempo. El Aldana capitán de Felipe II y, si "pío poeta, fier guerrero", cabecero aquí, junto a Garcilaso, junto a Hernando de Acuña y Micer Andrés, Rey de Artieda. Poeta él, soldado él, alferez de los poetas soldados y figura representativa de la incipien-

te crisis de una edad en la que, hasta entonces, arma al brazo, es la sangre quien mejor obliga.

Cuando nace Aldana, en 1537, lleva más de un año muerto Garcilaso de la Vega. De Garcilaso a Aldana. ¿No habremos pasado también de un renacimiento periclitado ya y vacío siempre, utópico, a nuestro gran barroco? El barroco, mitad del XVI-XVII, es el siglo español por excelencia. Acechaba un XVII francés. Vendría, luego, el XIX británico...

Por lo pronto, el secreto telúrico de Francisco de Aldana, con su naciencia en tierras de Alcántara, la vida misma de este poeta imperial, apenas si conocida en su esqueleto más primario, con una obra en prosa y verso perdida la mayor parte, carente de biografía, sin otro aparato bibliográfico que el fragmentario y parvo de unos comentarios selectores en muy escasas páginas de Antología, constituyen apasionante tema para la mirada ávida, proba, del investigador.

Porque intrigante, sí, debe de ser la novela, trescientos cincuenta años inédita, que le tocó en suerte vivir al capitán. Francisco de Aldana, a quien me place saber nacido aquí, entre estos berrocales cortados por el Tajo, orilla del cual escribo, trae un consecuente destino político, a su ascendencia fiel, y a la llamada grave de la verticalidad. Viene al mundo, en el agosto aquel de 1537, mientras el Emperador riñe tercera guerra contra Francisco I y se conmueve la Cristiandad con el trágico acento de las luchas religiosas y sociales que alimenta Inglaterra.

Entre piedras de Alcántara se halla el lar de los mayores, bajo la augural fe franciscana de San Pedro, el reformador. Feliz tronco de sangre le asciende a Aldana y edifica: la de su tío y esclarecido aventurero el coronel Bernardo; la de Pedro Barrantes Maldonado, capitán, asimismo, cronista y poeta también, emparentado a través de María Vileya de Aldana; las del propio padre y los hermanos, legionarios todos, galardonados sobre campos de Italia.

El dolor de ser y profecías, su muerte y los paisajes que, año tras año, iríanse calando en sus pupilas lentas, es cosa a considerar más serena, menudamente. La intimidad de esta vida y su existencia exterior deberían concatenarse en nexo estrecho a unas devotas meditaciones ante los casi nueve mil versos que de su obra se conservan.

Ahora, en esta evagación levisima, me place imaginarlo sobre la llanada ardiente del Mejazen, descabalgado y sediento, macerado de heridas, bajo el sudor de la brega, triste, mientras el joven Rey Don

Sebastián, asimismo en derrota y como él mortalmente caído, se rodea de los contados nobles que perviven para gritarles, en la última hora, la última consigna:

—*¡Morid, pero morid lentamente!*

Era mediado el día 4 de agosto de 1578. Para Aldana que, por entonces también debió cumplir sus cuarenta y un años de edad, hay una muerte ejemplificadora, acaecida en pie, dando cara al enemigo. Mas, con su vida, acábase la posibilidad de toda exacta biografía, de toda crítica solvente, ya que en los campos de Alcazarquivir, y para siempre, se enterraban un cuerpo de claro varón y una copiosa obra rigurosamente inédita. Restos de aquel naufragio, en lo humano y en la poesía, amorosamente, infatigablemente, son los que ha ido recogiendo nuestro paisano y sutilísimo investigador Antonio Rodríguez-Moñino.

En la década primera de su vida, Francisco de Aldana brinca de Extremadura a Florencia, en alas de un destino familiar guerrero. Nace en Alcántara bajo el signo de Leo ya, a primeros del mes de agosto de 1537 y, amamantado por una nodriza negra —si las leyes de Mendel no lo permiten, la licencia literaria sí— crece moreno de color, los incisivos ojos firmes, la boca, ancha, recogida en un eterno gesto de melancolía. Cumplidos tres años, pasa a Italia, donde le veremos iniciarse en milicia y poesía a 1546, en tanto su padre gobierna el roquero castillo de Livora.

Hasta los treinta años, su mocedad discurre de Flandes a la Toscana, templándose en torneos de amor; extrayendo de las armas sus primeras razones, y en las letras el sentido preciso de la intimidad. De esa edad es la carta a su hermano Cosme, en la que, desde Bruselas, evoca así, añorante, el suelo florentino:

*¡ay monte, ay valle, ay Arno, ay mi ribera,  
cómo vivo yo aquí lloroso y triste!*

Triste y lloroso aquí. Aquí, porque allá es donde queda la mejor parte

*de mí, de amor, del tiempo y la fortuna.*

Graduado capitán, había sido lugarteniente de su padre en la Castellania de San Miniato. Los diez años de vida y de obra que le restan

gástalos en el asedio de Arlem como general de la artillería, acción en la que cae herido; la conducción a Arévalo y custodia del Conde de Bura; la compleja misión asesora junto al Rey Sebastián. Esta, dilatándose, le requiere repetidas veces en Lisboa, llegando a enmascararse para desembarcar en las costas africanas y, de propia vista, observar el sistema de defensas enemigas.

En tanto, ¿cuál es la obra poética que ocupa ese maduro y último decenio de su existencia? A la consideración de la poesía del capitán Aldana dedicaré nota aparte. ¿No es sorprendente su hecho? Aldana, un año escaso antes de su muerte en campaña, se retira a El Escorial, y en unos días escribe la mejor acaso de sus composiciones: la *Epístola Montano*, sobre la contemplación de Dios y los requisitos que dicha contemplación demanda. Desde los primeros versos planta la mano en el corazón, mira dentro de sí y lanza un grito de patética sinceridad: —Yo soy un hombre desvalido —exclama—.

...un hombre desvalido y solo.

La desazón, el sentimiento congojoso de soledad, la pugna íntima. Pues ya hemos revelado un secreto barroco.

Los amigos de Aldana —Rodríguez-Moñino, Eugenio Montes, José María de Cossío, Luis Rosales— han de perdonarme este veloz esquema biográfico con que hoy he pretendido dejar apresada aquí, fugazmente, atropelladamente, una simple partícula del espíritu que animó tan ínclita figura.

#### CUATRO CENTAUROS CON ERGUIDOS CUELLOS.

¿Entendimiento? ¿Sentimiento? En la vida de este capitán Aldana, poeta de la segunda mitad del siglo XVI, lo que interesa acentuar es el salto patético con que Extremadura, la Extremadura alta suya y mía, se ha lanzado al vacío. Extremadura brinca de lo renaciente al barroco. Letras y armas van a estallar en sorda, violentísima conflagración.

No cabe duda. Todo lo que había de seco y duro, de enterizo y primario en el conquistador de principios de siglo, cae subsumido por las

fuerzas orgánicas de una disociación total. Ahí se ve: Cervantes —1613— todavía descoge como arquetipo humano al extremeño; mas lo reduce, tornado de Indias, a celoso chozno, viejo, enriquecido, hazmerreír. Entre el heroísmo de Doña María la Brava y el bandolerismo de la Serrana de la Vera, Vélez de Guevara no vacila en decidirse por la deformación de lo angélico, dando primacía gozosa a lo infrahumano. La ironía —Cervantes— va a dar un paso hacia la sátira —Quevedo—, barroco y precursor del extremeño Bartolomé José Gallardo, con quien —¿por qué no ha de ser dicho?— el coraje corta alas para trocarse en ira mezquina.

Desde Aldana ya, a Extremadura, reina de mil batallas poco antes, sólo le queda la nostalgia de esa edad reciente y ronca donde dar que decir, más que decir, era lo honrado, lo leal, lo auténtico. Sí, aunque arrasado de dolor, Francisco de Aldana advierte la pugna vital que disocia y opone soldado a cortesano:

*Mientras andáis allá con la memoria  
llena de las blanduras de Cupido  
publicando de vos llorosa historia,*

*yo voy acá de furia combatido  
de aspereza y desdén, lleno de gana  
que Ludovico, al fin, quede vencido.*

En él mismo, en medio del corazón de este poeta, principia a brotar la nieve que se apresurará a roer la esencia de su lauro verdecido. La evolución temática de su poesía, con toda claridad nos alecciona: primero, versos de amor; amor a lo platónico, aunque siempre entrecorados con la violencia de un ibero a contraluz de Italia. A la vena erótica, fulgurante cuanto fugaz, sucede un lapso de creación encarnizadamente guerrera. De esta época —veintiséis a treinta años— son la carta a Galanio, en composición suelta, con una técnica de insuperables recursos y agilidad, y el representativo soneto de exaltación del estado castrense que, sin excepción, transcriben todas las noticias anatólogicas del capitán Aldana.

A lo largo de su producción yo quiero ver al hombre que se afana en la búsqueda de la propia intimidad. Desde los quince, desde los dieciocho años, ha cultivado con apetito fervoroso los mejores resor-



tes de una métrica que avanza de la fácil hechura al trabajado estilo; del patrón italianizante a la española manera conceptista.

Ahora, a partir de su mayoría de edad, pueden distinguirse tres grupos poéticos perfectamente caracterizados: poesía militar, de pensamiento político y de contemplaciones íntimas. El objetivo, año tras año, se delimita, se ciñe, se va reduciendo, constriñiendo los horizontes desde el infinito, típico de la adolescencia, hasta el que cierra, por último, sobre el corazón, maduro como un fruto de luz.

A Aldana se le ha juzgado con demasiada ligereza, aunque insistentemente, por su sola producción de cariz bélico que, por desgracia, coincide con el momento de juventud poética, lleno de vigor, pero de resonancias; más genérico, al fin, que nacional.

Es preciso acostumbrarse a pensar que la época española del siglo XVI no lo es tanto la italianizante del Emperador, como la barroca de la Contrarreforma, el trentismo de Felipe II. Pues en esa mitad segunda del siglo, es donde cae bien plantada, de propio peso, la figura del poeta.

Y en esa mitad es cuando nos deja lo más incitante de su poesía: la de asunto político y la de sabor hondamente ascético.

No hay contradicción posible en esta evolución temática. Amase más en nuestras mocedades, como la hora de acción es propia de la juventud. Después, cerca ya de la cuarentena, al hombre que ha amado cual Aldana amó, que ha guerreado con el ímpetu que siempre puso él en la pelea, le viene mejor el exquisito manejo de la prudencia gobernante y la preparación, en fin, de la vida duradera.

Por eso me explico la consecuencia perfecta que hay en Francisco Aldana cuando, el año antes de morir frente al enemigo, entrega en propia real mano las famosas *Octavas a Felipe II*:

*Cuatro centauros son que, a lo que siento,  
dellos cualquiera un nuevo Alcides quiere:  
y tú no dudes, Rey, que todos ellos  
a ti se vienen con erguidos cuellos.*

Cuatro centauros son: el peligro del Norte, en Francia; la amenaza del Sur, con el hereje; Turquía sobre el Mediterráneo; y, en el Atlántico, las asechanzas marineras de Holanda y Albión.

Cuatro riesgos de la fe, cuatro fuentes de tristeza. Cuatro ejes de



disyunción, que tras de inocular cautela en el brazo del guerrero, cada día más propicio que a las armas a las meditaciones, acabarán por volcarle en esa hora de nostalgia, hora lenta —Morid sin prisa, le dice al Rey Sebastián— en que el espíritu lo sólo que ansía es eludir el mundo, los tráfigos y miserias del propio tiempo ingrato, y lejos de tanto mal,

*cuanto en mí hallo es maldición que alcanza  
muerte que tarda, llanto inconsolable,  
desdén del cielo, error de la ventura,*

remitirse a la soledad contemplativa.

¡Gran poeta ascético el que perdió España aquel aborrecido día 4 de agosto sobre la calcinada tierra de Alcazarquivir!—PEDRO DE LORENZO.

# LIBROS

PIO BAROJA, 1944 (1)

EN 1944 Pío Baroja se ha decidido a publicar su primer libro de versos. Cumple los setenta años con fidelidad a su paradoja, viviendo con la idéntica e insobornable autenticidad que sus ochenta y tantos Bernard Shaw. Es curioso que, como Nietzsche, a través de su epistolario de intimidades, en la obra de este voluntarioso vasco haya estado ausente la humana preocupación del amor toda su vida. Sin embargo, ahora ha publicado un libro de versos; y alguien pudiera pensar en un inesperado florecimiento, en una evasión lírica, en que en el viejo y retumbante corazón del escritor han volado súbitamente las mariposas de esta primavera. Nada de eso: El mismo título del libro —*Canciones del suburbio*— indica ya que el escritor se encuentra a gusto donde estaba y que ahora llega a utilizar la poesía —como una concesión— para idéntico fin que su prosa novelística y desharrapada: La experiencia de lo vagabundo, lo cínico y lo desembozado. Casi al mismo tiempo ha hecho unas declaraciones en las que no modifica esencialmente su postura habitual y discrepante sobre las generaciones y los temas literarios.

Don Pío ama la periferia de las ciudades y el hondón de los seres. En su gusto por los solares, los árboles desnudos y las esquinas más mugrientas, ha instalado su poesía en otro solar tremendo, como aquél a que quedó reducida su casa, mirando al rojo, sangriento paisaje del norte madrileño. Desde aquel alto balcón veía bien las líneas horizontales de la lejanía mesetera y sonaba el fragor de los trenes en el hondón de la estación. Unos raíles —que, en realidad, pasaban por su

---

(1) Pío Baroja, *Canciones del suburbio*. Biblioteca Nueva, 1944.

alma— podían conducirlo a su amado vagabundear. Don Pío se pegaba desde su balcón a este horizonte. O más bien, al gusto de todos los horizontes.

Pero, en fin, no fué en esta casa donde yo conocí a Baroja. Visité al escritor en 1941 y han pasado suficientes cosas desde entonces para recordar nuevamente lo que me dijo y para que valga la pena de ponerle a aquella entrevista —que se publicó en el primer número de *Santo y Seña*— un estrambote que se podría llamar “Lo que yo no conté de Pío Baroja. Mi museo secreto conserva sin desvanecerse la imagen alborotada, la línea amarga, insolidaria, del autor (de *Juventud, egolatría*, que vuelve ahora a un intento de juventud —retrasadamente fáustico— escribiendo versos. En su despacho de la calle de Alarcón —entre sus relojes, los arcones tallados y una verdosa luz que se pegaba a los cuadros franceses—, don Pío, con los codos de la americana rotos y la boína sucia, me habló durante dos horas de Schopenhauer, de la filosofía de Unamuno, del comunismo en Francia, de cómo los huevos costaban en París, cuando él estuvo, a cinco céntimos, y de muchas cosas más. Yo narré entonces lo que era interesante para una referencia en el momento. Y sólo la aparición de este libro de versos de Pío Baroja, paradoja de los setenta años, viene a extraer de no sé qué profundidades la canción remota y las luces y sombras de un Baroja empapado de una humanidad diferente de la que aparece en este libro. Y no muy diferente de la de sus criaturas.

Claro que un libro de poesía de don Pío puede hacernos pensar que él —heterodoxo con los eternos motivos de la poesía, el amor, la lírica habitual— venga a ser a sus años infiel a la permanente postura. Parece como si hubiéramos descubierto una fisura, una falla en sus resortes y se nos hubiera, en cambio, abierto la trampa y engaño de sus propias criaturas al sólo anuncio de este montón de versos que arden con agrio perfume en los arrabales de una ciudad. Pero, en realidad, aun ahora, don Pío permanece invariable. Como le sucedió a todos los del 98, en su lucha contradictoria. Aunque él no lo quiera —o tal vez queriéndolo— Baroja es un romántico retrasado, en los lindes del tiempo más aborrascado de la historia literaria y de la otra. Y que haga versos a los setenta años no quiere decir sino que su cen-

tro de gravedad lírica estaba desplazado en el fluir de su existencia. Con todas las repulsas que me hizo en aquellas declaraciones, lo importante de sus palabras, lo que quedó flotante, fué su paradójico: "¡El romanticismo no existe! Pero si a pesar de eso yo soy romántico, ¡qué le vamos a hacer!"

Que nadie se escandalice, pues, de que Baroja haya acabado, a sus años, por hacer lo que todos los adolescentes del mundo hicimos a los veinte. Y que nadie se escandalice de que este creador de seres sentimental y físicamente vagabundos, ex hombres y miserables de la novelística, haya concluido por irse a vivir a la calle de Alarcón, vecino del Palace, del Ritz, del Museo del Prado y de la Bolsa. Que nadie se escandalice de la vecindad de ahora. El sigue con los suyos, paseando por las librerías de viejo y llenando cuartillas. Ha comenzado a escribir versos, malos versos. Y sigue admirando aquel París donde los huevos valían a cinco céntimos y los malvas de los crepúsculos del Sena se regalaban a los vagabundos.

Este libro de versos me llega con su desharrapado mensaje, con sus herejías poéticas, con su falta absoluta de lírica. Descarnada épica. Como un andamiaje de su propia vida sentimental. Leyéndolo he recordado esa interviú. Entonces Baroja volvía al amor de una cosa tan sencilla, tan lejana del Baroja habitual, como una casa limpia y apacible en Vera, flanqueada por iluminados olmos.

Todo lo que ha sacado de su evasión poética se apretuja en las páginas de este último libro. Sus versos resultan tan hoscos como una novela suya, y sin aquella pátina de humos azules del vagabundeo de algunas narraciones que acaecen en la raya ignaciana de los Pirineos. Y hasta sin aquel alborotado aire de juventud, por el que podíamos perdonarle tantas cosas. Toda su poesía, como su obra, como su vida, parece decirnos que lo importante no es soñar, sino vivir, elementalmente vivir.

Y esto no es mucho, hasta para un libro de versos cuando las nieves caen sobre la cabeza.—J. L. GÓMEZ TELLO.

SI se ha producido en estos últimos años, y sigue produciéndose, una abundante floración de antologías, en especial líricas, no podemos decir lo mismo de las antologías didácticas de trozos literarios que aporten alguna novedad a nuestras letras. Lo corriente es que esta clase de antologías, llamadas a pasar por tantas manos juveniles, se sucedan conforme a un patrón viejísimo, casi inalterable. Yo recuerdo muy bien la antología de la literatura española que estudié en el bachillerato. Era tan torpe y tenía tan escasas bellezas que si pude aprenderme muchos trozos de memoria apenas me enseñó a amar un solo poema, un solo trozo de fina prosa. A fuerza de leerlos llegaba a aprenderme muchos versos, pero del mismo mecánico modo que el burócrata aprende la fórmula de una carta comercial. La torpeza con que estaban escogidos, el pedantesco criterio que había servido de guía al no menos pedantesco catedrático de Literatura al reunirlos para sus alumnos de cuarto año de bachillerato, había hecho que resbalasen sobre mi espíritu sin dejar en él la más leve huella fecunda. Y esto creo que les habrá ocurrido a la mayoría de los jóvenes que escriben hoy y a los que el amor a la poesía y a la literatura, más que a través de las antologías literarias que manejaron en su mocedad, les ha brotado seguramente a raíz de conocer otros libros y otras personas, quizá también de una manera misteriosa. Esta impotencia de las antologías didácticas al uso para dejar una semilla poética o simplemente impregnar el amor a la literatura en el espíritu de un muchacho tiene más importancia de la que a primera vista parece. Así se ha entendido, al menos, en algunos países como Francia e Italia, donde se suele cuidar no escasamente la calidad del alimento espiritual destinado al muchacho que por primera vez estudia los textos de la literatura nacional. Las antologías suelen ser escogidas, y más que ofrecer al niño un mosaico de trozos consagrados, muchos de los cuales no pueden entender, aspiran a insinuar en su alma aún virgen la gracia y el encanto literarios a través de los trozos más vivos, gráficos y expresivos, más naturalmente bellos de sus literaturas. Y esto es lo que ha intentado y conseguido con creces Rafael Ferreres en su preciosa antología *La hora del alba*. El criterio que ha seguido el joven crítico y profesor, si no original, es completamente



nuevo en España, al menos en lo que yo conozco del género. La mayoría de los trozos escogidos son de autores contemporáneos, pero no sólo de españoles, sino también, aunque en mucho menor proporción, de extranjeros, en versiones a las que no puede oponérsele pero alguno. En cambio, Ferreres excluye casi por entero la literatura antigua y clásica, y previendo seguramente que tal criterio iba a chocar por lo que tiene de revolucionario, se apresura en el prólogo a justificarlo, con harta razón a nuestra manera de ver, si se tiene en cuenta que se trata de una antología para niños que comienzan el bachillerato: "No es conveniente dar a los niños escritores clásicos, porque no saben, ni pueden apreciar su calidad, ya que hay matices literarios y éticos que les resultan ininteligibles. El obligar a leer lo que no se entiende produce un prematuro cansancio y prevención que tarda mucho en desaparecer, cuando desaparece, y deja honda huella que sólo se logra borrar con trabajo y buena dirección."

Otro aspecto interesante de esta antología es su configuración. Se trata de una antología por temas, lo que no es muy frecuente en nuestro país. Tal sistema antológico es, a nuestro juicio, mucho más atractivo que el más corriente del orden cronológico. Las antologías por temas tienen además una tradición literaria más fina. Los ingleses han hecho, en este aspecto, algunas antologías verdaderamente sugestivas, como la de Robert Bridges y la de Aldous Huxley. Y no digamos los franceses, tan acostumbrados a saber destacar lo que, en una literatura, reúne a un tiempo la belleza literaria y la fuerza o delicadeza del espíritu. En la antología que comentamos, los temas corresponden a las seis partes siguientes: Los animales, los hombres, la religión, España y el paisaje, poesía recitable y narraciones. Cada una de estas partes comprende trozos de verso y de prosa, españoles y extranjeros. El buen gusto que ha presidido la selección de unos y otros quedará demostrado con sólo citar los nombres de algunos de los poetas elegidos: Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Novalis, Rabindranath Tagore, García Lorca, Juan Maragall, Rosalía de Castro, Gabriela Mistral, Gerardo Diego, Fernando Villalón, etc.

Otra nota a destacar es la exclusión de las fábulas, que parecían inevitables en una antología de este tipo. El autor ha pensado, con razón, de una parte, que son demasiado conocidas, porque no faltan en ninguna antología literaria para niños, y de otra, que inclinan a un sentimiento pesimista de la vida, y que sus moralejas no suelen ser

siempre generosas y del todo aceptables. Finalmente, y por ser una nota poco frecuente en esta clase de libros, queremos destacar lo interesante de las ilustraciones. Baste decir que muchas de ellas están firmadas por Pedro de Valencia y Genaro Lahuerta, los dos finísimos pintores valencianos. La antología lleva al final una breve noticia biográfica de los autores seleccionados. Buena costumbre que debe ser siempre imitada.—JOSÉ LUIS CANO.